

MEG ROSOFF

**IMAGINA
QUE YA
NO
ESTOY**

Siruela

IMAGINA QUE YA NO ESTOY

MEG ROSOFF

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2014

Título original: *Picture me gone*

En cubierta: fotografía de © iStock.com / characterdesign

© Meg Rosoff, 2013

© de la traducción, Mireya Hernández Pozuelo

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-97-0

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Para Brenda

IMAGINA QUE YA NO ESTOY

La primera Mila fue una perra. Una bedlington terrier. Está bien saber esas cosas. No estoy nada resentida porque me hayan puesto el nombre de un perro. De hecho, me imagino perfectamente la escena. Mila es un buen nombre, diría mi padre, olvidando dónde lo había oído. Entonces mi madre se acordaría del perro y le preguntaría si estaba completamente seguro, y como él se quedaría callado, ella diría: Bueno, pues Mila. Y luego me miraría y pensaría: Mila, mi Mila.

No creo en la reencarnación. Es poco probable que haya heredado el alma de la perra de mi abuelo, que murió hace tanto tiempo. Pero ciertos aspectos me dan que pensar. ¿Fue pura casualidad que a mi padre se le pasara por la cabeza Mila la mañana en que nació? Al observar a su hija recién nacida, ¿lo primero que pensó fue en la perra, en Mila? ¿Por qué?

Mi padre y yo nos estamos preparando para ir a Nueva York a visitar a su viejo amigo Mat. Pero ayer todo cambió. La mujer de Mat telefoneó para decir que se había ido de casa.

¿Se ha ido de casa?, pregunta Gil. Pero ¿qué dices?

Que ha desaparecido, dice ella. Sin dejar ni una nota ni nada.

Mi padre está confuso.

¿Nada?

¿Vais a venir de todas formas?, pregunta la mujer.

Y cuando él se queda callado un momento, pensando qué contestar, ella dice: Por favor.

Sí, claro, responde Gil, y cuelga el auricular despacio.

Volverá, le dice luego a Marieka. Se ha ido solo para poder pensar. Ya sabes cómo es.

Pero ¿por qué ahora? Mi madre está desconcertada. ¿Justo cuando sabe que vais a ir? Ha elegido un momento un poco raro, ¿no?

Gil se encoge de hombros.

Mañana a estas horas habrá vuelto. Estoy seguro.

Marieka hace un ruido como de no estar muy convencida, pero desde donde estoy agachada no le veo la cara.

¿Qué pasa con Mila?, dice.

Lo único que sé es que son las vacaciones de Semana Santa y no tengo que ir al colegio. Mi madre se va toda la semana a trabajar a Holanda y no puedo quedarme sola en casa. Mi padre está en su mundo y es mejor que alguien lo acompañe cuando viaja para que no se despiste. Compramos los billetes hace dos meses.

Iremos los dos.

Me gusta estar con mi padre; hacemos buena pareja. Como mi tocaya, la perra Mila, soy muy consciente de dónde estoy y de lo que estoy haciendo en todo momento. No soy muy dada a fantasear y tengo algo de la determinación de un terrier. Si hay que darse cuenta de algo, yo seré la primera que lo vea.

Se me da bien resolver misterios.

Ya casi he terminado de hacer las maletas cuando Marieka viene a decirme que ella y Gil han decidido que debo ir de todas formas. Ya estoy ordenando las pistas en mi cabeza, sopesando todas las posibilidades, buscando una hipótesis.

Conocí al amigo de mi padre en algún momento de un pasado remoto, pero no lo recuerdo. Es una leyenda en nuestra familia porque una vez le salvó la vida. Sin Matthew yo no existiría. Me gustaría agradecersele, aunque la verdad es que nunca tengo ocasión.

Parece que ha pasado mucho tiempo desde que nos fuimos de Londres. Entonces era una niña.

En teoría, lo sigo siendo.

Sé muy poco sobre la perra Mila. Perteneció a mi abuelo cuando aún era un niño que vivía en Lancashire y los perros como Mila se tenían para cazar ratas y no como mascotas. Encontré una foto antigua y polvorienta de ella en un álbum que mi padre guardaba de su niñez. La mayoría son fotos de gente que no conozco. En la foto, la perra está agazapada, como si prefiriera estar corriendo a toda mecha. Me interesa mucho la persona que está al otro lado de la cámara. Tal vez sea mi abuelo, un niño lo bastante orgulloso de su perra ratonera como para conservar una foto suya. Ahora mucha gente hace fotos a sus perros, pero ¿era normal en aquella época? La perra está mirando al frente. Si fuera suya, ¿no se daría la vuelta para mirar?

Esta foto me llena de una profunda sensación de nostalgia. *Saudade*, diría Gil. Es portugués. La nostalgia por algo amado y perdido, algo que ya no está o que es inalcanzable.

No puedo explicar la sensación de tristeza que tengo cuando miro esta foto. La perra Mila lleva ochenta años muerta.

Todo el mundo llama a mi padre Gil. Su amigo de la infancia se ha largado de la casa que compartía con su mujer y su bebé. Nadie sabe adónde ha ido ni por qué. La mujer de Matthew llamó a Gil por si quería que cambiáramos de planes. Por si había oído algo.

Pero no había oído nada. Aún no.

Iremos en tren al aeropuerto y es importante que no olvidemos los pasaportes. Marieka me dice que tenga mucho cuidado y me da un beso. Sonríe y me pregunta si estaré bien; yo asiento con la cabeza, porque sé que sí. Mira hacia donde está Gil y dice: Cuida de tu padre.

Sabe que cuidaré de él lo mejor que pueda. La edad no es siempre el mejor criterio para medir la capacidad de alguien.

Las puertas del tren se cierran y le decimos adiós con la mano. Me pongo cómoda junto a mi padre y aspiro el olor de su chaqueta. Huele a libros, a tinta, a café viejo relegado al fondo del escritorio y a lana, y tiene un ligero toque a la colonia que Marieka solía comprarle; una que no ha usado desde hace años. El olor de su piel es demasiado familiar para describirlo. Me sorprendió descubrir que no todo el mundo puede identificar a la gente por su olor. Marieka dice que eso hace que yo sea, al menos, medio perro.

He visto cómo los perros olfatean a la gente y a otros perros en la calle o cuando regresan de otro sitio. Quieren recomponer una imagen mediante pistas: ¿Dónde has estado? ¿Había gatos allí? ¿Has comido carne? De modo que: lumbre, barro, limones.

Si yo fuera un perro y oliera a libros, café y tinta en una chaqueta de lana de esas que llevan los académicos, no sé si pensaría: *Ese hombre traduce libros*. Pero es lo que hace.

Siempre me he preguntado por qué los seres humanos inventaron tantos idiomas. Eso hace que todo se complique. *Hace que las cosas sean interesantes*, dice Gil.

Hoy volamos a Estados Unidos, donde no vamos a necesitar ningún idioma extra. Gil me despeina el pelo, pero en realidad no se da cuenta de que estoy sentada a su lado. Está absorto en un libro que ha traducido un colega suyo. De vez en cuando asiente con la cabeza.

Mi madre toca el violín en una orquesta. Rasgar, rasgar y rasgar, dice cuando tiene que ensayar, y cierra la puerta. Mañana se marcha a Holanda.

Entrecierro los ojos y fijo la mirada en un punto lejano. Soy perspicaz, rápida y leal. Habría sido un buen perro ratonero.

Saudade. Me pregunto si Gil está sintiendo eso ahora por su amigo perdido. Si es así, no lo demuestra.

3

Marieka es de Suecia. La madre de Gil era franco-portuguesa. Necesito hacer esquemas para no perder la cuenta de todas las nacionalidades de mi familia, pero me da igual. Los chuchos son astutos y están sanos, tampoco tienen la cadera desplazada ni demencia precoz.

Mis padres tenían más de cuarenta años cuando me tuvieron, pero no los considero mayores, igual que ellos tampoco me consideran pequeña. Somos solo nosotros.

Me cuesta entender que el amigo de Gil se fuera de casa justo cuando íbamos a ir a visitarle. La policía no cree que lo hayan asesinado o secuestrado. Me puedo imaginar a Gil saliendo por la puerta y olvidándose de volver durante un tiempo, pero los lazos que le unen a Marieka y a mí lo traerían de vuelta a casa. Quizá los lazos de Matthew no sean tan fuertes.

Pese a ser buenos amigos, Gil y Matthew no se han visto desde hace ocho años, por lo que el momento que ha elegido para desaparecer es bastante extraño. Cuando menos, maleducado.

Estoy deseando ver a su mujer y empezar a entender lo que ha pasado. Tal vez por eso Gil decidió que fuera con él. ¿He dicho ya que se me da bien resolver acertijos?

No hace falta volver a comprobar si llevamos los pasaportes; están metidos en el bolsillo interior de mi mochila, a salvo, listos para ser presentados en el mostrador de facturación. Gil ha dejado su libro y está mirando fijamente algo que hay dentro de su cabeza.

¿Adónde crees que ha ido Matthew?, le pregunto.

Tarda unos segundos en contestarme. Suspira y me pone la mano en la rodilla.

No lo sé, cielo.

¿Crees que lo encontraremos?

Se queda un rato pensando y luego dice: Matthew era un viajero, incluso de pequeño.

Espero para oír lo que va a decir sobre su amigo, pero se queda callado. Sigue hablando dentro de su cabeza. Frases enteras le pasan a toda velocidad delante de los ojos. No puedo leerlas.

¿Qué?, digo.

¿Qué de qué?, contesta, pero sonrío.

¿En qué piensas?

En nada importante. En mi niñez. Conocía a Matthew tan bien como a mí. Cuando pienso en él me lo imagino de chaval, aunque ya sea bastante mayor.

Tiene la misma edad que tú, digo un poco malhumorada.

Sí. Se ríe y me atrae hacia él.

He aquí la historia del pasado de Gil:

Él y Matthew tienen veintidós años, hacen autoestop y viajan a Francia en la parte de atrás de un camión sin apenas dinero. Luego atraviesan el país hasta llegar a Suiza para escalar el Lauteraarhorn. De los dos, Matthew es el montañero que se lo toma más en serio. Todo va según lo previsto hasta que, el segundo día, empieza a subir la temperatura. Tiempo de avalanchas. Ven cómo la nieve y el hielo rugen a su alrededor. La neblina cae sobre ellos al atardecer, envolviendo la montaña como un manto. Se refugian y esperan a que cambie el tiempo. A eso de la medianoche, se levanta el viento y la lluvia se transforma en nieve.

He intentado imaginarme la escena cientos de veces. El primer problema: la congelación; el segundo: la altitud. En mitad de la noche, en medio de la oscuridad, el frío, el viento y la nieve, Matthew nota los primeros síntomas de enfermedad en su amigo e insiste en que desciendan. Gil se niega. El tiempo pasa. Con la cabeza a punto de estallar, mareado e incapaz de razonar, Gil grita y aparta de un golpe a su amigo. Cuando por fin se desploma, exhausto por el esfuerzo y el aire enrarecido, lo único que quiere es sentarse y quedarse dormido en la nieve. Morir.

Durante las once horas siguientes, Matthew lo persuade, lo arrastra, camina con él y lo disuade para que baje la montaña. Le dice una y otra vez que no se puede tumbar en la nieve. Que hay que seguir adelante, pase lo que pase.

Se salvan y Gil jura no volver a escalar nunca más.

¿Y Matthew?

A él le encantaba todo aquello, dice mi padre.

Te salvó la vida.

Asiente con la cabeza.

Nos quedamos callados y yo pienso, *y sin embargo...*

Y sin embargo no habría hecho falta salvarle la vida si no hubiera sido por Matthew.

El temerario y el que le sigue.

Cuando pienso en lo que se ha convertido este viaje, me pregunto si habremos sido convocados por algún tipo de alineación cósmica para ayudar esta vez a Matthew, el hombre que nunca antes ha necesitado que lo salven.

Tal vez hemos sido llamados a equilibrar el flujo de energía del universo.

Llegamos al aeropuerto. Gil coge mi maleta y la suya y saltamos del tren. Cuando estamos subiendo por la escalera mecánica, recibe un mensaje en el móvil.

A mi padre no se le dan bien los mensajes, así que me pasa el teléfono y yo se lo enseño: **Seguimos sin noticias**, dice. Y lo firma **Suzanne**, la mujer de Matthew.

Nos miramos.

Vamos, dice mientras amontona nuestras maletas en un carrito. Y corremos durante un buen rato hasta que llegamos a la terminal. En el mostrador de facturación pido un asiento de ventanilla. Gil no es muy quisquilloso. Respondemos a las preguntas sobre bombas y objetos punzantes, rebuscamos en nuestros bolsos de mano para ver si llevamos algún líquido, cogemos nuestras tarjetas de embarque y nos unimos a la larga serpiente que atraviesa el vestíbulo de las Salidas Internacionales. Mientras espero me

dedico a observar a la gente, e intento adivinar sus nacionalidades y las relaciones entre ellos. Los norteamericanos tienen pinta de ser gente confiada. ¿Eso los hace más o menos accesibles? Aún no lo sé.

Gil compra un periódico y una botella de whisky en el *duty-free* y nos dirigimos hacia la puerta de embarque. Al entrar en el avión sigo pensando en aquella noche en la montaña. ¿Qué es necesario para llevar medio a rastras a un hombre desorientado del tamaño de Gil hora tras hora por la nieve en medio de la oscuridad?

Puede que este amigo suyo tenga otros defectos, pero empeño no le falta.

Suzanne nos espera en Llegadas Internacionales del aeropuerto de Nueva York. Estamos cansados y hechos polvo. Reconoce a Gil cuando este intenta encender su teléfono, y yo le doy un codazo y señalo. No es mayor pero tiene un aspecto demacrado, como si alguien se hubiera olvidado de regarla. A su lado hay un cochecito y dentro un niño dormido, pese a todo el ajetreo y el ruido que nos rodea. Sus brazos asoman a ambos lados del mono acolchado. Lleva un gorrito de rayas azules.

Gil le da un beso a Suzanne y le dice: ¡Cuánto tiempo! Y mira con atención al niño. Hola, dice.

Es Gabriel, dice Suzanne.

Hola, Gabriel, responde él.

El bebé aprieta los ojos pero no se despierta.

Y Mila, dice Suzanne. Has cambiado mucho.

Se refiere a que he cambiado desde que tenía cuatro años, la última vez que vinimos a visitarlos. Ahí es cuando conocí al hermano mayor de Gabriel, Owen. Él tenía siete años y ya no lo recuerdo muy bien, aunque en la foto que tiene mi padre aparecemos cogidos de la mano.

Toco el puño de Gabriel con el dedo y él lo abre y me agarra con fuerza sin despertarse.

Siento que las cosas hayan salido así, dice, y mueve la cabeza disgustada. No es muy divertido, precisamente. Se vuelve hacia Gil. Vamos. Hablaremos por el camino.

El coche es ruidoso y hablan en voz baja, así que no entiendo casi nada de lo que dicen. Gabriel está conmigo en la parte de atrás, dormido profundamente en su asiento. De vez en cuando abre los ojos, extiende una mano o agita los pies, pero no se despierta. Le doy el dedo para que me lo agarre otra vez y oigo decir a Suzanne: Bueno, espero que hayas tomado la decisión adecuada. Lo dice como si mi padre no hubiera tomado la decisión adecuada en absoluto, y estoy segura de que se refiere a traerme a mí con él.

Ha empezado a llover.

Me quedo dormida en el coche con el ruido rítmico de los limpiaparabrisas y el rumor de Gil y Suzanne mientras hablan. Normalmente estaría pegando la oreja para oír lo que dicen, pero estoy demasiado cansada para que me importe. Gabriel sigue agarrado a mi dedo.

Cuando me despierto es de noche. Vamos por una carretera estrecha y tranquila, casi desierta. Ha parado de llover. No digo nada, solo observo el bosque por la ventanilla, esperando ver un ciervo o un oso que me estén mirando. Gil y Suzanne han dejado de hablar y el coche está lleno de pensamientos íntimos. Los de Suzanne están

sorprendentemente claros; los de Gil, en cambio, son más imprecisos y los disimula mejor. Estará pensando en Matthew. Es un tema que lo desconcierta. A él, a Suzanne y a mí. ¿Adónde ha ido? ¿Y por qué?

Los pensamientos de Suzanne suenan como un disco rayado. *Maldita sea maldita sea maldita sea maldita sea maldita sea.*

Lo único que sé es que Matthew y Suzanne dan clase en la universidad de la ciudad. Él desapareció hace cinco días, ocho meses después de que empezara el curso y catorce meses después de que naciera Gabriel. No se llevó nada, ni una muda ni un pasaporte ni nada de dinero. Simplemente salió a trabajar por la mañana, se despidió como de costumbre y nunca apareció para dar su clase.

La huida en sí no me parece particularmente extraña. La mayoría de nosotros nos mantenemos en un lugar por una especie de fuerza centrífuga. Si por alguna razón esa fuerza se interrumpiera, podríamos salir disparados en todas direcciones. Pero ¿qué pasa con lo de no volver? Mantenerse alejado da miedo y es muy doloroso. Y ¿quién abandonaría a un bebé? Hasta a mí me parece exagerado, como un fracaso del amor.

Lo pienso bien. ¿Qué podría hacer que fuera la única opción posible?

Aquí están las cosas que se me han ocurrido:

(A) Desesperación (¿por qué?)

(B) Miedo (¿de qué?)

(C) Enfado (¿por qué?)

Apenas sé nada de Matthew y Suzanne. Intentaré averiguar algo cuando lleguemos. Siempre hay respuestas. A veces la respuesta adecuada resulta ser

(D) Todas las anteriores.

Cuando Gil me dijo que Matthew y Suzanne vivían en una casa de madera en el norte del estado de Nueva York, me imaginé una anticuada cabaña de troncos con humo saliendo por una chimenea de piedra, una mecedora en el porche y gallinas picoteando por todas partes. Su casa no tiene nada que ver con eso. Intenté retener la imagen original en mi cabeza todo el tiempo que pude pero se desvaneció en cuanto vi la de verdad. Esta casa no se parece en nada a una casa normal y tampoco a una cabaña de madera. Imagina un gran cubo donde cada lado esté dividido en cuatro cuadrados de cristal. El tejado es un gran cuadrado de madera inclinado para que la nieve y la lluvia se deslicen.

Está enclavada entre los árboles sin ninguna otra casa a la vista. Suzanne dejó las luces encendidas al salir. Cuando aparcamos el coche parece una hermosa nave espacial que acaba de aterrizar por casualidad en un claro del bosque. Brilla en la noche oscura. Nunca, en toda mi vida, he visto una casa tan bonita. Lo primero que pienso cuando Suzanne apaga el motor del coche es que yo nunca huiría de una casa así.

Suzanne abre la puerta principal. Tumbada en medio de la habitación hay una enorme hembra de pastor alemán blanca que levanta la cabeza cuando entramos. Suzanne no la saluda. Pasa de largo como si la perra no existiera. El animal parece estar acostumbrado y se pone de pie para apartarse. Me acerco y se queda totalmente quieta cuando me arrodillo para acariciarla. Tiene unos ojos marrones muy bonitos. Por momentos se ve que está muy sola.

O sea que esta es la perra de Matthew. En la placa pone Honey.

La mayoría de las paredes de la casa están llenas de estanterías y hay una estufa enorme con puerta de cristal y las palabras «combustión ecológica» grabadas en el cristal.

También quema el humo, dice Suzanne.

Me pregunto cómo lo hará.

Todas las estanterías tienen luces diminutas empotradas, y todas las paredes y los techos, así que da la impresión de que la casa parpadea.

Qué bonita es, le digo a Suzanne, que está sacando a Gabriel de su mono acolchado. El bebé ya se ha despertado y nos mira fijamente como la cría de un búho. Saluda con la mano a Honey, que lo observa seriamente. Suzanne señala la puerta.

Fuera, dice, y Honey sale de la habitación.

La construyó un arquitecto que se quedó sin dinero, dice Suzanne. Pero se hizo famoso con ella y se ha construido otra igual solo que más grande. Se llama La Casa Caja.

Mientras recorremos la casa, recopilo imágenes como si fuera una cámara que no deja de disparar. Casi no recuerdo a Matthew y no hay ninguna foto suya que me ayude a recordarlo. Ninguna foto de él con Suzanne el día de su boda ni de él con Gabriel. Tampoco de él solo.

Clic.

Otros detalles que saltan a la vista: un par de zapatos llenos de barro. Un cúmulo de facturas. Una ventana rota. Una puerta cerrada. Un montón de ropa. Un monopatín. Un perro. *Clic clic clic.*

¿Primeras impresiones? Esta no es una casa feliz.

Mi mejor amiga de Londres se llama Catlin. Tiene el pelo pajizo y los brazos y piernas delgados, y desde que teníamos siete u ocho años siempre íbamos a su casa después del colegio, en parte porque estaba de camino a la mía y en parte porque el ático tiene un pasadizo secreto, debajo del tejado, al que se accede por una puerta que hay detrás de un armario viejo. Un perfecto un club privado.

Diseñamos libros de códigos, guardamos el dinero de la paga en una caja debajo del parque y planeamos cómo escondernos cuando el enemigo invadiera Camden. A Catlin le encanta la logística, así que nos pasamos días dibujando mapas de túneles de emergencia subterráneos que atravesaban todo Londres, conectados a alcantarillas y estaciones fantasmas de metro.

Clasificábamos a toda la gente que conocíamos según el nivel de riesgo para la seguridad que pudiera suponer cuando las cosas se pusieran feas. Cat y yo teníamos el nivel máximo de seguridad y éramos jefe de Estado y jefe de Seguridad respectivamente. Gil era el criptoanalista superior y tenía un nivel de cuatro estrellas. Y Marieka era la jefa de Operaciones. Cinco estrellas.

Los padres de Catlin eran más bien un problema. Su padre gritaba mucho, casi siempre estaba trabajando y era mejor evitarlo cuando aparecía por casa. Él y su madre rara vez hablaban. Los nombramos jefes de Protocolo, un título extraño con un nivel de solo tres estrellas. Pensé que Cat se sentiría ofendida por que sus padres tuvieran autorizaciones menos dignas de confianza que los míos, pero no pareció importarle.

Un día, de camino al colegio, Catlin dijo como si tal cosa: Mis padres no se gustan. Y me miró para ver mi reacción.

Les pasa a muchos padres, respondí, porque no quería herir sus sentimientos.

Seguramente se divorcien, dijo.

Pensé que estaría llorando porque la noté rara, pero cuando me giré para mirarla estaba agachada con una sonrisa de loca en la cara y al momento se impulsó hacia arriba como un resorte y gritó de alegría: ¡LOS ODIO!

Para ser una persona más bien pequeña, la verdad es que tiene un buen vozarrón.

Me dio la impresión de que se sentía mejor después de gritar, aunque dudo que lo que dijo fuera cierto. La mayoría de la gente no odia realmente a sus padres, por muy horribles que sean. Al menos su madre no es mala. Siempre nos traía una bandeja con galletas y bebidas hasta el piso de arriba, que era donde estábamos planeando la invasión. No llamaba, simplemente la dejaba sin hacer ruido junto a la puerta del armario. Me caía bien por eso, aunque siempre daba la impresión de estar un poco sonámbula. La casa entera parecía estar apagada, como si alguien hubiera succionado todo el color con una

pajita. Me preguntaba si Catlin se daba cuenta de que su casa era diferente de otras casas o si le parecía normal.

Este año, por primera vez, Catlin y yo dejamos de sentarnos juntas en clase. De pronto se volvió rebelde y escandalosa, se subió muchísimo la falda del uniforme y empezó a juntarse con chicos más mayores, de esos que asustan a la gente mayor en los autobuses porque fuman y no paran de decir tacos. Me resultaba raro no volver andando a casa con ella cada día, pero con el tiempo me acostumbré. A veces, al pasar por su casa, tenía que impedirme a mí misma subir el camino que cogía siempre por inercia.

No era que nos estuviéramos evitando. Tampoco era que la echara de menos, la verdad, porque se había convertido en alguien a quien yo ya no reconocía. Pero cada día echaba de menos a la persona que solía ser mi amiga. Lo peor fue una vez en que nuestras miradas se cruzaron sin querer y ella apartó la vista.

Luego, el último día del segundo trimestre, vino corriendo detrás de mí y gritó: ¡*Bum!*, como en los viejos tiempos, y acabamos yendo a casa juntas como si no pasara nada.

¡Dios!, dijo Catlin, con los ojos como platos. ¿Has visto a la señorita Evans disfrazada de conejo de Pascua?

La señorita Evans es una de nuestras profesoras de educación física. Es una auténtica friki. Nunca desaprovecha la oportunidad de disfrazarse de Papá Noel, Karl Marx o Harry Potter.

Très bochornoso, dije.

¡¡*Très très bochornoso!!*, exclamó, y se puso a bailar a mi alrededor agitando las manos como una bailarina de mentira.

Y todo volvió a ser como antes.

¿Vas a estar por aquí en Semana Santa?, me preguntó como el que no quiere la cosa, con la cabeza prácticamente metida en la mochila revolviéndolo todo para encontrar un pintalabios.

La pregunta me sorprendió. ¿Qué pasaba con su nueva panda de amigos guays?

Tengo que ir a Nueva York, le dije. Vamos a visitar a un viejo amigo de mi padre.

No respondió y me entraron ganas de disculparme por tener que irme. Era absurdo, porque ella apenas me había hablado en meses.

Llegamos a su casa y ni siquiera me dijo adiós. Simplemente se dio la vuelta y subió corriendo el camino como si estuviera enfadada, y me pregunté si era porque yo me iba y ella no, o porque quizá quería ser mi amiga otra vez cuando a mí no me venía bien.

¡Eh, Cat!, grité. ¡Ya te contaré cómo es Estados Unidos! Pero ya estaba entrando por la puerta y ni siquiera se volvió.

Me quedé mirando cómo la puerta se cerraba de golpe y, justo cuando me iba, vi cómo me espiaba a través de la ventana con la cara desencajada. Luego acercó sigilosamente las dos manos al cristal como si pertenecieran a otra persona, hizo una mueca horrible y empezó a estrangularse. Después sacó la lengua, se puso bizca y desapareció debajo de la ventana.

¡Hasta luego!, volví a gritar, y le dije adiós con la mano.

Un minuto después recibí un mensaje suyo. Decía: **tráeme un huevo de Pascua de**

Estados Unidos.

Y le respondí: **guárdame uno de Londres.**

Y me respondió: **Vale.**

Y yo respondí: **Vale.**

Y me respondió: **que sea grande.**

Y yo respondí: **igualmente.**

Y las dos nos sentimos mejor.

Estoy mareada y con náuseas por el *jet lag*. Suzanne me lleva a una pequeña habitación que sale del despacho y tiene una cama abatible. En un extremo de la cama hay una pared entera de cristal que da al bosque. Me enseña cómo cerrar las persianas pero las dejo abiertas. Estoy tan cansada que no recuerdo quedarme dormida, y un minuto después son las doce del día siguiente. Los árboles tamizan la luz. Y sobre ellos hay un cielo azul totalmente despejado. No podría ser más diferente de lo que vemos nosotros desde nuestra casa de Londres, que son básicamente otras casas.

Gil me trae café con leche a la cama. Sonríe pero parece distraído. Ahora que estoy despierta del todo echo un vistazo a la habitación: un pequeño escritorio, una silla giratoria metálica, dos pares de zapatillas colocadas con cuidado en una esquina... En un estante está el *Libro Guinness de los récords* de hace unos años, un manual de supervivencia del Ejército de Estados Unidos, un ejemplar antiguo de *La isla del tesoro* con una tapa de piel raída y un montón de cuadernos del colegio y revistas de deportes. Justo encima hay un estante con varios trofeos de natación. De repente caigo en la cuenta de que es el cuarto de Owen. Hay una foto de él con Suzanne en un marco de plata. Él la rodea con el brazo y ya es unos centímetros más alto que ella. La habitación está limpia y ordenada, pero un llavero, una tarjeta de cumpleaños y un cuenco lleno de monedas siguen en la cómoda como si él fuera a llegar en cualquier momento a llevárselos.

Gil mira hacia donde estoy mirando.

Ven a desayunar cuando estés lista, dice. ¿Has dormido bien?

Asiento con la cabeza.

¿Y tú?

Se encoge de hombros. Honey aparece en la esquina, silenciosa como un fantasma. Le tiendo la mano y ella la lame.

¿Ninguna noticia?, pregunto, y él niega con la cabeza.

¿Vamos a ir a buscarlo?

Tengo que pensarlo, dice Gil. Puede que sí.

Siento ganas de decir: ¿Qué pasa si lo han matado? ¿O si ha saltado delante de un tren? Pero no lo hago. De todos modos, Gil ya lo habrá pensado. Debe de creer que no ha ocurrido nada. Supongo que estará manteniendo las apariencias, fingiendo pensar que su amigo sigue vivo para no disgustarme, pero lo dudo. Entre los defectos de mi padre se encuentran una honestidad excesiva y un despiste nato.

¿Adónde crees que ha ido? ¿Qué pasa si no lo encontramos? ¿Nos hará saber que está bien?

Perguntador, dice mi padre con una ligera sonrisa. Es la palabra portuguesa para designar a alguien que hace demasiadas preguntas, y me lleva llamando así desde que tengo uso de razón. Lo primero es lo primero, dice. Bébetelo el café. Dúchate. Vístete. Baja a desayunar. —Mira el reloj—. A comer. Hablaremos con Suzanne y pensaremos un plan, ¿de acuerdo?

De acuerdo. Saco ropa limpia de la maleta y cojo la toalla que hay junto a la cama. Honey me observa muy seria. Es como una perra perdida, solo que no es ella la que se ha perdido.

Saco el teléfono, hago una foto y se la mando a Catlin. **Un montón de árboles en Nueva York.**

Y me responde: **Deberían ser edificios altos. ¿Estás segura de q estás donde dices?**

Estamos al norte del estado, le digo.

No recibo respuesta, pero al rato suena otro pitido.

¿Ya tienes mi huevo?

Aún no, le respondo.

Vale.

Dejo el teléfono en un estante del cuarto de baño, que tiene las paredes, el techo y el suelo de pizarra negra. En cuanto averiguo cómo funciona, me quiero quedar todo el día debajo del agua caliente. El jabón que Suzanne me ha dejado fuera también es negro, y huele a coco. Hago mucha espuma y veo cómo se desliza por el desagüe. Cuando cierro el grifo, el baño está tan lleno de vapor que es como estar en una nube. Me envuelvo en la toalla verde oscuro, verde pino, el mismo color de los árboles que hay fuera. Pese a la seriedad de nuestra misión, en este momento soy completamente feliz.

Hay tostadas para desayunar, pero ni rastro de Suzanne. Gil dice que ha salido a trabajar una hora o así y que podemos ponernos cómodos hasta que vuelva. La niñera de Gabriel se lo ha llevado a la guardería.

¿En qué piensas?, me pregunta, mirándome detenidamente.

A veces veo cosas que no puedo entender. Como dos personas que sonríen cogidas de la mano cuando en realidad se odian. Es algo que me desconcierta, y Gil dice que es porque sin duda es desconcertante. Es lo mismo que ser traductor. Hay cosas que no se pueden traducir porque las palabras no existen en el otro idioma, o el significado es tan específico de un lugar o un modo de hablar que desaparece en la traducción.

Pero a veces hay pistas.

La casa, digo un poco indecisa, es muy bonita.

¿Y?

Respiro hondo.

Suzanne es una persona muy ordenada. Todas sus cosas y las de Gabriel están en su sitio. Pero no ha tocado las cosas de Matt. Mira...

Gil mira.

Un jersey arrugado en el suelo. Unas botas llenas de barro apartadas en una esquina. Un montón de cartas apiladas sobre una mesa. Es casi...

Espera a que termine de hablar.

... Como si vivieran en dos casas separadas que no se tocan. Como si... solo uno de ellos fuera vegetariano, digo, señalando el estante de los libros de cocina.

Eso no es nada raro.

Le miro, sin saber si es raro o no. Lo único que sé es lo que se siente en una familia donde todo el mundo se lleva bien, con todos los bordes de las cosas borrosos y superpuestos. Lo que siento en esta casa es contención. Suzanne aparta sus cosas para que no toquen las de él. Hasta da la sensación de que el bebé, con todos sus juguetes y su ropa ordenados y amontonados en la zona de ella, no cruza al otro lado.

Y ella odia a su perra.

No lo digo, pero he sentido otras cosas. Owen, por ejemplo. Siento su presencia en toda la casa. Hacen como que no está, pero está por todas partes, como un alma en pena.

Hay alguien más. Un fumador. Suzanne tiene un amigo que fuma. Hay rastros de humo en su ropa, en su pelo. Y no solo eso. Puedo olerlo en algunas partes de la casa, lo que hace pensar que no es solo alguien que conoce, sino alguien que pasa tiempo aquí. Y seguro que es un hombre. Las mujeres huelen a cosas distintas –a productos para el pelo, a champú, a jabón– incluso si no llevan perfume.

¿Matthew fuma?, pregunto.

Nunca, dice Gil, perplejo. No podía soportarlo. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

Gil le da un sorbo a su café.

Suzanne dice que Matthew tiene una cabaña cerca de la frontera con Canadá.

Como ve que me quedo perpleja, dice: Una casita. Una especie de choza.

Matthew tiene una cabaña. En vez de *tenemos* una cabaña.

Dice que a lo mejor ha ido allí. Gil me mira por encima de la taza. Está bastante aislada. En el bosque. El tipo de sitio que frecuentan los cazadores.

¿Cazadores?

Gil sonríe.

Matthew no caza. Pero quizá deberíamos ir a echar un vistazo. De estar escondido en algún lugar, tiene que ser allí. Suzanne dice que se quedará aquí con Gabriel por si vuelve.

Me quedo un rato pensando.

¿Es normal que la gente desaparezca así, sin más?, pregunto.

¿Normal? Gil levanta una ceja. La verdad es que no. No hay nada normal, Perguntador.

No hay nada normal. La frase favorita de Gil. Termino la tostada y miro los árboles, que están empezando a echar hojas. He aprendido que «normal» es una palabra sin un significado real en nuestro idioma, pero a veces me pregunto cómo sería.

¿Qué hora es en Holanda?, le pregunto. ¿Podemos llamar a Marieka?

Sí, dice Gil, y eso hacemos, pero no está así que le dejamos un mensaje. Me tiro en el sofá, que es realmente cómodo, y cuando abro los ojos Honey está de pie a unos centímetros de distancia, mirándome. Suspiro, me levanto, cojo la correa y salimos

juntas a dar un paseo por el bosque que hay detrás de la casa. No me voy lejos porque no quiero perderme.

La perra de Matthew es muy observadora, igual que yo. En sus ojos hay una tristeza casi humana. Quiere saber quién soy. Me sigue y aguza sus orejas para escucharme cuando hablo. Tal vez espere que le explique las cosas, adónde ha ido Matthew y cuándo volverá, pero no sé las respuestas a esas preguntas y, además, no hablo el idioma de los perros.

Honey es inteligente y leal.

Me pregunto cómo Suzanne puede odiar a un perro así.

A nadie se le ocurriría pensar en Catlin y en mí como amigas. Ella está como un palillo, es muy escandalosa y está como una cabra. Yo soy regordeta, tranquila y pienso bien las cosas. Cat siempre se precipita, hace las cosas sin pensar en las consecuencias. Yo, en cambio, soy prudente. Pero me encanta lo alegre y atrevida que es, como si fuera una estrella fugaz. No se parece a nadie que conozca, y a veces me pregunto por qué es amiga mía.

Una vez me llevó a rastras hasta nuestro club para enseñarme una caja de cartón. Dentro había dos ratas.

Me quedé mirándola.

La semana anterior habían desaparecido dos ratas del laboratorio de ciencias del colegio y todo el mundo estaba histérico porque andaban por ahí sueltas. Había gente que ni siquiera usaba los baños por si aparecían en el agua mientras hacían pis, lo que por lo visto sucede.

¿Has mangado las *ratas*?, dije horrorizada. ¿Cómo las sacaste del edificio?

Cat sonrió de oreja a oreja y se señaló los pies.

¿Qué?, exclamé. ¿En serio te las metiste en los *zapatos*?

Casi, respondió.

Entonces se agachó, cogió una de las ratas y la deslizó dentro de un calcetín. Luego sacó la mano, hizo un nudo flojo en el extremo del calcetín y ¡bingo!, ya tenía el portarratas perfecto. Como eran las ratas de clase, estaban sobrealimentadas y un poco atontadas y mansas de tanto pasarlas de mano en mano, así que una vez dentro del oscuro calcetín se acurrucaron y se quedaron dormidas.

¿Dónde has aprendido ese truco?

Me lo he inventado, dijo, y no me extrañó nada. La mayoría de las cosas que me cuenta Cat se las inventa, pero es tan divertida que no importa. En cualquier caso, prefiero sus explicaciones a las de verdad.

Su plan era que adiestráramos a las ratas para que llevaran mensajes a través de las alcantarillas, aunque el tipo de mensajes y a quién se los mandábamos estaba un poco en el aire.

Cat dijo que no podíamos ponerles nombre porque entonces nos encariñaríamos con ellas, y que eso era muy poco profesional. Así que se convirtieron en Rata Uno y Rata Dos. La primera vez que cogí a Rata Uno, se me subió por el brazo a toda velocidad y se me metió por dentro de la camisa.

Al día siguiente, cuando dos chicas saltaron de la silla en el laboratorio de ciencias gritando que habían visto una rata, ni siquiera me di la vuelta, solo dije que no había de

qué preocuparse porque no había ninguna rata. Todos se me quedaron mirando con recelo, pensando: *¿Cómo lo sabe?*

Total, que el martes les dimos de comer queso y galletas y trozos de salchicha y hierba, pero cuando volvimos a casa del colegio el miércoles habían atravesado la caja de cartón con los dientes y se habían largado.

Nunca volvimos a verlas. La madre de Catlin no paraba de quejarse de que de noche oía algo masticando dentro de los armarios y su padre le decía: «No seas tonta, te lo estás imaginando», y al parecer tenían unas discusiones tremendas, aunque en esa familia siempre tenían discusiones tremendas. Cat dijo que pensaba que las ratas que habían escapado fueron la gota que colmó el vaso entre sus padres, vamos, que destruyeron su matrimonio de una vez por todas. No había forma de decirle que estaba equivocada, que desde el momento en que uno conocía a sus padres era evidente que no se llevaban bien y que se habrían divorciado tarde o temprano, con ratas o sin ratas.

Debe de ser horrible darse cuenta de que vienes de dos personas que nunca tendrían que haberse conocido.

Después del incidente de la rata, empezamos a pasar más tiempo en mi casa, donde todo el mundo se llevaba bien y no había gritos. Cuando lo pienso ahora, me pregunto si esa fue una de las razones para que dejáramos de ser amigas.

Un día que teníamos que volver a su casa después del colegio, encontramos a su madre fuera con todo perfectamente ordenado y todas las ventanas de la casa cerradas a cal y canto, pese a que hacía un día precioso de primavera. Dentro hacía frío y parecía un día gris, como si nadie le hubiera dicho a la casa que el invierno había terminado. Mientras, fuera, los árboles en flor se mecían con el viento y los pájaros cantaban.

Cogimos nuestros libros de código del club pese a que ya no jugábamos mucho a los espías, y ni siquiera nos molestamos en mirar lo que había en la nevera. Solo queríamos salir de allí.

Mi madre ya no oye ratas, dijo Cat. Nos han abandonado, como un barco que se hunde.

Miró hacia abajo, así que yo chillé: *¡Alto, mis valientes!* y *¡Todos a cubierta! ¡Izad la vela de mesana para el abordaje!*, cerramos la puerta de golpe y volvimos corriendo a mi casa, gritando durante todo el camino en el lenguaje de los piratas. Y cuando llegamos, Gil nos saludó desde su despacho, Marieka apareció con unos manojos de espárragos y por la ventana entraba un olor a jacintos. En ese momento pensé que era agradable, pero es posible que Cat lo odiara.

Al año siguiente, cuando ya no nos hablábamos, pensé que su nueva personalidad realmente tenía sentido, que besar a chicos y fumar marihuana y salir de clase dando fuertes pisotones e insultar a los profesores y básicamente comportarse unas cien veces peor y más escandalosamente de lo que eres en realidad, es lo que hay que hacer para no pensar que tienes que volver a dormir en una casa triste y gris.

Traducir libros es una extraña forma de ganarse la vida. Lo normal es que uno traduzca de su segunda lengua a su lengua materna, pero entre los muchos amigos y colegas de mi padre, se dan todas las combinaciones posibles de idiomas y direcciones.

Gil traduce del portugués al inglés. La mayoría de los traductores crecen hablando dos o tres idiomas, pero algunos hablan una cantidad descabellada. Lo máximo que he oído son doce. Dicen que es más fácil a partir de los primeros tres o cuatro.

La gente que me inquieta es la que no tiene ninguna lengua materna. Nicholas, un amigo de mi padre, era de madre francesa y padre holandés. En casa hablaba francés, holandés e inglés, pero creció en Suiza hablando italiano y alemán en el colegio. Cuando le pregunto en qué idioma piensa, dice: Depende de lo que esté pensando.

La idea de no tener una lengua materna me preocupa. ¿Es como sentirte un nómada dentro de tu propia cabeza? No me puedo imaginar no tener palabras en las que refugiarme. Ser huérfana de lengua.

Tal vez esto me preocupe porque no está muy lejos de mi situación. Marieka creció primero hablando sueco y luego inglés; Gil aprendió portugués, francés e inglés cuando era pequeño. Entiendo conversaciones en la mayoría de estos idiomas, pero el único que hablo bien es el mío.

Marieka suelta un bufido cuando Gil trata de explicar semiótica o nos cuenta su teoría sobre tipologías durante el desayuno. Su abuelo era minero, su padre se hizo profesor, pero Gil los superó a todos con un doctorado en Lingüística Aplicada.

Recuerda tus raíces, dice mi madre, y rezonga. ¡Semiótica!

Me encanta oír hablar a Gil pero no siempre presto atención a las palabras que usa. Cuando lo escucho atentamente, casi nunca sé de qué está hablando, pero a ninguno de los dos le importa, la verdad. A veces me desconcierta que sea mi padre porque nuestra mente funciona de forma muy distinta. Quizá me cambiaron al nacer y mi verdadero padre es Hércules Poirot.

La madre de Marieka era sueca-sudanesa y aunque es de piel blanca como su padre, tiene un precioso pelo cobrizo, como un arbusto en llamas. Gil dice que lo primero que le atrajo de mi madre fue el pelo y que solo después la escuchó tocar. Un amigo lo llevó a rastras a un concierto y se pasó la primera mitad pensando en un ensayo que estaba escribiendo. Solo levantó la vista después del intermedio para ver tocar el violín a esa mujer de rizados salvajes.

Marieka no se podía creer que alguien fuera al camerino sin ni siquiera haber prestado atención a la música. Ahora está acostumbrada, pero en ese momento pensó que era un excéntrico y que estaba como una cabra.

Una vez les pregunté a mis padres por qué no vivieron juntos durante los primeros ocho años y Gil se limitó a decirme: Éramos felices así.

Dice que nunca pensó en otra mujer, ni siquiera una vez, después de conocer a Marieka, y luego, en la misma frase, suelta: ¿Crees que necesitaré mi traje gris en Ginebra?

Y Marieka sonríe y dice: Sí, cariño, seguramente sí.

Mi madre ve el mundo de una forma que ella llama escandinava, lo que significa sin mucho drama. Yo detecto cada emoción, cada relación, cada mensaje oculto. Si alguien está enfadado, triste o decepcionado, lo veo como si fuera un cartel luminoso. No sé explicar cómo, simplemente es así. Durante mucho tiempo pensé que todo el mundo podía hacer lo mismo.

Pobre hombre, digo, y Marieka se queda perpleja. ¡Mira!, le indico. Mira su postura, cómo tuerce la boca y recorre la habitación con los ojos. Mírale los hombros, cómo le queda la chaqueta, cómo sujeta el libro. Mira sus zapatos y cómo se humedece los labios.

Era tan evidente –un montón de información gravitando sobre nosotros– que me asombraba que no pudiera verla. Pero Gil dice que las capacidades humanas son de la más diversa índole. No entiende cómo la gente puede hablar solo un idioma. Ciertas combinaciones de acordes hacen que Marieka se estremezca. Yo miro dentro de las almas.

Evidentemente, la mayoría de la gente no presta atención. Se topan con una situación y empiezan a hacer preguntas cuando tienen delante las respuestas.

¿Dónde está Marieka?, por ejemplo. La favorita de Gil.

Lo miro. ¿Qué día es hoy? ¿Qué violín se ha llevado? ¿Qué zapatos?

Tres simples observaciones me dicen inmediatamente dónde está y cuánto tiempo estará fuera. Pero Gil siempre pregunta.

Zapatos planos, le digo. Debido a las escaleras. Hay cinco tramos de escaleras hasta el sitio en donde ensaya los cuartetos. Si no casi siempre lleva tacones porque le gusta ir alta. Pero si se te escapa lo de los zapatos, fíjate que el violín barroco tampoco está.

A veces acompaño a Marieka porque ensayan en el minúsculo apartamento del viola, que está en lo alto de un antiguo edificio de Covent Garden, con grandes ventanales desde donde se ve todo Londres. Si me tumbo en el suelo y apoyo la barbilla en las manos, veo justo por encima del estrecho zócalo y puedo fingir que estoy en un globo flotando sobre Covent Garden. Una vez me llevé a Catlin pero no podía estarse quieta sin hacer ruido.

Cuando oímos que Matthew había desaparecido, Marieka y Gil tuvieron una larga conversación sobre lo que debían hacer.

¿Y qué pasa si *no* es tan sencillo?, preguntó Marieka.

Y Gil respondió con un susurro que no alcancé a oír.

No quiero que Mila se mezcle con esa familia mmrrmhm y ya sabes lo que mmmrmnhm sobre Suzanne.

Bueno, da la casualidad de que yo sé lo que mi madre mmmrmnhm sobre Suzanne. No

le cae muy bien, aunque también dice que es difícil caer bien cuando eres tan desdichada. Pero Marieka conocía a Suzanne antes de que Owen muriera, y dice que incluso entonces nunca parecía estar diciendo la verdad. Me pregunto por qué no he visto a Suzanne desde que tengo cuatro años. Gil dice que él y Matthew son como hermanos pero ¿cuándo fue la última vez que se vieron? ¿Son como hermanos que se han distanciado?

¿Qué piensas?, pregunta Marieka. No puedo oír la respuesta, pero conozco lo bastante bien a mi padre como para imaginarme lo que dice. Matthew se pone así a veces. Estoy seguro de que no es nada grave. Haremos el viaje tal como estaba previsto. Para cuando lleguemos estará en casa. *Es* mi amigo de toda la vida. El mejor. Y de todos modos, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo vi. Quizá pueda mmmrmnhmrhmnm...

He oído historias de cuando eran unos chavales y pasaban el rato en el cementerio que había detrás de su colegio, hablando de chicas y poniéndose ciegos de sidra. He visto fotos de mucho antes de que Gil y Marieka se conocieran, de los dos jóvenes bronceados y sonrientes en España, Escocia y los Alpes. En las imágenes se les ve jóvenes y guapos. Su amistad solo fue puesta a prueba muy brevemente por una chica a la que ambos querían. En una foto aparecen los dos rodeándola con el brazo, pero ella tiene la cabeza girada y sonríe a Matthew, que mira directamente a cámara. La cara de Gil está en la sombra.

Una vez que su madre estaba enferma, Matthew vivió con la familia de Gil un año entero. Compartían habitación y se quedaban despiertos casi toda la noche leyendo cómics que Matthew robaba de la tienda del barrio.

¿Robaba?

Matthew, dice Gil, no yo.

¿Qué pasó con su madre?

Murió, Perguntador. El verano en que él tenía quince años.

Me gustaría haberlos conocido en aquella época, aunque supongo que Gil de joven no sería muy diferente del Gil de ahora. He oído que se sentaron juntos en la reválida para entrar en Secundaria y más tarde en los exámenes finales de Bachillerato. A Matthew se le daba bien la historia, a Gil los idiomas; a ambos los aceptaron en Cambridge.

Dos chicos de instituto de la peor zona de Preston, dice Gil. El día que recibimos la noticia nos sentimos como Dios.

Gil se pasaba los veranos estudiando y escribiendo. Matthew hacía autoestop por el mar Negro, escalaba el Annapurna y enseñaba inglés en África oriental.

Nos llama Marieka. Al teléfono suena igual que siempre.

Mmm... Es lo que dice cuando le hablo de la monada de bebé que es Gabriel y de Honey y de la sensación que tengo en la preciosa casa de cristal. Y entonces suspira y dice: Ten mucho cuidado, cariño, las familias pueden ser tan complicadas...

Le digo que tendremos cuidado, y que la quiero, y luego le doy el teléfono a Gil, que estira todo el cuerpo cuando habla con ella.

Por un momento tengo ganas de llorar porque la echo de menos, pero luego la veo en

mi cabeza diciendo: ¿Te crees que no estoy contigo, boba?
Somos tres. Incluso cuando solo somos dos, somos tres.

Catlin siempre habló de escaparse de casa, pero no lo típico de buscar a tus verdaderos padres que son ricos y glamurosos y te dieron en adopción por error y desde entonces están muy arrepentidos.

Ella quería huir a Bruselas o a Washington DC y liderar una red de espionaje internacional que salvaría al mundo de la destrucción masiva, a ser posible en el último segundo. Lo llevaría a cabo escribiendo un programa informático tremendamente complejo que implicara veintiocho números primos codificados en un iPhone exclusivo de última generación. Suelo quedarme dormida cuando habla en plan técnico.

Todos nuestros juegos de espías incluían amenazas al mundo libre y la invasión de enemigos malvados mientras trazábamos rutas por túneles subterráneos que no conocía nadie, salvo nosotras, gracias a un mapa que Cat descubrió en las catacumbas que hay debajo del Museo Británico, en un cofre antiguo sellado con una maldición.

Intacto durante doscientos años, dijo Cat. Deléitate la vista, tía.

Me deleité la vista con una carpeta que tenía pinta de ser muy antigua, con todo el borde quemado y medio roto, y aunque sabía que había usado una vieja plancha para quemar los bordes y hacer que un trozo de cartón normal y corriente pareciera antiguo, estaba impresionada. Parecía viejo de verdad.

¡Hala!, exclamé, y traté de cogerla. Pero ella me apartó la mano y me obligó a ponerme unos guantes de fregar azul oscuro bastante parecidos a los de los forenses si se usaban fuera de contexto. Con los guantes puestos, podía coger la carpeta mientras Cat espolvoreaba talco de bebés para las huellas dactilares.

Justo lo que pensaba, dijo con un destello de locura en los ojos. Fue manipulada por última vez por operativos extranjeros.

¿En serio? ¿Cómo lo sabes? Sentía verdadera curiosidad.

Mira con atención, susurró. ¿Ves cómo los dibujos de las huellas dactilares van hacia atrás? Eso es que es extranjero.

Debí de parecer algo escéptica porque Cat se enfureció.

Vale, no me creas. Me da igual.

Sí que te creo, dije.

Más te vale, pequeña Mila. Más te vale.

¿Y la fecha?, pregunté. No quería volver a cabrearla.

Acercó uno de los trozos de papel quemado de la carpeta a la bombilla del club.

Justo lo que pensaba, dijo. Es noventa por ciento lino, con una clara tonalidad verdosa (eso era de las paredes del club, que estaban pintadas de verde y nos daban una tonalidad verdosa a nosotras también), hecha en *Chechoslovania* entre... eh... 1918 y 1920.

Había que confiar en la chica.

Y entonces empezó a mirar detenidamente toda la información de nuestra carpeta mientras yo dibujaba una especie de sello con lápiz rojo en la parte superior de cada página:

TOP SECRET

Si hubiéramos conseguido quedarnos con las ratas, podríamos haberles atado mensajes en clave a las patas, pero en lugar de eso pensamos en frases que sonaban inofensivas para nuestros libros de código y que nos permitirían intercambiar información vital en público. Cuando digo que pensamos en frases, a lo que me refiero es que Cat se las inventaba y yo decía que eran buenas. Aquí hay algunos ejemplos:

Coge un paraguas = NO TE FÍES DE NADIE

Tengo sed = TENGO NOTICIAS

Qué hay de cenar = NOS HAN TRAICIONADO

Bonitas cortinas = TENEMOS LOS DÍAS CONTADOS

Si alguna vez yo sugería una frase, Cat pensaba en una razón por la que no estaba del todo bien, así que al rato dejé de preocuparme. Pero no me importó, simplemente seguí escribiendo la palabra TOP SECRET, que cada vez parecía más profesional. Tanto que uno podría haber pensado que teníamos un sello de verdad.

¿Te haces una idea de nuestra relación? El caso es que podría haber elegido a una amiga más honrada, pero no lo hice. La verdad es que nunca se me ocurrió que los amigos que escoges digan quién eres en realidad. Mirate Matthew y Gil. Gil necesitaba un líder y Matthew un seguidor. Con Cat y yo, yo era el ancla. Por ejemplo, yo nunca metería ratas en calcetines. Pero Cat era la chispa.

Nos lo pasábamos muy bien, aunque al final yo no fuera la que hizo el código de un número primo de veintiocho cifras para salvar el mundo, a pesar de entender los números primos mucho mejor que ella. Cat creía que un número te podía dar una sensación especial, casi mística. Le daba igual que le dijera miles de veces que «primo» significaba que no era divisible por nada. Para Catlin, el número 39 era primo porque parecía siniestro. Aunque no lo fuera en absoluto.

En cuanto a su compleja fantasía de salvar el mundo, bueno, quizá no fuera una elección aleatoria. Yo habría preferido jugar a otra cosa de vez en cuando, como a los huérfanos, a los exploradores o a los médicos. Pero si mi familia hubiera sido como la suya, habría estado igual de desesperada por encontrar la combinación correcta de números primos para hacer que el mundo volviera a ser un lugar seguro.

Gabriel y su niñera han vuelto de la guardería. La chica se llama Caryn, C-a-r-y-n, por si pensábamos que se escribía con e, y se queda un poco inquieta cuando le decimos que Suzanne aún no ha llegado a casa, pero que no pasa nada, que se puede marchar.

No, dice, da igual, le prepararé el biberón por si su mami se retrasa.

Pero su mami no se retrasa, llega enseguida. Sigue teniendo pinta de estar estresada, pero se alegra de ver a Gabriel y también, aunque algo menos, a nosotros. Me pregunta si me gustan los DVD y me da a elegir entre *Titanic* y *Amelie*. La verdad es que me da lo mismo, pero elijo *Amelie*. Empiezo a ver la película y no está mal, aunque prefiero saber de lo que están hablando Suzanne y Gil que ver a *Amelie* salvar el mundo.

¿Qué más?, dice mi padre, y Suzanne responde con un suspiro.

A lo mejor está teniendo una aventura con una de sus alumnas. No lo sé.

Y entonces me meto en la cabeza de una persona con un niño pequeño cuyo marido ha desaparecido y me pongo mucho más triste y nerviosa que Suzanne. ¿Qué pasa si ha muerto?, grita esa persona con un bebé. ¿Qué pasa si *no vuelvo a verlo*?

Pero no parece que Suzanne vaya a ponerse a gritar. Cuando se lo digo a Gil, él asiente con la cabeza como si hubiera notado lo mismo.

Supongo que en este matrimonio hay más cosas de las que sabemos, dice. Y claro, lo de Owen cambió todo. La mayoría de las parejas que pierden un hijo se acaban separando.

He estado pensando en la conexión entre lengua y pensamiento. Los idiomas que se leen de izquierda a derecha representan el paso del tiempo de izquierda a derecha. Si un francés cuenta la historia de un gato que atrapa a un ratón, el tiempo empieza en la izquierda y se mueve hacia la derecha. Los hebreos y árabes empiezan con el gato y el ratón en la derecha y el tiempo pasa hacia la izquierda. Así que no es solo una cuestión de palabras.

Intento recordar esto cuando hablo con Suzanne, y me pregunto cómo se moverá el tiempo en su cerebro. Tal vez se detuvo cuando murió Owen. O se bloqueó como unos troncos en un riachuelo. O simplemente da vueltas sin parar como el icono del reloj del ordenador. Sea lo que sea, parece una persona que esté hecha de cristal. Si le das un golpe, se romperá en mil pedazos.

Es difícil tener una conversación con una persona de cristal, pero me observa pacientemente cuando cojo a Gabriel y le doy el biberón, aunque se nota que quiere que se lo devuelva. Honey quiere proteger al bebé con todas sus fuerzas. Hace un ruidito con la garganta y Suzanne la espanta. No es una mala persona haciéndose pasar por una simpática, sino una persona enfadada que finge estar normal.

Tal vez sea la clase de persona que no dice nada por miedo a estallar y empezar a decir cosas que no debe. Delante de mí, por lo menos, no menciona a Matthew en ningún momento. Parece que la lengua que estructura sus pensamientos es una que no habla nadie más. Y evita a la única criatura que comparte su pérdida. Creo que le asusta la infelicidad de la perra.

Gabriel es demasiado pequeño para darse cuenta. Juego con él a bajarle un ratón de juguete con una cuerda por delante de la cara y levantarlo de nuevo de un tirón. Se ríe sin parar y, de repente, sin venir a cuento, se derrumba y empieza a gritar. Suzanne se abalanza sobre él y lo coge en brazos, diciendo: Mami está aquí.

Gil me mira. Me acerco a los miles de libros que hay en las paredes, paso la mano por encima de ellos y saco uno; *Caravasar*, se titula. Camellos. Mujeres vestidas de negro. Hombres agachados bebiendo té en tazas diminutas. Edificios cuadrados, muy bajos, adornados con inscripciones que no entiendo. Parece un sitio cálido y tranquilo donde todo transcurre muy despacio.

Se pasa la tarde entre el *jet lag* y lo raro que es no oír ruido de la calle ni de otra gente.

Suzanne va a ir al pueblo a por unas cosas y me pregunta si quiero ir.

Sí, por favor, digo, y nos llevamos a Gabriel con nosotras. Gil se queda en casa trabajando.

En el trayecto de quince minutos en coche, Suzanne me hace todas las preguntas típicas: si me gusta el colegio, cómo está mi madre y dónde toca estos días, etc. Es una educada conversación adulta y solo le falta la verdadera curiosidad que conecta a la gente.

Luego se disculpa porque el supermercado sea aburrido, pero a mí no me lo parece en absoluto. Para mí es casi igual de exótico que *Caravasar*. Me pide que le diga si veo algo que me gustaría comprar.

Veo un montón de cosas que me gustaría comprar: una caja de macarrones con queso, unas tiritas con dibujos de superhéroes, mantequilla de cacahuete y nubes enrolladas en un bote de plástico gigante... En la sección de panadería hay tartas con cabezas de payaso parlantes y caballitos musicales de los del tio vivo de muchos colores. La sección de cereales para el desayuno es kilométrica y me pregunto cómo alguien puede elegir. Estoy buscando huevos de Pascua, pero los que encuentro son todos demasiado feos o demasiado infantiles o demasiado parecidos a los que puedo comprar en casa. Cuando por fin alcanzo a Suzanne está hablando por teléfono. Tiene la cara distinta a la que hemos visto Gil y yo. De pronto parece más joven, y tiene una sonrisa que no nos ha mostrado a nosotros.

Me acerco a ella por la sección de frutería, donde todas las sandías, las manzanas y los plátanos parecen el doble de grandes que los de Inglaterra. ¿Cómo es posible?

Cuando me ve dice: Tengo que irme. Y cuelga. Se le ha puesto la cara roja y empalagosa como la cabeza de payaso de la tarta. Un amigo del club de lectura, me explica, sin necesidad.

¿Un amigo? No odio a Suzanne pero tampoco consigo que me caiga bien. Es una de

esas personas que piensa que porque sea pequeña no distingo lo que es verdad de lo que no. La veo mucho más claramente de lo que me ve ella a mí, tal vez más claramente de lo que se ve a sí misma.

Suzanne tiene que ir a la tintorería y a correos, así que amontonamos la comida en la parte de atrás del coche y dice: Si quieres dar una vuelta por tu cuenta, adelante. Nos vemos aquí en media hora.

Me alejo hacia una tienda de deportes y echo un vistazo a las camisetas, pero no hay nada que quiera comprar y de todas formas no tengo dólares. Al otro lado de la calle hay un banco donde da el poco sol que queda. Voy para allá y me siento.

Hola Cat, escribo. Me gustaría q estuvieras aquí.

Espero un rato pero Catlin no responde. Mientras tanto, todo el mundo corre como loco de aquí para allá, y me resulta curioso que la hora punta exista en un pueblo del tamaño de un cacahuete igual que en Londres. Me quedo lo más quieta posible, volviéndome invisible para poder ver lo que está pasando sin que me vean. Funciona. Nadie mira.

Lo único que merece la pena es un hombre que se mete en una plaza de aparcamiento dando marcha atrás demasiado rápido con su todoterreno y roza el coche que tiene detrás sin querer. Grita a su hijo, que debe de tener dieciséis años, por distraerlo, y el chico sale del coche, cierra la puerta de un portazo y se marcha echando humo por las orejas mientras el tipo se pone de rodillas para inspeccionar la abolladura del otro coche.

Catlin me responde al mensaje. **A mí también. Está lloviendo.** Lleva adjunto lo que creo que puede ser una foto de un charco. No está muy claro.

Me aparto de la atracción local del momento para encontrarme con Suzanne donde el coche. Gabriel me mira fijamente y cuando le sonrío se le ilumina toda la cara.

Volvemos a casa sin decir mucho. Suzanne habla con Gabriel, que lloriquea en el asiento de atrás.

¿Quién es el niño que está cansadito?, dice, y luego me mira de reojo como si estuviéramos tramando algo. Estar con ella me cansa. Entonces me acuerdo de Owen y me siento avergonzada de pensar así.

Cenamos *risotto* con guisantes y queso parmesano. Está bueno pero en medio de la comida pido permiso para tumbarme en el sofá. Honey está a mi lado en el suelo. Cierro los ojos, le apoyo una mano en el lomo y siento el movimiento de su respiración lenta. Gil me tapa con una manta. Cree que estoy dormida.

Bueno, dice en voz baja, y vuelve a sentarse en la mesa. ¿Qué vamos a hacer?

Suzanne no responde inmediatamente. Al cabo de un rato dice: Como te puedes imaginar, yo no me puedo marchar. No puedo dejar a Gabriel y a mis alumnos y... todo.

Oigo a Gil suspirar.

Por favor, Suzanne, cuéntame. Debe de haber algo más.

Se hace el silencio. Casi puedo oír el silbido de los nervios de Suzanne.

Dime, insiste él.

Ella empieza a hablar en voz baja, así que tengo que hacer un esfuerzo para oírla.

No sé, contesta. Dice que está bien pero no es verdad. Se culpa por lo de Owen, y

suelta una risa amarga. Yo también le culpo. Esperaba que con Gabriel mejoraran las cosas, pero sorpresa sorpresa, están todavía peor. Así que es cierto lo que todo el mundo dice sobre los bebés que salvan los matrimonios. ¿Quién nos lo iba a decir?

Gil dice mi nombre. No es tonto. Hago un ruido de persona que está durmiendo, una especie de refunfuño. Funciona. Yo tampoco soy tonta.

¿Y?

¿Quién sabe, joder? Tu amigo no habla mucho, que digamos.

Mi padre tampoco habla mucho. Usa las palabras con moderación, como si estuvieran racionadas. Creo que es lo que pasa cuando sabes tantas palabras en tantos idiomas. Hay demasiado donde elegir.

Lo sabías cuando te casaste con él. Gil habla dulcemente, sin reproches.

Sí, claro que sí. Pero saberlo es una cosa y vivir durante dieciséis años con un hombre que no habla... es otra diferente, ¿no?

Hay un tono de crispación en su voz que corta como un cuchillo. Por primera vez me doy cuenta de que Matthew debe de ser mucho más mayor que Suzanne. Si Matthew es de la edad de Gil, debe de estar rondando los sesenta. Y si Suzanne acaba de tener un bebé, ¿puede tener muchos más de cuarenta?

Marieka siempre dice con cariño que tiene que leerle la mente a Gil.

Me he vuelto una experta, dice. Y luego le da un beso en la nuca si está sentado trabajando y él levanta una mano y le mete los dedos entre la espesa mata de pelo y ella gira la cabeza y le besa la muñeca. Hay algo en este gesto que hace que me sienta completamente segura. Aunque la escena no me incluya, tampoco me excluye.

De repente siento una pena tremenda por Gabriel con su madre de cristal, su casa de cristal, su sonrisa de bebé.

Llévate el coche, por favor, dice Suzanne. Yo no lo necesito. Tengo un amiga que vive cerca; puede llevarme a la universidad.

¿Amiga?, pienso. Quienquiera que sea el que viene a visitarla no es una mujer.

Cierro los ojos una vez más y cuando los vuelvo a abrir me doy cuenta de que el tiempo ha pasado y ha seguido la conversación. *¿Qué me he perdido?*

Es tarde, dice Gil. Buenas noches, Suzanne.

Ya no tengo que fingir estar grogui. Me apoyo en mi padre hasta que llegamos a mi habitación y aparta la colcha de mi cama. Es lo único que recuerdo.

Por la mañana, Gil dice que nos vamos de viaje. Lo dice como si tal cosa, y la verdad es que los dos tenemos muchas ganas de irnos. En esta casa no parece haber suficiente aire, aunque no entiendo cómo es posible.

Echaré de menos a Gabriel. Cuando me ve o lo llamo por su nombre empieza a dar palmas, y se acurruca en mi hombro cuando lo cojo. Me gusta la sensación cuando lo cojo. Es pequeño y pesa mucho más de lo que parece. Como un paquete. Nunca había conocido a un bebé de carne y hueso y ahora entiendo por qué a la gente le gustan. Cuando me mira y sonrío, me siento privilegiada.

Gabriel B-B-Billington, canturreo. ¡Gabriel B-B-Billington! Él se ríe y agita las manos. ¿Crees que sabe cómo se llama?, le pregunto a Suzanne.

Claro, sonrío. Te echará de menos cuando te vayas.

¿Crees que echa de menos a su padre?, digo, y la miro.

Suzanne aprieta la boca más que nunca.

¿Su padre lo echa de menos? Eso es lo que yo me pregunto.

Debo de haber puesto cara de sorpresa porque extiende el brazo y me toca suavemente el codo.

No te preocupes, Mila. Al final todo saldrá bien. Se aparta el pelo de la cara con gesto cansado y pienso: ¿Qué final? ¿El final de los tiempos?

Al rato digo: ¿Quieres que vuelva Matthew?

Suzanne frunce el ceño.

Sí, claro que quiero que vuelva. Le lanza una mirada a Gabriel y luego me mira otra vez a mí. ¿Cómo no iba a querer?

Que no es lo mismo que decir: Ay, sí, si Dios me lo enviara mañana, moriría feliz, sino que se parece más a: ¿Que si quiero que vuelva? No especialmente. Pero si por casualidad viniera, sin duda me alegraría, por Gabriel.

Gabriel es demasiado pequeño para entender nada de esto. Supongo que lo comprenderá algún día, pero espero que no sea pronto. Solo lo conozco desde hace unas horas, pero ya tengo una actitud protectora hacia él. Si pudieras ver su enorme cara regordeta y sonriente y su boquita fruncida de pajarito, sentirías lo mismo. Me cuesta creer que una persona pueda abandonar esa cara.

Suena el teléfono de Suzanne, así que me llevo a Gabriel al salón y lo pongo en el sofá. Le lanzo una pelota blanda amarilla y él la golpea con las manos. Parece un pájaro batiendo las alas. Flap flap flap. No se le da bien cogerla pero no quiero que se sienta mal, así que cojo la pelota y se la vuelvo a tirar. ¡¡¡Flap flap flap flapflapflap!!! Chilla muy alto, como si fuera un murciélago. Gil está de pie detrás de mí, observando.

Es muy simpático.

Sí, respondo, consigue que le cojas cariño.

Le vuelvo a lanzar la pelota y él se pone como loco y agita las manos, pero noto que se le empieza a torcer la cara como la última vez, así que dejamos de jugar y lo achucho en el borde del mullido sofá. Luego me lo pongo en las rodillas y lo muevo y le canto una canción y él se calma y no vuelve a gritar.

Yo no lo abandonaría, digo.

Gil se encoge de hombros, frunce el ceño y no dice *hay gente para todo*, que es otra de sus expresiones favoritas y probablemente una que no quiere aplicarle justo a su mejor amigo, porque no es muy halagadora que digamos. No se le ve contento.

¿Cuáles son las posibilidades?, digo en voz baja, porque sigo oyendo a Suzanne hablar por teléfono en la habitación de al lado. Parece bastante animada. Quizá sea alguien de la universidad o un vecino al que no conoce muy bien. Hasta se ríe un poco para demostrar que está bien, pero no lo consigue.

Supongo que debe de haberse metido en algo que no debería.

Como ¿por ejemplo?

Como por ejemplo malas compañías.

¿Qué clase de malas compañías? Por un instante me imagino algo como la compañía del gas, que está llena de delincuentes.

Gil vuelve a encogerse de hombros.

¿Drogas? ¿Juego? Levanta una ceja. Contrabando, prostitución, tráfico de armas, blanqueo de dinero...

La cara que pongo le hace reír.

A ver, me has preguntado. Y no, la verdad es que no creo que Matt esté dirigiendo una red de prostitución. No es su estilo. O por lo menos nunca lo ha sido. La gente cambia, supongo. O algo pasa para que ya no los reconozcas. A veces sucede.

La angustia se apodera de mí y me impide respirar. Pienso en Catlin. Sé que sucede. La posibilidad de que alguien que conozco bien pueda cambiar de la noche a la mañana me pone enferma. Atraigo a Gabriel hacia mí y lo beso para que mi padre no vea cómo me siento.

Aunque suele ser al revés, continúa Gil. Lo que suele pasar es que no ves a alguien en treinta años y cuando os volvéis a ver todo es exactamente igual que antes.

Se queda un rato pensando y luego dice: Matt lo ha pasado mal. Probablemente desde lo de Owen, pero ¿yo qué sé? Quizá no sea eso. Quizá sea gay y esté viviendo una mentira. Lo conozco desde hace mucho tiempo, dice. Pero uno nunca sabe realmente lo que pasa en la cabeza de otra persona. Hay gente para todo, dice.

Fuerzo una sonrisa y Gil levanta la vista y parpadea, como si hubiera olvidado que estoy ahí.

Y aquí acaba la clase de hoy, dice cuando Suzanne vuelve a entrar, lanzando una mirada acusadora a su teléfono.

¿Qué clase?, dice, pero parece una pregunta más automática que curiosa.

Yo sigo acurrucada con Gabriel, pero cuando ve a su madre empieza a agitar las manos

y a hacer ese ruido agudo como de murciélago. El teléfono de Suzanne vuelve a sonar. Ella mira el número, contesta, y su voz cambia de nuevo.

Ahora te llamo, ¿vale?, dice. Se fija en Gabriel y me lo quita rápidamente del regazo. ¡Puf!, exclama, sorbiéndose la nariz de forma exagerada. ¡Qué mal huele este niño! Y se va a cambiarle el pañal.

Tengo el olfato de un sabueso y aquí no olía a nada más que a bebé.

Pongámonos en marcha, dice mi padre. Se está haciendo tarde.

Dominar dos idiomas no te convierte en un traductor. Y los traductores de francés a alemán, por ejemplo, rara vez traducen del alemán al francés.

Es un proceso unidireccional, dice Gil.

También dice que el truco es imaginar los ritmos y el lenguaje del Idioma Uno en el Idioma Dos, y encontrar las conexiones entre, digamos, una mente alemana y una francesa, de tal modo que las peculiaridades de una voz se puedan adaptar en la otra sin una *desastrosa pérdida de significado*. Que es algo que siempre dice en cursiva.

Hoy voy a traducir del inglés americano al inglés británico y viceversa, lo que debería ser de más o menos fácil.

Por fin salimos, después de que Suzanne llame dos veces a la compañía de seguros para cerciorarse de que su póliza cubre a cualquier conductor, incluido uno extranjero. Pasa mucho tiempo hablando con Gil sobre la cabaña que tiene Matthew cerca de la frontera con Canadá. No tiene teléfono ni electricidad ni agua corriente. Tampoco tiene internet. Nos da un mapa con la ruta y nuestro destino marcado con un boli rojo.

Tenemos GPS, dice, pero allí arriba deja de funcionar. Es mejor llevar el mapa. Matt no confía en el GPS, añade, como si fuera a estar con nosotros en el viaje criticando lo que hacemos.

Detrás del mapa hay una lista de números de teléfono, incluido el suyo, el móvil de Matthew y el de la Asociación Automovilística Estadounidense en caso de accidente. Suzanne es una persona muy organizada.

La cabaña, dice, es el único lugar donde imagino que puede haber ido. Tampoco os podéis guiar por mi imaginación. En coche se tardan unas siete horas en llegar. Depende del tráfico. Es una locura hacerlo en un día. ¿Y si llegáis hasta allí y la casa está cerrada y vacía? Por este camino, dice, recorriendo con el dedo un lago inmenso y estrecho, no tardaréis mucho más pero es muy bonito.

¿O sea que estaremos buscando a una persona desaparecida por una ruta pintoresca? Por muy tentador que sea, no lo digo en voz alta.

Ya que habéis venido hasta aquí, dice, al menos no paséis todo el tiempo en la autopista.

Vale, dice Gil. No te preocupes por nosotros. Se nos dan bien los mapas.

La expresión de Suzanne me hace pensar que está preocupada, pero no por nosotros y puede que tampoco por Matthew. ¿Quién nos queda?

Le doy un beso a Gabriel y él me sonríe y agita las manos y da pataditas con los pies, así que lo cojo y lo abrazo con fuerza. Hasta ahora este viaje ha servido aunque solo sea para saber que me gustan los bebés. O puede que solo este. No quiero soltarlo pero lo

hago, y él se fija en la gaviota de madera que aletea sobre su trona. Cuando nos vamos no me atrevo a mirar hacia atrás por si está agitando las manos y los pies para que lo coja.

Estoy fuera arrastrando la maleta hacia el coche cuando siento un ligero golpecito en la pantorrilla. Es Honey que me empuja con el hocico y mira al suelo.

Le echo un vistazo a Gil pero Suzanne se adelanta.

Llévala, dice. Por favor. No es justo dejarla aquí sola todo el día. Y, sinceramente, no la soporto. Es su perra. Si lo encontráis, al menos se pondrá contenta.

Iré con ella en el asiento de atrás, le digo a Gil, hasta que se acostumbre a nosotros.

Siéntate delante, dice Suzanne con un ímpetu inesperado. Estará mejor sola.

Mi padre parece un hombre que se ha quedado atrapado en una puerta giratoria.

Pero ¿qué pasa con los moteles?, pregunta. ¿Permitirán que entren perros?

Un segundo, grita Suzanne, que ha vuelto a entrar en casa disparada. Regresa con un delgado libro de bolsillo titulado *Viajar con perros*, y hay páginas y páginas de moteles donde admiten perros.

Gil no sabe qué hacer pero yo estoy encantada. Suzanne desaparece una vez más y vuelve con una correa de cuero marrón, una cama, una bolsa de comida seca para perros y dos cuencos. De pronto, siento una fuerte empatía por Matthew. Cuesta imaginar que Suzanne no se salga siempre con la suya.

Me quedo de pie delante del coche mientras Honey olfatea la puerta abierta y el interior, y solo entonces sube con cuidado a la parte de atrás. Se sienta muy elegantemente sobre sus patas traseras y espera tranquila.

El se la llevaba a todas partes, dice Suzanne, con una voz cortante como el cristal. Evito mirar a mi padre, pero sé perfectamente la cara que ha puesto. Como yo, ha empezado a ponerse del lado de Matthew en contra de su mujer, si es que ese lado existe.

Suzanne mira a todas partes menos a nosotros. Pasa la mano por un arañazo que hay en el parachoques delantero.

Espero que no conduzcas tan mal como tu amigo, dice.

Los tres estamos pensando en Owen y haciendo como que no, pero la verdad es que Gil no es el mejor conductor del mundo. A Suzanne le daría un ataque si viera cómo está nuestro coche de Londres.

Le decimos adiós con la mano. Suzanne sujeta la manita de Gabriel y nos devuelve el saludo, pero da la impresión de que ya se ha olvidado de nosotros.

Solo hay unos cuantos kilómetros hasta la autopista y, aunque Gil parece un poco indeciso al principio, se relaja en cuanto conducimos por rectas. Hay dos carriles en cada dirección, y por un momento la carretera se llena de bares de comida rápida y tiendas con nombres como El mundo de los muebles de jardín y el Pabellón de la Navidad.

Honey tiene el aire resignado de un viajero con muchos kilómetros a sus espaldas. Parece más feliz en el coche que en casa, aunque es difícil imaginar que adivina nuestra misión. Me gustaría sentarme en la parte de atrás con ella. Siempre he querido tener un perro.

El *jet lag* hace que tenga hambre a unas horas muy raras y hoy no he desayunado mucho, así que ahora estoy hambrienta, y cuando veo un anuncio de DINER DE DINAH PRÓXIMA SALIDA, hago que Gil arriesgue nuestras vidas y dé un volantazo para salir de la autovía cruzando el carril de adelantamiento, pero merece la pena por ver el precioso *diner* plateado con tapicería azul metálica. Gil aparca y yo abro un poco las ventanillas y le digo a Honey que volvemos enseguida. Ella apoya la cabeza en las patas y no me mira.

Dentro, el hombre que está en la caja nos hace señas con la mano para que nos sentemos donde queramos y luego nos trae la carta, que va metida en unas enormes carpetas rojas y acolchadas de piel sintética. Ha llegado la hora de traducir.

Podría comerme tres huevos al gusto, tortitas, *hash browns*¹, beicon, hamburguesa o picadillo de carne en conserva y tostada (de pan blanco-integral-de-centeno-de-masa-fermentada), huevos fritos por ambos lados, con la yema blanda o muy hecha y café *normal*. ¿Cómo que *normal*?

Al final me pido los dos huevos fritos con tostada de pan de centeno, el zumo de naranja recién exprimido y en el último minuto añadido tortitas por pura gula. Gil pide café ilimitado y tostadas francesas, que llegan solo unos segundos después de pedir las: unas rebanadas grandes y gruesas de pan pasadas por huevo y mantequilla y servidas con azúcar glas por los bordes y una jarra de cristal de sirope de arce. Miro su plato y deseo haber pedido lo mismo.

Nuestra camarera lleva un uniforme marrón y blanco con una chapa de plástico verde donde pone su nombre: Merilynne. Es amable y simpática y pregunta de dónde somos.

Me encanta tu acento, me dice, y luego nos cuenta que tiene parientes por parte de padre que viven en Lincolnshire (Lincoln-shy-er), Inglaterra, a los que siempre ha querido conocer y que le gustaría ir a visitar algún día.

Me pregunto si piensa que Lincolnshire está relacionada de alguna manera con Abraham Lincoln, y por tanto es en parte norteamericana.

Me da la sensación de que Merilynne está cansada y, cuando vuelve con la bandeja, estoy bastante segura de saber por qué.

Puede que este sea el desayuno más grande que he comido en mi vida. Me es totalmente imposible terminar las enormes tortitas, así que pregunto si podemos llevarnos lo que ha sobrado, explicando que tenemos un perro.

A mí me da lo mismo, dice Merilynne, pero sin ninguna mala intención.

Gil paga y cuando volvemos al coche vemos a Merilynne fuera del *diner*, sentada en un escalón fumándose un cigarro. Me pregunto si habría fumado si supiera que está embarazada. Supongo que lo descubrirá muy pronto.

Nos volvemos a poner en marcha y subimos la autopista rumbo a Canadá.

Me siento en el asiento de atrás del coche y abro la bolsita para Honey. Veo que Merilynne no solo ha metido las sobras de las tostadas francesas y las tortitas, sino que ha empaquetado cuatro trozos de beicon con una taza casi entera de picadillo de carne en conserva. *Para vuestro perro*, pone en una nota escrita a mano con una carita sonriente, y está firmada: *Vuestra camarera Merilynne*.

Honey olfatea la bolsa. En el mundo hay muchas más pistas para ella que para ningún ser humano; su sentido del olfato es cien veces mejor que el mío e imagina lugares enteros donde nunca ha estado. Mordisqueo el borde de un trozo de beicon y le doy el resto, luego pongo la bandeja de aluminio en el asiento del coche y ella se lo zampa todo en unos segundos. Es una perra muy limpia; recoge las migas con su lengua rosa y pulcra antes de acomodarse a mi lado con un suspiro.

Mi tarea, aparte de leer el mapa, es encargarme de la radio. Me inclino hacia delante entre el asiento del conductor y el del copiloto y pulso el botón de Búsqueda para encontrar algo que los dos queramos escuchar. Generalmente encuentro solo una canción que nos gusta en cada vuelta del dial. Luego vienen las noticias. Algo sobre Washington. Algo sobre un escándalo de la Iglesia. Nada sobre un hombre de mediana edad que se escapó un día de casa sin motivo cuando iba a dar una clase sobre la guerra civil inglesa dejando a su perra, su hijo de meses y su mujer sin ni siquiera una nota ni una dirección en donde contactarle. Al cabo de un rato, estiro el brazo entre los asientos y la apago. La sensación de intentar sintonizar la radio coincide con la de intentar descifrar lo que le ha pasado a Matthew. No importa que el escáner de frecuencias busque unos milímetros para un lado o para el otro, la historia no va a estar del todo clara.

La carretera de aquí no se parece en nada a la de Inglaterra. Casi siempre hay árboles a ambos lados, densos como el bosque de un cuento de hadas y con pinta de no acabarse nunca. Piensas que estás en una especie de jungla y de pronto la carretera se allana y se convierte en un pueblo, y todo lo que te rodea son grandes edificios cuadrados llamados MÁXIMO VALOR, SUPERSUELA y EL MUNDO DE LAS COSTILLAS. Estamos pasando por uno de estos tramos cuando Gil sale de la carretera para parar en EL UNIVERSO DEL TELÉFONO.

Vamos a comprarte un móvil barato de prepago, dice, para que no tengas que llamar a mamá con el de Londres.

¿Y tú qué?

Yo tengo mi portátil, dice, y yo sonrío. Mi padre odia los teléfonos.

Echo de menos mi casa. Miro a Honey y meto la cabeza entre los pliegues blandos del pelo de su cuello, intentando quererla lo suficiente como para compensar lo que ha perdido. Ella responde amablemente y me contempla sin mucha efusividad.

La saco a pasear, luego la vuelvo a meter en el coche y voy con Gil, que está mirando un teléfono que obviamente no tiene que comprar mientras la dependienta enumera todas las razones por las que debería comprarlo.

Me he puesto a buscar el móvil más sencillo y barato, digo, y he encontrado este.

La chica debe de tener diecisiete años. Está mascando chicle, lleva demasiado maquillaje y se ha mosqueado porque haya elegido una porquería de teléfono cuando ella estaba recomendando el más nuevo y caro.

Todos los mensajes son gratuitos, salvo los de Inglaterra y Holanda; lo busca en un librito y resulta que no son terriblemente caros, a menos que te vuelvas loco y empieces a mandar mensajes a todo el mundo que conoces.

Reanudamos el viaje. Estoy metiendo los números de Suzanne y Matthew en el teléfono y siguiendo el recorrido que hacemos en el mapa. Ahora que solo hay un carril

en cada dirección vamos bastante lentos. Sobre todo por la forma de conducir de Gil, que no es precisamente un experto y encima se pierde un poco. No ve los coches que se amontonan detrás de nosotros, con sus conductores cada vez más cabreados. Cada vez que hay un tramo de carretera recto y aparece la línea discontinua, los coches salen pitando y nos adelantan al doble de velocidad de la que llevamos nosotros. Gil no mira; sigue conduciendo con la mirada fija al frente y los hombros ligeramente encorvados sobre el volante. Se tiene que concentrar mucho porque conducir no es una de sus habilidades innatas. He apagado el GPS porque parlotea sin parar y nos molesta.

Añado a mis teléfonos el número de la Asociación Automovilística Estadounidense que Suzanne escribió en la parte de atrás del mapa, o sea que ya hay tres personas a las que mandar mensajes en Estados Unidos. Por un instante pienso en mandarle un mensaje a la AAE asegurándoles que estamos bien y que no tienen que preocuparse de venir a sacarnos de una cuneta de la carretera.

Lo que hago es mandarle un mensaje a Matthew.

Hola Matthew. Soy Mila. La hija de Gil el de Londres. Estamos en Estados Unidos buscándote. Honey va con nosotros. Te echa de menos. Por favor, dinos dónde estás.

Me pregunto si está mal decir que Honey lo echa de menos, insinuando que ninguno de nosotros se preocupa por él tanto como ella. Pero al final lo envío, porque creo que debería saber la verdad. Luego espero. Pero no hay ninguna respuesta.

Gil y yo hablamos un poco de lo que vemos, pero casi todo el tiempo conducimos en silencio.

¿Dónde paramos a comer?, pregunta Gil al cabo de un rato. La comida se convierte en un tema importante cuando uno viaja en coche.

Sigamos hasta que veamos un restaurante que nos guste.

Y eso es lo que hacemos. Atravesamos un pueblo lleno de grandes casas victorianas. Algunas de ellas parecen recién pintadas y otras están increíblemente hechas un desastre. De vez en cuando pasamos por delante de una chabola que podría estar sacada de unos dibujos animados: todas las ventanas de diferentes tamaños como si alguien las hubiera encontrado en distintos momentos, paredes unidas con trozos de madera llenos de clavos y cinta americana, un viejo coche oxidado sin ruedas encima de ladrillos, juguetes rotos y un perro flacucho en el porche delantero.

A finales del siglo pasado esta zona era famosa como lugar de veraneo para la gente rica, dice Gil. Ahora está llena de *hippies*, personas sin estudios y probablemente supervivientes de catástrofes y otra gente chungu de esa, dice cuando pasamos por delante de una tienda de tatuajes situada en el terreno de una de las grandes casas victorianas.

Le miro con los ojos entrecerrados.

¿Desde cuándo eres un experto?

Mete la mano en el compartimento lateral de la puerta, me pasa una guía turística muy

gorda (*Frommer's New York State*) y dice: ¿Pensabas que Suzanne nos iba a mandar sin material de consulta?

Lo hojeo un momento y luego vuelvo a mirar la carretera.

¿Qué te parece ahí?, digo señalando una casa de madera blanca con las contraventanas verdes y una amplia terraza. Tiene un letrero pintado a mano que dice CAFÉ Y CURIOSIDADES LENA.

Gil sale de la carretera a la misma velocidad que conduce y frena despacio.

El menú está clavado en un poste de la amplia terraza.

«Prueba la sopa y los sándwiches con pan casero de Lena», pone arriba del todo. Pero lo que a mí me interesa son las curiosidades. Y cuando entramos por la puerta, resulta evidente que son la atracción principal.

Las paredes están llenas de cabezas disecadas; unas cincuenta o así. Hay una enorme águila tallada y pintada de negro, un pez disecado, un grabado de una manada de búfalos, el esqueleto entero de una serpiente en una vitrina de cristal y un kimono japonés desteñido colgado en la pared. Veo un gran caparazón de tortuga transformado en un cuenco y un acuario lleno de caparazones de cangrejo. También hay unos esquís de madera con ataduras de piel clavados a la pared y al lado unas raquetas de nieve que tienen pinta de ser muy antiguas. Un cuadro de un indio americano arrodillado junto al fuego en un gran marco dorado necesita que le limpien el polvo. Hay velas metidas en botellas de vino encima de cada mesa. Una paloma que parece disecada resulta ser real. Detrás de la caja hay una comadreja con una rata en la boca. Le falta un ojo de cristal. No a todo el mundo le gustaría comer en este entorno.

¿Podemos entrar con la perra?

Es ilegal, dice la mujer, pero mira a Honey y asiente con la cabeza. Siempre y cuando sea tranquila y no le importen los gatos.

Bueno, tranquila es, claro, pero no sé lo que piensa de los gatos.

No mucho, al parecer, porque ignora al gato gris enorme que nos mira fijamente desde su posición elevada en el alféizar de la ventana y se tumba debajo de la mesa. Para ser un perro grande, se le da bien meterse en espacios pequeños.

¿Sois de Inglaterra, amigos?, pregunta la mujer. Y Gil responde: Sí.

Me gusta tu acento, dice mirándome, y no sé si darle las gracias.

Pedimos sándwiches de beicon, lechuga y tomate. Pido zarzaparrilla porque nunca la he probado. La persona que suponemos que es Lena le trae café a Gil sin que él se lo pida y frunce el ceño cuando ve su cara de sorpresa.

¿No lo quieres?

No, responde él, nervioso, quiero decir, sí. Sí que lo quiero.

Entonces ¿cuál es el problema?, pregunta muy seria.

Gil acepta el café.

¿Os vais a quedar en Saratoga Springs? ¿Sois aficionados a las carreras?

La verdad es que no, le digo. Para nada, de hecho.

Bueno, eso está bien, porque no es la mejor temporada, dice. Llegáis demasiado tarde o demasiado pronto. Yo fui una vez con mi marido, hace mucho tiempo. Se ríe a

carcajadas y luego se marcha a la cocina y vuelve a salir con nuestros sándwiches y se sienta en una silla grande y cómoda junto a la puerta, sumando los tickets de caja mientras comemos. Esta Lena es una auténtica mujer orquesta.

Cuando nos levantamos para pagar, ella y Gil se ponen a charlar sobre las carreras. Es una conversación breve. Que yo sepa, todo lo que sabe mi padre sobre carreras se reduce a Red Rum y quizá Frankie Dettori, el jinete que desmonta del caballo saltando en el aire.

¿Adónde decís que vais, amigos?, pregunta Lena cuando la conversación se acaba. Gil le dice el nombre del pueblo que está más cerca de la cabaña de Matthew y ella dice: Todavía os queda mucho.

Y yo pienso, y que lo digas.

¿Has visto alguna vez un terrier en acción? Se queda totalmente inmóvil, temblando por la emoción, esperando el momento de que le quiten el collar. Luego hay una fracción de segundo en que parece explotar y se lanza hacia su presa. Y unos terribles gruñidos y rugidos y sacudidas y chillidos cuando se enfrenta, literalmente, con la rata. No es agradable, pero impacta. Y todo ocurre muy rápido.

Lo que hace que un perro haga esto no es un sentido de la responsabilidad ni un deseo de agradar. Lo llevan en los genes. No pueden evitarlo. Si yo fuera un perro, sería mitad terrier.

Mi parte racional hace una tabla con dos columnas. Encima de una pone MATTHEW ESTÁ MUERTO y encima de la otra MATTHEW ESTÁ VIVO.

Si está muerto, hay cuatro posibilidades:

- (A) Asesinato
- (B) Suicidio
- (C) Muerte accidental
- (D) Enfermedad - derrame cerebral o ataque al corazón

En casa de Suzanne busqué en Google casos de gente que huyó de repente de su casa y abandonó a su familia. Algunas de las razones son:

- (A) Locura
- (B) Amnesia
- (C) Problemas económicos
- (D) Problemas matrimoniales
- (E) Familia secreta
- (F) Depresión
- (G) Le han echado del trabajo pero no se lo ha dicho a su mujer
- (H) Crisis de fe religiosa o experiencia cercana a la muerte
- (I) Secreto terrible
- (J) Secuestro
- (K) Enfermedad mental
- (L) No sabe por qué

Muchas de estas razones son difíciles de entender. ¿Por qué no le contarías a tu mujer que te has quedado sin trabajo? ¿Qué hay de malo en una crisis de fe? ¿Qué clase de

secreto? Algún día comprenderé mejor estas cosas. En este momento solo tengo que analizarlas detenidamente. No todo lo que quieres saber está bien explicado en Google.

Si lo quiero hacer bien, tengo que tener en cuenta la posibilidad de que Matthew fuera secuestrado. Pero ¿por qué alguien secuestraría a un profesor de historia de mediana edad? No tengo ni idea. Hasta donde yo sé tiene vínculos con el hampa china, sobre la que sé menos que nada, excepto lo que vi una vez en una serie de televisión.

Pese a que puedo recorrer la escena de un crimen en busca de ratas igual que un terrier, suelo tener problemas para reunir las pistas debido a las lagunas que tengo en el conocimiento del mundo. No me vendría mal un cómplice adulto. Gil no es la persona más indicada para este trabajo. La señorita Marple sería mejor.

Es como el matrimonio. Marieka y Gil llevan veinte años juntos pero no se han casado. Marieka dice que es porque donde ella creció las mujeres eran independientes y no querían que un hombre les pusiera un anillo en el dedo y les dijera que lavaran los platos.

Eso me hace reír. No me puedo imaginar a ninguno de mis padres actuando así. Cuando le pregunté a Gil por qué él y Marieka nunca se habían casado, me dijo: Jamás se me ocurriría atreverme.

¿Atreverte a qué?, pregunté.

No recuerdo si me respondió.

Matthew tuvo un montón de novias pero no se casó hasta que conoció a Suzanne. Tenía cuarenta y dos años. Esto también quiere decir algo, pero no estoy segura de qué. Siempre que me lo imagino, es en una montaña con la barba congelada. No es la clase de persona que uno se imagina casado.

La mayoría de mis amigas del colegio tienen padres que van como se supone que tiene que ir la gente casada: las mujeres con vestido y los hombres con corbata. La madre de Catlin estudió para ser profesora, pero se queda en casa todos los días mientras el padre de Catlin va a trabajar para una empresa de *software*. Cada vez que la veo, pienso que está fuera de lugar en su casa, como si no supiera dónde ponerse.

Gil aparta los ojos de la carretera una milésima de segundo y me pregunta qué estoy haciendo. Le digo que no paro de pensar, en círculos, hacia atrás y de cualquier manera. Le hago la misma pregunta y contesta que está conduciendo el coche de la mujer de Matthew hacia Canadá.

Eso ya lo sé, respondo. Pero ¿qué más?

Yo también estoy pensando, dice. Estoy pensando en el imbécil de mi amigo.

¿Qué conclusión has sacado?, le pregunto, ignorando el comentario sobre el imbécil.

Nada, dice Gil. ¿Y tú?

Estoy tratando de ser metódica, digo, sin andarme con rodeos, porque él nunca da una respuesta directa. Intento ordenar las posibilidades. Una vez hayamos hecho eso, nuestra tarea será un poco más fácil.

¿Eso crees?

Sí. Le echo un vistazo. Está mirando hacia delante porque va conduciendo, pero me mira con el rabillo del ojo. A ver, le digo. No puedes dejar que tus pensamientos se queden flotando en el éter y esperar a que con el tiempo se conecten con algo. Es

absurdo.

No, no lo es, dice Gil. Muchas cosas buenas pasan así. La penicilina. El teflón. El polvo inteligente. Ocurre algo que no te esperabas que cambia completamente el resultado. Tienes que estar abierto para que suceda.

Cuando yo abro mi mente, le digo, las cosas rebotan por todas partes y se caen. No se conectan con nada. A lo mejor aún no tengo suficientes puntos de referencia.

Eres joven, dice, seguramente sea eso. Cuando yo dejo que *mis* pensamientos vaguen por el aire, confío en que al final se agarren a algo útil o hagan una asociación que yo no había previsto. Confío en que encuentren por sí solos la idea que tienen que completar. El dato que falta para dar *en el clavo*. A veces tienes que confiar en tu cerebro.

Puede, pienso. Pero hasta ahora solo confío en mi cerebro hasta cierto punto. Sin nada que lo oriente podría volverse loco y desviarse en cualquier dirección o meterse en una calle sin salida para echarse una siesta. Por eso hago tablas.

Bueno, le digo a Gil, espero que tengas razón, de verdad. Porque mi esquema no me ha llevado a ninguna parte.

Gil sonríe sin apartar los ojos de la carretera.

Llegaremos.

¿Estás seguro? Yo tengo mis dudas, pero no se lo digo.

Sí. De una u otra forma, lo conseguiremos.

Vale, digo, y entonces dejo el esquema a medias, estiro el brazo hacia atrás y acaricio a Honey, que está dormitando. Luego me pongo a mirar un rato por la ventana. Pero no consigo hacer que mi cerebro deje de pensar. Dime todo lo que sepas del accidente, le digo.

¿Qué accidente?

El que mató a Owen.

Me lanza una mirada.

¿Es relevante?

Pues claro que es relevante. ¿Cómo voy a entender a Matthew sin conocer todos los hechos? Nunca sabes cuáles acabarán siendo importantes.

Vale, dice Gil. Está bien. Pero no estoy seguro de que recuerde todo.

Me quedo muy quieta y espero.

A ver. Matt fue a recoger a Owen de clase de natación, dice Gil. A última hora de una tarde de invierno. Era de noche. Tenían que hacer unos kilómetros por la autopista, no muchos, pero los suficientes para que uno de esos grandes camiones articulados patinara y chocara contra la parte de atrás del coche. Quedó aplastado.

¿Todo el coche?

La parte de atrás.

¿Y qué pasó con Matthew?

Salió ileso. Algunos moratones, nada más.

Espera. ¿Owen iba sentado atrás?

Sí.

Qué raro.

No sé, Perguntador. A lo mejor los niños de Estados Unidos tienen que sentarse atrás porque es más seguro o algo.

Los niños pequeños. Él era más alto que Suzanne.

Puede que acabaran de dejar a alguien o que él quisiera tumbarse. Puede que hubiera compra delante. O la bolsa de deporte.

Puede. ¿Y luego?

Estaban en el carril de la izquierda. Vino una ambulancia y la policía. Recuerdo que en aquel momento Suzanne le dijo a Marieka que la policía había absuelto completamente a Matthew.

¿Absuelto? Frunzo el ceño, confundida.

Que lo encontraron no culpable.

No culpable ¿de qué? ¿Era sospechoso?

No creo. Es normal, supongo. Se aseguraron de que no se había quedado dormido al volante ni estaba drogado ni nada por el estilo.

Me quedo pensando. ¿Absuelto? ¿El padre afligido? Intento imaginarme la escena. Vuelvo a mirar a Gil.

¿Y el camión?, pregunto.

Venía detrás de ellos. El conductor intentó dar un volantazo y dio una vuelta de campana en el carril central. La parte de atrás debió de girar del todo y golpear el coche de Matt.

¿Y el camionero?

Supongo que también murió.

¿Cómo que *supones* que murió?

Murió.

Una imagen en movimiento toma forma en mi cabeza. Matthew y Owen en el carril de la izquierda. El camión acercándose a ellos por detrás. No en el mismo carril, supongo, no en el carril de adelantamiento. Un carril más a la derecha. ¿Qué provoca que un camión enorme patine?

¿Estás seguro de que intentó dar un volantazo o te lo estás inventando?

Gil se queda pensando.

Estoy bastante seguro. Casi todo lo que sé me lo dijo Marieka, dice. Nunca tuve el valor de preguntar más detalles. ¿Por qué?

Bueno, si vas a chocar contra alguien, sobre todo cuando vienes por detrás, no patinas primero, ¿no?

Igual había hielo. Igual estaba metiéndose en el carril de Matt y no lo vio.

Esos tíos se ganan la vida conduciendo. ¿Cometerían un error como ese? ¿Y cuántas veces has visto uno de esos camiones gigantes en el carril de la izquierda? E incluso si se metió en el carril de Matthew, al camionero no le habría pasado nada. Matt habría empezado a dar vueltas y se habría estrellado, pero no el camión. ¿No lo ves?

Pese a que entiendo perfectamente las limitaciones de mi padre, estoy impaciente.

La verdad es que no, dice. ¿Y el hielo?

Puede.

O a lo mejor estaba cansado.

Estuviera o no cansado, no entiendo por qué fue culpa del camionero. La imagen de mi cabeza ya está clara. Veo el coche de Matthew frenar o salirse del carril o hacer algo que provoca que el camión que va detrás de él frene con tanta fuerza que patine y dé una vuelta de campana en la mediana, aplastando la parte de atrás del coche de Matthew al derrapar. Si Owen hubiera ido sentado delante, habría sobrevivido.

A ver, no hay nada de extraño en sentarse en el asiento de atrás de un coche cuando solo vais tú y tu padre. Pero si estuvierais discutiendo, ¿te sentarías atrás? ¿No te encorvarías en el borde del asiento delantero mirando por la ventanilla y sintiendo que te han tratado injustamente? Y si estuvieras cansado, ¿no te repantingarías delante también? Quizá a Owen le gustara sentarse atrás, o se había hecho daño en la pierna en clase de natación y quería echarse, o había una bolsa de la compra enorme en el asiento del copiloto.

Guardo la pregunta en un archivo de mi cabeza y lo marco con la Q de quizá.

El letrero dice RUTA PANORÁMICA e indica hacia la derecha. Gil gira.

Ya que hemos venido hasta aquí, dice, será mejor que disfrutemos de las vistas, ¿no?

Creía que teníamos una misión. Que era un asunto de vida o muerte.

Y así es, dice Gil. Pero Suzanne dijo que era precioso.

¿Me estoy imaginando cosas o todo el mundo está tratando este viaje como una especie de vacaciones descafeinadas, como una búsqueda del tesoro para mantenernos ocupados porque total, como de todas formas ya estamos en Estados Unidos...?

Le miro.

¿Lo dices en serio? ¿La ruta pintoresca?

Gil mira hacia atrás.

¿Preferirías seguir por la autopista?

Vale, vale.

Miro el mapa. Según parece, un inmenso lago va a aparecer a mano derecha y de repente, mira tú por dónde, los árboles frondosos dan paso a unas vistas increíbles de una pequeña extensión de agua azul brillante con montañas detrás.

¡Mira!, digo, y luego me arrepiento porque Gil reduce aún más la velocidad y por el espejo retrovisor veo cómo se enfurece el conductor que tenemos detrás. En cuanto puede, el tipo nos adelanta con un gran rugido del motor y nos lanza una mirada despectiva desde la cabina de su camión extremadamente grande. Hay escopetas sujetas al asiento de atrás. ¿Escopetas?

¿Has visto eso?

Gil asiente con la cabeza.

Deben de ser de adorno, dice. Octubre es temporada de caza.

Me quedo mirándole.

¿Te has aprendido de memoria la guía turística o qué?

No se puede disparar a los animales que acaben de dar a luz o estén preñados. Ni siquiera en Estados Unidos. Vamos, que la matanza se hace en otoño, igual que en Inglaterra.

Genial. Me pongo a echar un vistazo por la linde del bosque para ver si veo algún oso o ciervo con crías. Están condenados a morir, sí. Pero no en breve.

Al cabo de un par de kilómetros, el paisaje desaparece y atravesamos un precioso pueblecito situado a la orilla del lago. El sol se refleja intensamente en el agua. Pasamos por delante de un constructor de barcos y de un par de antiguas casas victorianas muy elegantes. Gil para en una heladería.

Sin preguntarme, pide dos cucuruchos grandes de helado de vainilla y chocolate y un

café para él. Nos sentamos fuera, en una mesa de picnic de madera. Sopla un aire fresco y el calor que desprende el sol es suficiente para que uno se quede dormido. Ninguno de nosotros tiene prisa alguna por volver a la carretera.

Gil coge un periódico local que se ha dejado alguien y se lo lee al revés, deteniéndose en los anuncios por palabras. Rompo la punta del cucurucho y se la doy a Honey para que se la coma, y luego vamos juntas hacia el agua con el helado goteándose por la mano. Me siento en el césped y me quedo mirando el lago y las montañas. El sol me da en la nuca. Honey está a mi lado. Le doy el helado para que se lo termine. Según Gil, los indios piel roja vivían antes aquí. No cabe duda de por qué lo eligieron.

Volvemos a donde está Gil.

Mira, me dice, podríamos comprar una piscina portátil por solo cuatrocientos pavos. O una desbrozadora «casi nueva». Pasa las páginas y yo me quedo mirando una imagen de una familia de mapaches captada por un circuito cerrado de televisión. Parecen furtivos, como si fueran criminales.

Honey se coloca en el sol y se tumba en el suelo, poniendo la cabeza sobre las patas. Es una criatura hermosa con una cabeza noble, pero veo que debajo de su tupido pelaje blanco de invierno hay un cuerpo extremadamente delgado. Es mayor. Unos doce años, piensa Gil. Mi edad.

Nos quedan ciento cuarenta kilómetros. En estas carreteras eso serán por lo menos dos horas, dice, y de pronto desearía que estuviéramos haciendo este viaje por placer. Preferiría que fuéramos a nuestro aire, sin preocuparnos por la velocidad, parando y reanudando la marcha según lo que nos apeteciera en cada momento. Pero ni siquiera la ruta panorámica me impide dejar de pensar en Matthew y las piezas que faltan del puzle. Casi todas las piezas. Hasta ahora lo único que tengo es el cielo.

Piensa, me digo. Piensa en los hechos: Owen murió hace tres años. En un choque con un camión. No fue culpa de Matthew. La policía lo absolvió completamente.

Cuando buscas respuestas, son las cosas que te inquietan y te dan vueltas en la cabeza las que cuentan.

¿Absuelto?

Gil le da la vuelta al periódico. En la portada hay una foto grande de los ganadores de la carrera popular de dieciséis kilómetros de la localidad. La mayoría son mujeres que se abrazan y sonríen. En la parte de abajo hay un anuncio sobre licencias de caza y una lista de normas con un titular la mar de grande que dice: PRÓXIMAMENTE COMIENZA LA TEMPORADA DE CAZA.

Sigo leyendo. El anuncio dice que debes ser mayor de doce años para solicitar la licencia, y es obligatorio que los nuevos aspirantes hagan un curso de seguridad de diez horas. También dice que el año pasado se cazaron 189.000 ciervos en el estado de Nueva York y que solo veintinueve personas resultaron heridas, aunque ninguna de ellas lo fue de gravedad. Ciento ochenta y nueve mil ciervos. Y trescientos dieciocho osos. ¿Quién querría matar a un oso? Ni siquiera te los puedes comer. La idea de todos esos animales muertos me deprime. Una foto que viene con el artículo muestra a un tipo contento sujetando la cabeza colgante de un ciervo muerto. El pie de foto dice: «Steve

Wilson y un hermoso ciervo de diez puntas».

¿Qué clase de lugar es este?

Nos volvemos a meter en el coche. Hace calor, y en cuanto nos ponemos en marcha enciendo el aire acondicionado. Honey resuella un poco en el asiento de atrás. Nos hemos entretenido mucho y cuando por fin salimos de la autopista y cogemos una carretera más pequeña, ya ha atardecido. Gil para a echar gasolina. Paga y vuelve al coche, pero, en lugar de marcharnos, se recuesta con las manos apoyadas en el volante y se gira hacia mí.

¿Qué hacemos ahora?, pregunta. Podemos llegar esta noche si vamos directamente.

No, porfa, digo.

Puede que solo sean los nervios, pero no me gusta la idea de enfrentarme a algo en la penumbra, sea o no sea Matthew. Además, no quiero que nuestro viaje se acabe tan pronto. ¿Qué pasa si encontramos a Matthew y se pone furioso porque lo hemos seguido hasta la frontera con Canadá después de que él y Suzanne discutieran y decidieran estar separados un tiempo? ¿O qué pasa si le pillamos con una nueva novia? ¿O en algún tipo de contrabando? Veintiocho kilos de cocaína. ¿Qué pasa si nos odia por perseguirle hasta aquí como si fuera una especie de delincuente? ¿Y si en realidad *es* una especie de delincuente?

No digo todo esto, pero de todos modos Gil asiente. Quizá esté pensando lo mismo.

Vale.

Estoy mirando el mapa. Podríamos ir a Lake Placid. Parece bastante grande en el mapa. ¿Qué hay ahí?

Los Juegos Olímpicos de invierno de 1980, dice Gil, y me pasa la guía. Échale un vistazo.

Leo la entrada, que cuenta que Lake Placid es un pueblo encantador con una deliciosa mezcla de restaurantes, establecimientos de venta al por menor (¿establecimientos de venta *al por menor*?), tiendas de antigüedades y *outlets* de artículos deportivos. «¡Todo el mundo encontrará algo en Lake Placid!», dice el libro con un lenguaje gramatical molesto, y entre todo lo que está pasando y todos esos establecimientos de venta al por menor me cuesta mucho imaginar que Lake Placid sea realmente muy agradable.

Leo un poco más y luego miro a Gil.

¿Podemos quedarnos allí a pasar la noche?

Al menos tendrán un montón de moteles, dice, y sale de la carretera para mirar el mapa. Por encima de su hombro veo una foto del trampolín construido para las antiguas Olimpiadas. ¡Hostia, qué miedo da!, exclama al ver lo que estoy mirando. Es difícil imaginarse a alguien que baje eso esquiando.

Cierro los ojos unos segundos y pienso qué se sentirá al tirarse por esa rampa tan pronunciada y bajar agachado a toda velocidad hasta salir volando del borde del trampolín a trescientos kilómetros por hora. Yo aterrizaría en el hielo haciendo *plaf* como una tarta de limón.

Media hora después pasamos por el trampolín de verdad. Paramos el coche en el arcén y salimos a verlo. Gil se queda mirándolo fijamente.

Nunca he visto cosa igual, dice, y parece que va en serio. Pero al menos tiene un ascensor que sube hasta arriba. No es como una montaña. ¿Y tú?

¿Yo?, niego con la cabeza. Jamás. ¿Echas de menos aquellos años?, le pregunto, pensando en el alpinismo.

Gil niega con la cabeza.

No.

¿Por qué lo hacías?

No lo sé, Mila. Era joven. Y Matt era muy convincente. Si decía que había que escalar, escalábamos.

Quién sabe dónde habrían acabado si hubieran vivido en otra época. Me estoy imaginando a mi padre y a Matt de bandoleros o en la Resistencia francesa, corriendo unos riesgos terribles. Como las Juventudes Hitlerianas.

¿Matthew bajaría eso esquiando?

Gil sonríe.

Probablemente lo intentaría.

A ti no te gustaba nada escalar, ¿verdad?

No sé, dice Gil. Claro que sí. No creo que hubiera empezado por mi cuenta, pero me aficioné al subidón que daba.

Adrenalina, insinúo, y él asiente con la cabeza.

Nos metemos otra vez en el coche, entramos en el pueblo y aparcamos. Es bonito y está bien cuidado, y aunque nunca he estado en Suiza, se parece a mi idea de Suiza: pequeñas tiendas y restaurantes de madera muy pintorescos frente al lago con las montañas detrás. Sin los tipos con los pantalones de cuero bávaros. Y las montañas no son muy grandes, nada que ver con los Alpes.

Mientras Gil busca un periódico de verdad, intento mandar otro mensaje.

Matthew. Soy Mila otra vez, la hija de Gil. Tenemos que encontrarte. X favor escíbeme cuando recibas este sms.

Después de pensarlo un poco, quito la frase de tener que encontrarlo. Y lo de la hija de Gil. El mundo no está lleno de gente que se llame Mila.

Matthew. Soy Mila. Escíbeme cuando recibas esto.

Espero un poco pero no obtengo respuesta, así que escribo a Marieka solo para decirle hola y luego a Catlin. Ninguna de las dos responde.

Durante un rato recorremos las tiendas del pueblo mirando las cosas que hay en los escaparates. Vemos un viejo trineo de madera con unas jarras azules y blancas en la tienda de antigüedades y una librería con una vista preciosa al lago.

Y luego, en el escaparate de la tienda de *delicatessen*, encuentro el huevo de Pascua de mis sueños. Tiene dibujos de vaqueros: vaqueros con lazos, vaqueros montando en poni y potros salvajes corcoveando, vaqueros arreando a las vacas, vaqueros con

vaqueras... Es un tema tan incongruente para un huevo de Pascua que me echo a reír. Y encima es enorme.

¡Dios, es perfecto! Catlin se va a morir de alegría, digo, y Gil mira hacia arriba y resopla, sin duda pensando en el precio.

Pero cuando entramos y preguntamos cuánto es, el hombre de la tienda dice que no está a la venta.

Les aseguro con la mayor buena fe que no puedo venderlo, dice. Nos sobró hace dos años, así que estará rancio. Mucha gente ha querido comprarlo, pero me temo que se va a quedar aquí. ¡Arre, Plata²!

Entiendo lo que quiere decir, pero estoy tan desesperada por conseguir ese huevo que planeo en silencio una serie de casos hipotéticos que incluyen entrar a robar en su tienda en mitad de la noche.

Supongo que no habrá otro, ¿no?

Él niega con la cabeza.

¿Ayuda a que se vendan más huevos?, pregunto, queriendo convencerle de que es mejor deshacerse de él.

Vuelve a negar con la cabeza, esta vez un poco triste.

No tengo ni idea. Será una estupidez, dice, pero queda bien en el escaparate, ¿no os parece? Al menos hizo que entrarais en la tienda.

El otro vendedor se ríe.

¿Lo veis?, dice. Se ríen de mí. Pero a todo el mundo le encanta mi huevo vaquero. ¡Arre, Plata!

Me pregunto qué será eso de ¡Arre, Plata!, pero lo que digo es: Por favor, ¿podría al menos pensárselo? Tengo una amiga en casa cuyos padres se están divorciando y está muy triste y deprimida y este huevo seguro que la alegraría. Le miro de reojo sin que me vea para comprobar si mi historia funciona. Está desesperada, digo en bajo con la voz más triste que puedo poner.

Bueno, dice despacio, negando con la cabeza. Es una historia bastante triste. Pero me temo que es imposible. No está a la venta. Y además, es de hace dos años. Ni siquiera estará bueno.

Pienso en Catlin. A ella no le importaría a qué supiera. Lo que quiere de mí es otra cosa. Una señal. Este huevo es una enorme señal parpadeante que dice: Somos amigas para siempre y nos hacen gracia las mismas cosas.

Me estarías pidiendo que defraudara a un pueblo entero, dice el tipo de la tienda, que odia a los niños. Quizá el año que viene.

Sé que solo es un huevo pero me entran ganas de llorar. Puede que otro huevo increíble aparezca en alguna parte de nuestro viaje. Puede que Estados Unidos esté lleno de huevos. Pero por dentro sé que no. Y luego intento convencerme de que el huevo de Pascua perfecto no importa, sobre todo cuando es posible que Matthew esté muerto. Y de todas formas, ¿cómo narices habría conseguido llevarlo a casa? Pero a Catlin el huevo le importaría. Lo sé. La haría feliz, aunque solo fuera un minuto.

Mi padre compra una botella de zumo de manzana orgánico, exprimido y elaborado

artesanalmente con frutas de la zona y yo le lanzo una mirada de odio porque detesto la idea de darle a este hombre ni un céntimo de nuestro dinero.

Cuando salimos, suenan unas campanitas de reno que hay colgadas en la puerta.

¡Arre, Plata!, grita el hombre, pero yo no me doy la vuelta.

Está empezando a anochecer así que paramos a ver si hay sitio en uno de los moteles, y la recepcionista nos dice que está todo ocupado debido a las vacaciones de Semana Santa.

Probad en el motel Mountain View, dice, está a un kilómetro de aquí.

Volvemos al coche y, como en la carretera hay tantas curvas, parece estar muy lejos hasta que lo encontramos. Pero hay un simbolito de un perro junto a las pegatinas de las tarjetas de crédito en el cristal de recepción, así que estamos de suerte. Le digo al tipo de detrás del mostrador que mi padre está aparcando el coche y dice que le gusta mi acento, que si soy australiana. Cuando Gil entra, nos ofrece una habitación familiar por poco más que una doble.

Total, que ahora tengo mi propia habitación pegada a la suya y una televisión para mí sola. Esto me gusta. Con privacidad pero comunicada. En mi parte hay un rincón muy acogedor perfecto para que duerma Honey, y ella se acurruca como si hubiera vivido ahí siempre.

A su edad ya no necesita hacer mucho ejercicio, dice Gil, y yo pienso lo raro que es que con doce años ella sea mayor y yo joven. La saca a pasear y yo le escribo un mensaje a Catlin.

Ni rastro del tío desaparecido, escribo.

Pues te jodes, responde, y yo me quedo alucinada y me siento fatal porque pensaba que volvíamos a ser amigas. Pero un segundo después suena el teléfono.

Mi padre se ha marchado. Mi madre se pasa el día llorando.

Vaya. Conozco a Catlin desde hace tanto tiempo que puedo oír su vocecita llena de rabia.

Jo Cat, respondo, **lo siento UN MONTÓN bssss.**

Tarda un rato en contestar pero sé lo que va a decir antes de que llegue el mensaje.

Me importa una mierda.

Que es más o menos la prueba definitiva de que le importa.

Te quiero un montón, respondo, pero no contesta.

Gil vuelve con Honey.

Está bajando la temperatura, dice, y luego le da un hueso para roer que nos ha metido Suzanne en una bolsa y le echa algo de cenar de una caja. Ella lo olfatea y se aleja. No son sobras de beicon, ni tostadas, ni helado, así que no le interesa.

Dejamos a Honey y vamos andando a un enorme restaurante cuadrado que hay al lado, reformado para que parezca una versión de cartón de Tailandia con enormes columnas talladas y un techo puntiagudo pintado de rojo y dorado. My Thai, se llama, y está prácticamente vacío. La camarera nos dice que nos sentemos en cualquier lado y eso hacemos, y cuando vuelve pedimos Pad Thai y *curry* verde y dice que le gusta mi acento, a lo que yo nunca sé bien cómo contestar. Me levanto a mirar el pez grande y naranja del acuario que está al lado de la caja mientras llega la comida. Espero, de verdad, que ningún pescado de nuestra comida venga de ese acuario.

Llega la comida y no está del todo mal, aunque el Pad Thai está bastante pringoso. Gil pide una cerveza tailandesa, se la bebe y pide otra.

¿Qué haremos si encontramos a Matthew en la cabaña?, pregunto.

Supongo que hablar con él, dice Gil.

¿Y si no lo encontramos?

Gil se encoge de hombros.

Paso a paso. Al menos habremos vivido una auténtica experiencia americana en el camino, ¿eh, Perguntador?

Mientras comemos, el restaurante se llena y no puedo evitar recopilar información sobre la gente que está comiendo. La mayoría son turistas. Algunos hablan un francés que suena fatal, y Gil dice que es franco-canadiense. Las familias norteamericanas no hablan mucho entre sí, pero algunas gritan a sus niños. Pillo a un padre bendiciendo la mesa antes de empezar a comer mientras su hijo adolescente mira a su alrededor avergonzado. Hay un hombre que conoce a la camarera. O es pariente o amigo suyo o viene mucho por aquí. Algunos no se molestan en mirar la carta. Saben lo que quieren. Entran dos chicos y, cuando piden cerveza, la camarera les pregunta por el carné de identidad y ellos dicen que no tienen. Pero es maja, hace como si no pasara nada y les trae coca-colas a cambio. La gente pide platos enormes de comida y si les sobra algo, piden bolsas para llevar. Yo no le daría esta comida a Honey; no es saludable.

Por fin volvemos a nuestra habitación de hotel y veo la tele sin sonido mientras Gil lee, pero la mayoría son anuncios de pérdida de peso o pizzas gigantescas. Como de costumbre, no recuerdo quedarme dormida pero me despierto en mitad de la noche con la televisión apagada y la luz fosforescente del cartel del motel filtrándose por las persianas. En la habitación de Gil, la lámpara de lectura sigue encendida.

Una niña del colegio le contó a todo el mundo la historia de un asesino que escondió el cuerpo de una mujer muerta debajo del colchón de un hotel. Durante diez días, la gente durmió en la cama y el cadáver no fue descubierto hasta que los clientes se empezaron a quejar de un olor fétido en la habitación y el hotel se puso a investigar.

La idea de todas esas personas durmiendo encima de una mujer muerta me asustaba tanto que no pegué ojo en una semana. La chica sabía que provocaría eso. Tienes que ser sobrehumano o infrahumano para sacarte esa imagen de la cabeza.

Es algo en lo que ya he pensado: una historia que acaba en tu cabeza sin que tú quieras, o que es depositada ahí por alguien como esa chica. Tengo un archivo de imágenes horribles, pero no las voy a compartir contigo. ¿Y si metiera una aquí, en medio de un párrafo que estás leyendo por casualidad, como si fuera una mina antipersona? Nunca podrías olvidarla; sería parte de ti para siempre, como un poco de metralla en tu cerebro. Ya me he pasado contando la del cuerpo en el colchón.

De repente echo de menos a Marieka.

Hola mamá. Estamos sobre la pista de Matt, pero ¿será la correcta? No creo que seamos muy buenos detectives. Más bien defectivos. Jaja. ¿Tú q tal? Te echo mucho de menos. Besos, Mila.

Gil levanta la vista del libro y me pregunta por qué sigo despierta. Me encojo de hombros y recibo un mensaje.

¿Qué haces levantada a estas horas? Seguro que tú y papá sois unos detectives geniales. Te quiero. Besos y abrazos, mamá.

Ya me siento mejor. Me levanto y me meto un rato en la cama con Gil y él guarda el libro para que podamos ver un documental sobre peces que viven en el abismo, la parte más profunda del océano. Mi padre me está abrazando. Estar en una habitación tan extraña, con solo la luz de la televisión, me hace estar triste y sentirme perdida en un sitio profundo como el abismo. Aprieto la nariz contra la camisa de Gil, cierro los ojos y huelo a casa, lo que hace que me sienta mejor.

Sé que a Gil le gustaría que leyera más, pero prefiero ver la tele, a ser posible, sin sonido. Solo las imágenes. Si están poniendo un drama policiaco, está claro que es una historia de misterio desde prácticamente el primer fotograma; sobre todo sin sonido. El momento en que un actor sabe que es el malo, se lo notas en la cara y en la forma de andar. Si yo fuera directora no le diría a los actores quién es el asesino hasta el último minuto.

He oído hablar de un famoso escritor de novelas policiacas que nunca sabía quién era el asesino en sus libros hasta llegar al final. Personalmente, no dejaría una decisión tan importante a una panda de personajes inventados.

Al cabo de un rato, vuelvo a mi habitación y arrastro la cama de Honey hasta los pies de la mía. Mientras, ella se levanta y luego se acerca sin hacer ruido y se tumba para que yo pueda estirar el brazo y acariciarla. Cierro los ojos pero da igual lo que haga, la posibilidad de que haya un cadáver incrustado en una raja del colchón me ronda como un mal olor en el aire. Le escribo un mensaje a Matthew.

¿No te importa que todo el mundo esté preocupado? Respóndeme cuando recibas esto.

No me molesto en firmar.

Mi padre sigue despierto.

Gil, susurro en voz alta.

Mmmm, responde él.

Vamos a llamar a Marieka.

Todavía no son ni las siete de la mañana en Holanda.

Se me había olvidado la diferencia horaria. Está despierta desde hace un rato, le digo con una vocecita que me sorprende hasta a mí.

No tenemos mucho saldo en el teléfono, dice Gil, pero asiente con la cabeza. Marieka lo coge a la primera.

¿Estás bien?, dice que me llama ella y al rato me suena el móvil. ¿Por qué sigues levantada? Parece preocupada. ¿Dónde está Gil?

Está aquí mismo, digo. Siento haberte llamado. No lo he podido evitar.

No pasa nada, mi vida. ¿Dónde estáis?

Estamos en un motel. Cerca de Lake Placid. Mañana vamos a la cabaña de Matthew. Bueno, hoy.

Supongo que nadie sabe nada de él, dice, pero no espera a que le responda. Sabe que si hubiéramos sabido algo de él es lo primero que le habríamos dicho. ¿Cómo estás, cariño? ¿Te sientes sola?

Un poco, digo. Aunque en este momento sería más honesto decir que mucho.

Bueno, dice, puede que lo encontréis o puede que no.

Eso reduce las posibilidades, digo, y me río. Su voz me tranquiliza. ¿Cómo van tus conciertos?

Son solo ensayos, dice. El primero es mañana. Ninguna sorpresa hasta ahora. ¿Cómo está tu padre? ¿Por qué no puedes dormir?

Papá está bien, digo. Pero te echamos de menos. ¿Quieres hablar con él? Le paso el teléfono y él parpadea. Sin gafas parece una persona un poco diferente.

Que sea lo que tenga que ser, dice al cabo de un minuto. Y añade, con la cara seria: Claro. Aunque ella es totalmente capaz de cuidar de sí misma. Otra pausa. Lo sé. Intentaré que no se me olvide. Me lanza un beso. De parte de Marieka, me dice, y luego: Yo también te quiero, cariño. Que toques bien, dice y cuelga.

Me observa muy serio.

Tu madre dice que eres muy joven y necesitas dormir.

Tú eres un adulto y también necesitas dormir.

Tienes razón, dice, de acuerdo. Los dos tenemos que irnos a dormir. Mañana vamos a tener que estar muy espabilados.

Le doy las buenas noches y vuelvo a mi cama, pero hay demasiadas preguntas que me mantienen despierta. Mando otro mensaje desde debajo de las mantas.

Matthew, ¿dónde estás?

No espero una respuesta, así que no me sorprende que no llegue ninguna.
Al cabo de un rato, el pitido del teléfono me despierta de un sueño profundo.

No estoy en ninguna parte, dice el mensaje.

Es de Matthew.

Gil me habló una vez de una obra de teatro en la que un hombre se enamora de una cabra.

Me reí.

¿Se *enamora* de verdad? Y él asintió.

Pero... no de *esa manera*, ¿no?, dije, y él sonrió y volvió a asentir. *Hay gente para todo*.

Y recuerdo haber pensado: eso está clarísimo.

Cuando se lo conté a Catlin, me dijo: Pues eso es de muy mal gusto, a menos que fuera una cabra que estuviera realmente buena. Y entonces hizo una mueca y se largó a fumar un cigarro y comer un horroroso pollo con patatas, de esos que vienen precocinados en una caja con sus nuevos mejores amigos que no parecían verme cuando nos cruzábamos por la calle. O puede que estuvieran demasiado ocupados riéndose de chistes que solo ellos entendían.

Gil me explicó que la historia de la cabra es una metáfora de un tipo de pasión incontrolable, como ser un pederasta o enamorarte de tu hermana. Todo el misterio de la situación de Matthew me hace preguntarme si guarda un secreto tan terrible que el mundo se inclinaría si se enterara. ¿O solo es terrible dentro de su cabeza?

¿A qué se refería Matthew con: *No estoy en ninguna parte*?

Estoy a punto de despertar a mi padre y decirle que tengo noticias de su amigo. ¡Gil, mira, un mensaje! No está muerto.

Pero no lo hago.

Luego, ya es de día y estoy haciendo la maleta mientras Gil se afeita. Y otra vez estoy a punto de decirle lo del mensaje.

Pero sigo sin hacerlo.

Casi seguro que lo veremos hoy en la cabaña. Y sé que el SMS le afectará.

Y sin embargo, él es el adulto y yo soy la niña. Me preocupa el mensaje, pero tengo una actitud protectora hacia mi padre de cincuenta y ocho años. ¿Es mi deber protegerlo de la frialdad del mensaje de Matthew?

En un abrir y cerrar de ojos, el mundo se ha puesto patas arriba. Vamos, que podría decirle ahora, no te entretengas, ¿te has lavado los dientes?

Cuando encuentro una zona con hierba para sacar a pasear a Honey y Gil paga la cuenta, son casi las once. Volvemos al pueblo y encontramos un sitio para desayunar en la calle principal. Yo pido gofres y Gil, huevos revueltos acompañados de una ración extra de salchichas para sustituir la comida aburrida que Honey ya no se va a comer.

Cuando mi padre le da la bandeja de aluminio con las salchichas, Honey las engulle casi sin masticar. Abro la puerta del asiento de atrás y ella se mete dentro y se tumba, relamiéndose. Gil y yo nos miramos, sintiéndonos un poco culpables. No somos padres de perros responsables.

Hasta ahora hemos ido por carreteras de un tamaño razonable, pero a medida que nos acercamos al norte se van haciendo cada vez más pequeñas hasta que al final avanzamos dando sacudidas por una carretera sin asfaltar que atraviesa una zona de árboles frondosos. Honey se pone de pie, con las dos patas delanteras en el reposabrazos entre nuestros asientos, el hocico señalando lo que hay al otro lado del parabrisas y las orejas levantadas. ¿Ha estado aquí antes? ¿Recuerda la carretera? Según el mapa hay un lago cerca, pero no lo vemos. Durante un trecho vemos letreros amarillos de PROHIBIDO CAZAR clavados a algunos árboles. Los bosques de Estados Unidos tienen algo salvaje. Espero que los osos se queden escondidos en caso de que algún lunático con un rifle decida ignorar los carteles.

Cada pocos minutos otro caminito de tierra sale de la carretera por la que vamos nosotros. Algunas veces está señalizado con un nombre o un buzón, otras con un número y otras sin nada. Gil le echa un vistazo al mapa. Parece nervioso.

Ya casi hemos llegado, dice. Debería estar justo al final de esta carretera. Le da la vuelta al papel con las direcciones de Suzanne, como si estuviera buscando más información sobre lo que podríamos encontrar allí.

La carretera termina de golpe y se transforma en un sendero en medio de los árboles, que no es lo suficientemente ancho para un coche.

No hay ningún edificio a la vista.

Venga, dice Gil. Debe de ser esto.

Salimos del coche.

Hace una mañana preciosa, mucho más fría que ayer. La luz del sol desciende suavemente y se filtra entre los árboles. Sopla una brisa que hace susurrar las hojas y crujir las ramas. Oigo cosas que corren entre la maleza. Cosas pequeñas. Me imagino roedores grisáceos o parduscos corriendo a toda velocidad, con sus ojitos de lince brillantes y asustados y sus patitas afiladas, diminutos y perturbados por nuestra presencia.

Echo un vistazo al interior del bosque esperando vislumbrar un alce, pero lo único que veo son árboles. El suelo está cubierto de agujas de pino y ramitas caídas; años de descomposición que han ablandado el camino. Honey se queda muy quieta, temblando ligeramente, y olfatea el aire con el hocico. ¿Recuerda haber estado aquí con Matthew? ¿Lo huele? ¿Está él aquí? Se pone a husmear la tierra y el corazón se me acelera cuando comienza a bajar por el sendero. Tiene que estar aquí. Sin duda.

La seguimos.

Gil se detiene en un claro. La cabaña es de madera. Está pintada pero la pintura está desconchada y apenas se nota. Hay ventanas alrededor de ella, todas cerradas. La puerta delantera está pintada de verde y cerrada a cal y canto, pero hay una puerta mosquitera que parece que no cierra bien; se abre y se cierra de golpe muy suavemente con un

chirrido. Honey rodea la casa, gimiendo. Se detiene, echa la cabeza hacia atrás y aúlla, y luego sigue corriendo de un lado a otro, dando vueltas sin parar. Confusa y un poco rabiosa.

Me imagino que ha estado antes aquí con Matthew y se acuerda. Debe de oler su presencia, o el recuerdo de su presencia. Como nosotros, espera que este problema se resuelva.

Gil está inquieto. Respira hondo. Nadie se asoma a las ventanas ni viene a recibirnos. Grita hola. Nos acercamos a la casa y le cojo de la mano. Honey ha dejado de correr y se queda muy quieta, olisqueando el aire.

¿Qué tenemos aquí?, pregunta Gil en voz baja.

Lo que tenemos es una persona que vive en una cabaña en medio del bosque, que o bien no está aquí ahora mismo o finge no estar aquí ahora mismo con la esperanza de que nos vayamos.

Mira, le digo.

Hay un gato. Y una cosa que sé con toda seguridades que los gatos grandes y bien alimentados no viven solos en el bosque. Esta gata es una gata parda de rayas negras y marrones, lo que hace que sea casi invisible en la sombra, junto a la casa. Se agazapa y se queda totalmente quieta, mirándonos como si fuéramos presas. Tiene los ojos verdes amarillentos, y sabe que la he visto. Puede que los gatos no sean las criaturas más intelectuales del mundo, pero son excelentes observadores. Esta gata desvía su atención de nosotros hacia algo que hay delante de ella. Quizá es lo que estaba haciendo antes de que llegáramos, esperando a que saliera algo de un agujero. Ningún gato en su sano juicio estaría agazapado todo el día esperando a que un traductor y su hija bajaran por el sendero en busca de alguien que puede que viva aquí o puede que no.

La miro, observo cómo se queda inmóvil con los ojos fijos en el suelo y luego asesta un golpe con su pata delantera y se endereza, con la pata plantada firmemente en la tierra. Mira hacia abajo sin apartar la vista, como si estuviera hipnotizada, luego se echa hacia delante a toda velocidad y vuelve a salir con el ratón en la boca. Lanza el ratón al aire y veo cómo la diminuta criatura sale en desbandada, intentando incorporarse. Demasiado tarde. La gata tiene ventaja. Cuando el ratón vuelve a pisar el suelo, el gato ya le está golpeando con sus dos patas delanteras, como un futbolista regateando con un balón. Me resulta casi imposible dejar de observar el juego, pese a no estar del todo segura de parte de quién estoy.

Gil camina hacia la cabaña. Abre la puerta mosquitera y llama con fuerza, pero nadie responde.

¡Hola!, grita. ¿Hay alguien aquí? Luego intenta abrir la puerta. Está cerrada con llave. Me mira, junta las manos y aprieta la cara contra la ventana. Las cortinas le impiden ver nada.

La gata le odia, lo noto. Le molesta que ese hombre que grita le haya fastidiado el juego. Un momento de descuido y de pronto la gata se levanta sobre sus patas traseras, mira a izquierda y derecha como un gato de dibujos animados que busca a un ratón de dibujos animados, y entonces se sienta y empieza a lamerse una pata con aire

despreocupado, como si le diera exactamente lo mismo que el mejor juego del día se hubiera echado a perder.

Cada vez que, nerviosos, nos habíamos imaginado el gran enfrentamiento, no habíamos tenido muy en cuenta que alguien pudiera estar aquí y, al mismo tiempo, no estar. Rodeamos la cabaña pero no vemos nada. Está ocupada, eso lo sé. No es solo la gata. En este lugar no hay nada vacío ni abandonado. Los parterres están cuidados y parece como si alguien hubiera estado plantando flores hace poco. Unos ganchos de metal sujetan unas pesadas contraventanas de madera. Da la sensación de que la casa está habitada porque notas cómo respira.

Gil mira dentro, esta vez por la puerta.

Aquí vive alguien, dice. Y en ese momento me giro del todo y veo un pequeño cobertizo casi invisible que hay entre un grupo de árboles. Voy hacia él y Gil me sigue. Es muy rudimentario y al lado tiene una compostera para la basura y una puerta cuadrada de madera sujeta con una piedra enorme. La levanto y ahí está la prueba que necesitábamos: cartones de huevos, periódicos y desperdicios. Mondas, cáscaras de plátano, huesos... Todo reciente, incluidos los periódicos.

Me concentro e intento asimilar las sensaciones que me causa la pequeña cabaña. Estoy totalmente convencida de que aquí hay una mujer. Pero hay alguien más. ¿Matthew, quizá?

Aquí vive una mujer, digo.

¿Cómo lo sabes?, pregunta Gil, y le miro porque él y yo hemos tenido la conversación de cómo-lo-sé demasiadas veces en la vida.

Lo sé porque lo sé. A veces puedo decir: ¡Ajá! Un bote de laca de uñas vacío. Por eso lo sé. Carne enlatada. Ninguna mujer come carne enlatada. Una docena de latas de cerveza vacías, de las baratas. Ahí tienes una pista. Pero normalmente no es algo tan evidente. Miro una imagen y veo las cosas que no están a la vista en ese momento. No es que sea una especie de mística, simplemente veo una constelación de hechos minúsculos que son demasiado pequeños para que otra gente se fije en ellos. No detecto cada elemento en concreto de la constelación, pero la impresión general estará clara. El Oso. El Cazador. El Cisne.

¿Conoces la historia de Clever Hans?

Clever Hans era un caballo árabe que vivía en Alemania a principios del siglo pasado. Su dueño lo presentaba como el caballo más inteligente del mundo. Sabía sumar, restar, multiplicar, calcular raíces cuadradas y decir la hora, además respondía a su atónita audiencia pateando números con los cascos. Incluso cuando su amo se daba la vuelta o había diferentes personas haciéndole preguntas, Clever Hans era increíblemente preciso.

En 1907 enviaron a trece examinadores externos desde Berlín para comprobar las proezas de Hans. Durante un tiempo no supieron qué decir de lo desconcertados que estaban. Parecía que el caballo realmente podía llevar a cabo complicados cálculos matemáticos.

Pero luego empezaron a experimentar. Intentaron vendarle los ojos y su nivel de precisión comenzó a fallar. Por fin se les ocurrió la idea de hacer preguntas que el propio

interrogador no podía responder. Y ahí se acabó todo. Hans vaciló, negándose incluso a intentarlo. ¿Qué pasaba? ¿Podía leer la mente?

Al final resultó que Clever Hans captaba pistas casi imperceptibles de la postura de su interrogador, que le decían cuándo tenía que dejar de golpear el suelo. Cuando Hans alcanzaba la respuesta correcta, seguramente el ritmo cardíaco del que le hacía la pregunta aumentaba y los hombros se le tensaban o relajaban ligeramente. No era indicio suficiente para que ninguno de los seres humanos que había en la habitación lo reconociera o interpretara, ni demasiado evidente para que la propia persona que había hecho la pregunta se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Pero al caballo le bastaba. Vamos, que al fin y al cabo el pobre Hans no tenía tanto talento para las matemáticas.

Lo que pasaba es que estaba asombrosamente dotado para interpretar lo que nadie más podía ver.

Mila es un buen nombre y nunca me ha parecido mal, pero habría sido un gran honor para mí que mis padres me hubieran puesto el nombre de ese caballo.

Si la persona o personas que viven en la cabaña de Matthew es o son realmente Matthew, nuestra búsqueda ha terminado. Si no son Matthew, puede que sepan dónde está. Algo me dice que no está aquí. No puedo explicar la sensación. Es algo en el aullido de Honey, en la forma en que ha disminuido su excitación; un perro siguiendo un rastro viejo.

Tendremos que volver.

Tardamos tres cuartos de hora en regresar al motel Mountain View y parar para decirles que nos quedaremos otra noche. Luego nos dirigimos al pueblo. Tenemos un poco de tiempo libre y Gil necesita comprar una cuchilla de afeitar nueva.

Mientras decide entre la azul y la plateada, le pido cinco dólares para comprar un pequeño alce de peluche.

Aquí estamos tan al norte que se puede decir que estamos inundados de alces. Está el Café del Gran Alce en el pueblo y las Antigüedades del Alce Martin, en cuya fachada hay un enorme alce tallado en madera, casi tan grande como uno de verdad. En la recepción del Mountain View hay cuadros de alces. El sitio donde desayunamos, aunque no tenga nombre de alce, tiene dibujado uno en la carta.

Me gustaría ver un alce de verdad. Dado que vivo en el norte de Londres, supongo que es ahora o nunca.

Llevamos aquí menos de veinticuatro horas y ya todo nos resulta familiar. Es un pueblo pequeño; puedes caminar de una punta a otra en unos diez minutos. Sería raro vivir aquí veinte años cuando en solo unas horas uno empieza a sentirse como en casa.

Pese a que me gusta estar con Gil y tener una misión, y posiblemente ser capaz de ayudar de alguna manera a la gente si encontramos a Matthew, también echo bastante de menos mi casa y es agradable sentir que encajamos en este lugar tan raro. Fantaseo con quedarnos aquí para siempre. Marieka viene a reunirse con nosotros y compramos una de las bonitas granjas de madera que hay en la carretera a las afueras del pueblo. Voy todos los días al colegio a caballo, Catlin viene a visitarme en verano, Gil trabaja junto al fuego todo el invierno y Marieka toca el violín en un estudio acogedor que solía ser una vaquería.

Luego abandono la fantasía porque la verdad es que no me imagino a ninguno de nosotros viviendo aquí.

Cada vez que me acuerdo de Cat, le mando un mensaje. **Esto no tiene gracia sin ti, echo de menos tu cara o ¿Qué novedades hay?** Pero no responde. Con los mensajes es difícil saber si alguien no los está recibiendo, no le caes bien o qué. Quizá haya vuelto con su pandilla de guays y ya no quiere ser mi amiga, o quizá se haya quedado sin saldo

y no puede pedir dinero a sus padres porque se están divorciando.

En la librería hay un estante entero de tarjetas y compro unas con imágenes serigrafiadas de somorgujos y búhos para Marieka. Luego me paso por la tienda de al lado, El Almacén de Municiones, donde venden enormes chaquetas acolchadas que llegan hasta la talla XXXL con estampado de camuflaje verde y sombreros de caza de color naranja chillón y de lana escocesa salidos directamente de los dibujos animados de Elmer el Gruñón, con orejeras incluidas que se pueden desabrochar para taparse las orejas, y otras cosas como botas de piel y de agua, cuchillos de caza con mangos de hueso, cantimploras, tiendas de campaña, aislantes y silbatos. Me encanta este sitio. Todo lo que tienen es tan extraño... Hay un chico joven holgazaneando entre las tiendas de campaña y las cañas de pescar. Está a punto de preguntar si puede ayudarme en algo pero aparto la mirada rápidamente. En esta tienda llena de cosas, con las que no tendría ni idea de qué hacer, de pronto me ha entrado la timidez delante de un desconocido.

Luego se pone detrás del mostrador, abre con llave una vitrina y empieza a ordenar cajas de balas. Es entonces cuando caigo en la cuenta de que, en realidad, esta tienda es toda de cosas de matar. De pronto lo único que veo es un cuchillo para desollar o una mira láser. Me rallo un montón y me voy.

En la entrada echo un vistazo hacia atrás y el chico me está mirando. Al principio pienso que debe de haber notado que soy interesante y extranjera, pero creo que es más probable que piense que soy una ladrona. ¿Quién más saldría corriendo tan deprisa de una tienda?

Al lado hay una librería de segunda mano que podría estar llena de tesoros, pero no es así. Encuentro un libro sobre la vida de Laura Ingalls Wilder, que incluye fotos auténticas de sus padres, y desearía no haberlo visto porque me encantan sus libros y en las fotos de los padres de verdad de Laura Ingalls Wilder, parecen fundamentalistas religiosos. En los dibujos del padre, con su barba tocando el violín, parecía un hombre alegre y cariñoso, pero el hombre de las fotos es más bien frío y distante. También raro. La madre, que era guapa y amable en los libros, aquí está bastante avinagrada. Gil dice que en los comienzos de la fotografía no estaba bien visto sonreír a la cámara.

Unos minutos después lo encuentro al otro lado de la tienda mirando fijamente un libro.

Mira esto, dice. Es antiguo, está un poco mohoso y tiene manchas marrones en las páginas, pero está tan entusiasmado que me contagia su ilusión. Abre la cubierta para buscar el precio. En la marca, hecha con lápiz, dice 3\$.

¿Qué demonios hace esto aquí?, pregunta, enseñándome el título. Es una vieja traducción del libro en el que está trabajando ahora. Qué coincidencia más extraña, dice. No es precisamente la clase de libro que encontrarías en cualquier lado.

Es el pueblo, pienso, que nos recibe con pequeños regalos.

Cuando tenía ocho años encontré un violín en un cubo de basura que resultó valer 9.000 libras. Lo vi con el rabillo del ojo cuando volvía andando a casa del colegio y, claro, me dio pena que tiraran un violín a la basura, independientemente de lo terrible que fuera, pero cuando lo saqué de los escombros supe enseguida que era algo especial.

No sabía nada de violines pero lo vi claro. Lo sentí al tenerlo entre mis dedos. Tocar algo hecho con cariño y cuidado es diferente a tocar algo hecho por una máquina. Algo antiguo brilla de una forma en que no brilla algo nuevo. No es una característica sino mil, mil estrellas diminutas que se transforman poco a poco en una constelación.

Vuelvo a mirar el mensaje de Matthew.

No estoy en ninguna parte.

No le he respondido. No sé cuál es la respuesta adecuada, o si hay una.

Comemos tarde. Pido un sándwich club de pollo con pan blanco y me lo traen con unos palillos para que no se salga todo. Gil pide un sándwich mixto con tomate. A los dos nos traen ensalada de col en pequeñas tarrinas de cartón. Como casi todas las comidas de Estados Unidos, mi sándwich es gigante. Me rindo cuando llevo menos de la mitad y lo envuelvo en una servilleta para Honey. Gil dice que tengo más ojos que barriga y que todos esos restos van a hacer que la pobre perra enferme. Como si no tuviera nada que ver con él.

La camarera dice que le gusta mi acento y quiere saber de dónde somos.

De Londres, digo, y ella responde: ¿Londres, Inglaterra? Qué suerte tenéis de venir de un sitio así. Y yo pienso que lleva razón, que tengo suerte.

Se está haciendo tarde y tenemos que irnos. Mientras le doy sorbos a la limonada que me han puesto en un vaso muy alto, miro hacia fuera y por poco me atraganto.

Papá, digo, y señalo.

¡Dios!, murmura Gil. Pero si estamos en abril...

La camarera ha oído el último comentario.

No hay nada de raro en que nieve en abril, dice. Una vez, en Semana Santa, hubo una tormenta de nieve que paralizó el estado entero durante casi un mes. Y aquí eso es mucho decir. Nadie se inmuta porque nieve en abril. En junio podrías ver alguna cara de sorpresa. Pero tampoco.

Pero estaba haciendo tanto calor...

Ella se encoge de hombros.

Madre mía de mi vida y de mi corazón, dice Gil.

La camarera no se da cuenta de esta desviación del inglés oficial de la BBC pero yo le lanzo una mirada.

No te me vuelvas tan inglés ahora, susurro cuando la chica se va. Eres mi última conexión con la normalidad.

No hay nada normal, me responde en voz baja, levantando una ceja.

Eres lo mejor que tengo.

Igualmente, dice él.

Pagamos la comida y salimos a buscar el coche.

Oye, Cat, escribo. ¡Está nevando! ¡Rápido, ven para acá!

Y ella me manda un mensaje un instante después: **Ojalá pudiera**, que me parece bastante triste, pero bueno. Al menos es una respuesta, así que al fin y al cabo puede que no me haya dejado de hablar.

La nieve no está cuajando pero cae sin parar y tan suavemente que es solo cuestión de

tiempo. Salimos a paso de tortuga y por una vez no se lo echo en cara a Gil. No le gusta mucho conducir haga el tiempo que haga, y mucho menos este, así que tiene la cara prácticamente pegada al parabrisas para intentar ver algo. Me da la impresión de que muy pronto estaremos hasta el cuello de nieve, pero hasta que eso pase me gusta ver cómo se desliza hacia un lado y luego sube hacia arriba sin llegar a *caer*. Uno puede mirarla con los ojos entrecerrados y fingir que está en una bola de nieve.

Tardamos más de una hora en llegar a la cabaña y, cuando llegamos, está todo blanco y no hay ninguna señal de que vaya a parar de nevar.

Hay un pequeño coche rojo aparcado justo donde aparcamos nosotros esta mañana. Gil y yo nos miramos. Paramos al lado y yo salgo y quito la nieve de las ventanas. Cuando echo un vistazo dentro, veo un par de zapatos en el asiento de atrás, botas de montaña de un número más pequeño, una caja con cedés de libros dentro (*Anna Karénina* leído por una actriz pija) y los grandes éxitos de James Taylor. También una bolsa de aros de manzana seca. Yo diría que es cien por cien femenino excepto por una gorra de béisbol azul oscura en el asiento de atrás con un logotipo de los Mets de Nueva York, que es claramente masculino.

No creo que sea Matthew, le digo a Gil, y él asiente con la cabeza.

Honey baja de un salto del coche y aterriza con cuidado en la nieve. No parece muy sorprendida. Una vez más me pregunto cómo pudo abandonarla Matthew. Está claro que sabe lo que siente Suzanne por ella, y que no iba a estar prodigándole afecto y cuidados. Lo que hace que el hecho de abandonarla sea aún más extraño. Él la quiere. Debe quererla, dado lo mucho que ella lo quiere a él. ¿Se ha ido a algún sitio al que no puede llevarse un perro? ¿Se ha ido en avión?

Vamos, dice Gil, mientras se pone la chaqueta y se la sube del todo para taparse la barbilla. Volvemos a bajar el sendero; esta vez un poco más indecisos, no vaya a ser que la gente de aquí dispare primero y haga preguntas después. Nunca se sabe con los estadounidenses.

¡Hola!, grita Gil cuando llegamos al claro, y espero que alguien conteste pronto porque tengo los zapatos empapados y el pelo ha empezado a chorrear. Si la nieve decide quedarse un tiempo, voy a tener que equiparme.

La puerta está cerrada pero hay luces encendidas, y veo que sale humo gris de la chimenea. Una mujer viene hacia la puerta y nos mira. Parece desconcertada, y por un momento a Gil y a mí se nos pasa la misma idea por la cabeza: estamos en la casa equivocada.

Lleva puesto un delantal vaquero encima de una falda larga y un jersey grueso azul oscuro con manchitas blancas. Se seca las manos y nos mira fijamente.

Honey se queda junto a mí y la nieve le cae en el pelo pero no se derrite. Se apoya suavemente en mi pierna. Yo lo observo todo, y aunque en la vida real solo pasen segundos, el tiempo se ralentiza y da la sensación de que ha pasado una eternidad.

De repente la mujer se lleva una mano a la boca, abre de golpe la puerta y sale corriendo por la nieve para abrazar a Gil, que le devuelve el abrazo.

¿Qué demonios estás haciendo aquí? Te estás mojando, dice riéndose. ¡No te quedes

ahí parado, pasa, pasa!

Cuando por fin deja de abrazarlo se vuelve hacia mí y veo que tiene los ojos sesgados, como un gato, así que ahora es la perra Mila contra el gato anónimo, y me pregunto si vamos a cabrearnos mutuamente y ella va a encorvarse y empezar a maullar, pero lo único que hace es agarrarnos del brazo a mi padre y a mí y meternos a rastras en casa para protegernos del frío.

Luego se detiene y mira a Gil, luego a mí, y de nuevo a él.

Mila, dice mi padre, te presento a Lynda. Una vieja amiga mía y de Matthew. De mucho antes de que tú nacieras.

Lynda sonríe.

De hace un siglo por lo menos, dice.

Nos quedamos los tres ahí parados, Gil y yo chorreando agua por el suelo de su casa diminuta y Lynda observando a Gil como si nunca se cansara de mirarlo. Por fin rompe el hechizo y va corriendo a una cómoda de la que saca un montón de toallas.

Sécate el pelo, me dice, pasándome una azul, que vas a coger un resfriado.

Hace tanto calor en la cabaña que estamos empezando a cocernos. Gil me pasa su toalla por el pelo y yo le pregunto a Lynda si le importa que use la mía para secar a Honey, que está husmeando por todas partes como si estuviéramos jugando al escondite.

No está sucia ni huele mal, digo.

Pues claro que no, responde ella. ¡Qué locura de día!, dice. ¡Nieve! ¡En Semana Santa! Y ahora apareces tú de la nada, Gil. Es verdaderamente... —se calla, buscando una palabra lo bastante fuerte que le haga justicia a todo lo que ha pasado— ... *increíble*.

Cojo a Honey y cuando termino de secarla, se sacude fuertemente el agua para alisarse el pelo. Miro a Lynda. Es más joven que Gil, tiene el pelo moreno por los hombros y casi ninguna cana. Y es alta. Se me ocurre que podría ser la mujer de la foto de hace tanto tiempo, la chica a la que ambos querían, y me pregunto si Matthew la tiene escondida aquí arriba como Rapunzel en su torre.

Gil no para de mirarla.

Bueno, dice. Será mejor que me digas qué estás haciendo aquí.

Estoy viviendo aquí desde que volvimos de Escocia. Hace casi tres años. ¿Qué diablos estás haciendo *tú* aquí?

Estamos buscando a Matthew, dice Gil. ¿Sabes que ha desaparecido?

¿Qué? Lynda parpadea. ¿A qué te refieres con que ha desaparecido? ¿Cómo iba a saberlo?

Se fue hace unos días sin llevarse nada. Ni dinero, ni pasaporte ni ropa. Solo el coche, nada más. No fue a casa. Pensamos que podría haber venido aquí.

Pues no, responde ella. No lo vemos desde hace meses, dice, y hace un gesto con las manos insinuando que si no la creemos busquemos debajo de la cama o en los cajones.

Vale, o sea que... *no lo vemos desde hace meses*. Lo que implica que sí que lo *vimos antes de eso*. Y por cierto, estoy pensando, ¿*quiénes* lo vieron? Supongo que podría ser otro hombre, en este momento escondido en el bosque, pero hay una camiseta en la parte de atrás de una silla con el nombre de un grupo de música, una caja vacía de

M&Ms en el cubo de la basura y un plato en el suelo con las sobras del desayuno que sugieren algún tipo de niño.

Gil suspira. Parece que se ha dado cuenta de que ha sido borde con ella.

No importa, dice. No me esperaba una sorpresa tan buena.

Eres un sinvergüenza, dice Lynda sonriendo. Pero me alegro de verte. ¡Y a Mila!, desvía su atención de él y se fija en mí. Es el problema de las rupturas, dice. Que pierdes a todo el mundo. Pero tu padre y yo siempre nos llevamos bien. Siempre creí que había elegido al amigo equivocado.

Las rupturas. El amigo equivocado. O sea que sí que *es* la chica de la foto.

Lynda vuelve a sonreír y me mira para asegurarme que no dice en serio lo del amigo equivocado, aunque me parece a mí que sí que lo dice en serio.

Miro a Gil para confirmar esta impresión y sí, hay algo. Mi padre se siente atraído por esta mujer, esta antigua novia de Matthew. Entrecierro los ojos, pero ninguno de ellos me está mirando.

¿Matt no te dijo que yo estaba viviendo aquí?

Gil niega con la cabeza.

No se nos da muy bien mantener el contacto. Y menos desde que murió Owen. Un correo de vez en cuando, poco más. Suzanne pensó que podría haber venido aquí. Se pone nervioso. ¿Sabes que está casado?

Claro.

Pero ¿Suzanne no sabe lo de este acuerdo?

Nunca se lo he preguntado, dice Lynda. Pero por lo que dices, parece que no.

Pese a lo poco que sé del mundo, me parece una mala idea. ¿Debería Matthew estar guardando este tipo de secreto? ¿Y por qué exactamente su relación es un secreto tan grande si ella era su novia hace un siglo?

A ver, dice Lynda, sentaos, por favor. Os voy a traer algo caliente de beber. Debéis de estar congelados.

Aquí hace calor y no estamos congelados, pero nos sentamos en la mesa abatible de madera y observamos cómo calienta el café y la leche en su pequeña cocina de gas.

Doy clases de inglés en el instituto del pueblo, dice. No pagan bien pero les caigo simpática. Matt viene a visitarnos de vez en cuando y envía dinero pese a que le digo que no lo haga. Siempre pienso en mudarme a una casa más práctica pero no nos cobra por vivir aquí. Aunque sea poca cosa, ya es algo.

Le lanzo una mirada a Gil, que hace como si no hubiera nada de raro en lo que acaba de oír. Vamos, que da la casualidad de que estamos en la cabaña de Matthew con su exnovia secreta + uno, a los que Matthew envía dinero y no les cobra alquiler, ¿y nada de esto tiene ninguna relación con nuestro misterio?

Lynda se agacha y le acerca la mano a Honey, que está distante y se aparta todo lo que puede sin mover las patas. La mayoría de los perros se la olfatearían.

Es la perra de Matt, dice Gil. Se llama Honey.

Lynda asiente con la cabeza.

Eso pensaba. De hecho, ya nos conocemos.

Gil abre mucho los ojos un instante.

Claro que sí, dice. Pero parece que está incómodo.

Honey se aleja y sigue olisqueando cada rincón de la habitación. De vez en cuando se detiene e intenta oler un objeto concreto. Puede que Matthew lleve un tiempo sin venir aquí, pero el sentido del olfato de su perra es mucho mejor que el mío. La casa le recuerda a él, y susurra su nombre a una frecuencia que solo los perros pueden oír.

Y, una vez que ha reunido toda la información disponible, se queda quieta.

Sigue mojada, dice Lynda, rebuscando en el fondo de un cajón y sacando una manta gris vieja. La pone junto a la cocina de gas y Honey pasa por encima con cuidado, olfateando para asegurarse de que no es ningún truco, luego da una vuelta y se tumba. Tal vez la manta también huela a Matthew.

Oye, una cosa. Lynda mira a Gil con el ceño fruncido. ¿Por qué tenéis la perra de Matt exactamente?

Es una historia muy larga, dice mi padre.

¿La ha abandonado? No es propio de él.

Gil suspira.

A menos que fuera a algún sitio donde no pudiera llevar perro, ¿no?

La verdad es que esperábamos que estuviera aquí. Pero tienes razón.

¿Puede haber vuelto a Inglaterra?

No tenemos ni idea, dice Gil. Pero ¿por qué haría eso sabiendo que veníamos a verle?

Lynda se queda callada, pone en la mesa el café para mi padre y un chocolate caliente para mí.

Tanto Gil como yo estamos intentando asimilarlo todo y él me mira inquisitivamente. Yo me encojo de hombros y me pregunto cuánto ve él y si piensa que Matthew ha estado aquí hace poco. Tengo tantas preguntas como él. ¿Y si Matthew está liado con Lynda y solo la visita de vez en cuando? ¿Será ella el motivo de que haya desaparecido? Y en caso de ser así, ¿dónde está ahora?

Miro a mi alrededor. Hay algunos cuencos y sartenes arrinconados en la esquina donde está la anticuada y diminuta cocina de gas. Al otro lado, hay unos cojines de pana amontonados junto a una colección de patos de reclamo, dos sillas plegables antiguas y montones de libros. Solo es una habitación rectangular dividida en secciones, lo que confirma la idea de que aquí vive más de una persona. El tabique que hay en un extremo debe de tener una cama detrás, y un gran sofá gris ocupa casi toda la mitad de la habitación junto a un pequeño escritorio pegado a la pared y un sillón de cuero raído. Casi todo el suelo está cubierto por una vieja alfombra persa, descolorida y gastada. Lynda ha puesto un ramillete de lirios del valle en un vaso junto a la ventana y el olor agradable que desprenden impregna toda la casa. Debe de haberlos cogido antes de que el tiempo se volviera loco.

Lynda desliza la mitad de una tarta de zanahoria en un plato grande azul y blanco y dice que se alegra de que estemos ahí para que la ayudemos a comérsela.

A pesar de estar en la zona salvaje del estado de Nueva York, nadie lo adivinaría al oír hablar a este grupito de tres personas de Escocia, Lancashire y Londres.

Así que ha desaparecido, dice Lynda con aire pensativo, y luego levanta la vista hacia Gil, un poco vacilante. Sabes que ya lo ha hecho antes, ¿no?

¿Qué?

Gil frunce el ceño. No, lo lo sabía.

Cuando murió Owen. Se largó del hospital y nadie supo nada de él en dos días. Supongo que en esas circunstancias te puedes esperar que alguien haga una locura.

Gil se queda de piedra, como es lógico.

Bueno, dice, sí. Pero no es lo que haría todo el mundo en su situación. Sobre todo cuando significaba dejar sola a Suzanne.

Es horrible, pienso. Cómo se puede hacer algo tan cruel.

Durante la investigación no supo explicar lo que había pasado aquellos días, no podía recordar dónde había estado o lo que había hecho. Todavía estábamos en Escocia, pero lo leí en internet.

Miro a Gil. *¿Ha desaparecido antes y Suzanne no nos lo ha dicho?* La expresión de Gil no ha cambiado.

Debió de ser tan terrible para él..., dice Lynda. Siempre pensé que era el hombre más amable del mundo.

A menos que seas su mujer y te dejen sola dos días con un hijo muerto. Me abstengo de decirlo en voz alta.

El tono de Lynda vuelve a cambiar.

Gil, cuando dices que ha desaparecido... *¿Te refieres a que ha huido a alguna parte? ¿Con alguien? ¿Cómo sabes que no está teniendo un lío o...?*

Muerto, quiere decir.

Bueno, dice Gil, estoy bastante seguro de que sigue vivo. Supongo que solo necesitaba estar un poco a su bola. Ya sabes cómo es.

Lynda no parece muy convencida.

Sí, pero largarse así, sin decir nada... *¿Ni siquiera ha dejado una nota?* Frunce el ceño. Preocupando a todo el mundo y haciéndoos venir desde Londres y todo.

Habíamos planeado la visita hace tiempo, dice Gil.

Lynda se queda mirándolo y le pone la mano en el brazo.

Peor me lo pones. No va a ser una mera coincidencia, ¿no?

Gil se encoge de hombros.

¿Crees que no quería verme? ¿Después de todo este tiempo? Parecía contento cuando le dije que veníamos.

No puede ser casualidad, dice Lynda. Pero *¿por qué no iba a querer verte?*

Creo que Lynda tiene razón. No me parece el comportamiento de un hombre racional que solo necesita un poco de espacio, que es como lo interpreta Gil. La gente que necesita escapar no deja todo y desaparece justo cuando su amigo de la infancia viaja cinco mil kilómetros para visitarlo.

¿Ha estado en contacto con Oliver?, pregunta Gil.

No creo.

Gil se dirige a mí.

El hermano de Lynda, Oliver, dice amablemente para que me entere (como si hace cuatro segundos no estuviéramos hablando del comportamiento extraño y desesperado de su viejo amigo), y Matt iban juntos a la universidad. Así es como se conocieron. Oliver les presentó.

Yo vivía con otra mujer, dice Lynda, mirándome también a mí.

Fascinante, Lynda, pienso. Aunque a lo mejor es un poco inoportuna. ¿Qué pasa con esta mujer? De repente ella y Gil están hablando como si fueran un matrimonio mayor y yo un alegre invitado.

¿Te acuerdas de ella, Gil?

Él asiente con la cabeza.

Claro.

Lynda se gira hacia mí para que no me sienta excluida, pero al que se dirige es a Gil.

Era una de esas lesbianas chapadas a la antigua que pensaban que los hombres eran el enemigo y que el sexo era una violación. Bueno, yo qué sabía. Era muy joven.

Me quedo mirándola, tratando de comunicarle por telepatía que no me interesan nada los detalles de su vida sexual, pasada o presente. Ya tengo información más que suficiente que asimilar como para que me cuenten hechos irrelevantes. Y por cierto, Lynda, ¿crees que podrías dejar de flirtear con mi padre?

En fin, dice Lynda sonriendo. Tardé décadas en acertar.

Gil la mira.

¿Ya lo has conseguido?

Eso espero. Es una de mis colegas del colegio.

Me alegro por ti. Hay gente que nunca acierta.

Pero tú sí.

He tenido suerte, dice mi padre.

Ella se ríe.

Tú siempre has tenido suerte. Me alegro tanto de verte, aunque solo sea una hora o dos... Y a Mila. Os he echado de menos. De verdad que sí.

Nos sonríe a los dos, pero dudo sinceramente de que me haya echado de menos a mí.

Se abre la puerta.

Y ahora ¿quién será? ¿Matthew? ¿La amante lesbiana de Lynda? ¿El fantasma de Bob Marley?

¡Jake! ¿Sigue nevando? Ven a saludar a un viejo amigo de Matthew, bueno, y mío. Te presento a Gil y a su hija Mila. Me señala mientras un chico alto y moreno de unos quince años con los ojos marrones y un gran plumas azul entra por la puerta arrastrando los pies. Os presento a mi hijo, dice Lynda. Come algo y ven a sentarte, Jake.

Espera un segundo. ¿Por qué Matthew enviaría dinero a su exnovia y al hijo de esta? A menos que... ¿Es posible que Jake sea también hijo de Matthew? ¿Por eso envía dinero? ¿O solo está ayudando a una vieja amiga? ¿La gente envía dinero a exnovias necesitadas? Miro a Gil y me pregunto si está siguiendo el ritmo de lo que dice Lynda o es totalmente incapaz de asimilar la información que nos llega.

La rapidez mental puede ser muy solitaria.

Lynda sigue hablando como si no hubiera nada de raro en una lesbiana ocasional que puede ser, o no, la madre del hijo adolescente secreto del mejor amigo de Gil y que encima flirtea con mi padre. Me estoy mareando.

Me mandó una tarjeta cuando nació Gabriel, dice, levantándose el pelo del cuello y recogíendoselo detrás de la cabeza. Me alegré por ellos. Matt dijo que Suzanne quería tener otro hijo incluso antes de lo de Owen.

Se refiere a antes de que muriera Owen, pero no lo dice. ¿Y qué pasa con Matt? ¿Quería él otro hijo?

Nos quedamos todos callados, aunque yo tenga menos que perder que los demás y mi aportación consista principalmente en mirar a todo el mundo boquiabierto porque no entiendo nada. Honey se tumba a mi lado sin hacer ruido, con la cabeza sobre las patas y los ojos abiertos para observar la escena. Ojalá pudiéramos intercambiar impresiones.

Siento que no podamos ayudarte, dice Lynda. Lo haríamos si pudiéramos.

No te preocupes, responde Gil. Había una remota posibilidad de que lo encontráramos aquí.

Lo miro. Por lo que a mí respecta, era nuestra única posibilidad.

¿Dónde vais a buscar ahora?

No tengo ni idea, dice Gil. Confiábamos bastante en que estuviera aquí.

Lynda mira a Gil y luego a mí con cara de preocupación. Jake se ha hecho un sándwich y se ha tirado en el sofá a comérselo. Me doy la vuelta para observarlo y me mira como si se acabara de dar cuenta de que estoy aquí.

Hola, dice.

Hola.

Es Mila, dice Lynda. La hija de Gil. Gil es un viejo amigo de Matthew.

Ya lo has dicho antes, contesta Jake.

Miro a Jake y me pregunto qué opina de su posible padre, si le cae mal por estar casado con otra persona y ocultar su existencia ante su nueva familia. Suponiendo que lo haya hecho y que Jake lo sea.

Pero espera un momento. Pongamos que Jake es realmente hijo de Matthew y *tiene* unos quince años, ¿no tiene más o menos la misma edad que tendría ahora Owen? Yo tengo doce y medio, y Owen y yo nacimos con tres años y tres días de diferencia.

Así que Matthew no podría ser su padre. A menos que... Ay, Dios mío.

Usa un plato, le dice Lynda a su hijo, y pilla uno de un estante que hay detrás de la mesa. Se lo cojo y ella me lo agradece y luego se vuelve hacia Gil. De verdad, ojalá os pudiera ayudar. Pero no tengo ni idea de dónde puede estar. Ni siquiera sé quiénes son sus amigos.

Me acerco al sofá con el plato y miro a Jake.

¿Cuántos años tienes?, le pregunto, y él se queda un poco desconcertado. Es una manera un tanto extraña de iniciar una conversación, pero tengo que saberlo.

Quince, dice Lynda desde el otro lado de la habitación. Los cumplió en septiembre.

¿En septiembre? ¿Y tiene quince? Owen nació en octubre. Mi teoría no debe de ser cierta. Significaría que Lynda se quedó embarazada más o menos a la vez que Suzanne,

y del mismo hombre. ¿La gente es capaz de *hacer* cosas así?

Sin duda explicaría por qué Suzanne no sabe que están aquí. Miro fijamente a Jake pero él me coge el plato, sonrío muy educado, se pone los cascos otra vez, entrecierra los ojos y vuelve a encerrarse en sí mismo.

Al otro lado de la habitación, Gil y Lynda siguen hablando.

Vuelvo a mi silla y me siento. Gil me sonrío. Seguramente sienta pena por su amigo y Lynda y la relación que no salió bien entre ellos y no se esté concentrando en absoluto en la historia importante. Le guiño el ojo descaradamente, pero él se ha quedado perplejo.

Está empezando a anochecer y Lynda se levanta para encender unas lámparas de aceite que hay en unas campanas de cristal. Jake ha conseguido desaparecer de alguna forma en esta casa minúscula. Sigue tirado en el sofá con los ojos cerrados, conectado a su iPod. Necesito ir al baño y, cuando pregunto si puedo, Lynda me pasa el plumas enorme de Jake y una linterna.

¿Quieres que salga contigo? Está nevando bastante.

Pero sé adónde tengo que ir y estoy deseando estar sola unos minutos para despejarme. El anorak no pesa mucho, es calentito y muy agradable al tacto y huele a chico. Honey me sigue en silencio mientras me abro camino a través de la nieve que acaba de caer. La puerta chirría un poco cuando la abro y dentro hace frío, pero estoy cómoda en mi caparazón y el asiento de madera es ancho y suave. Honey se mete a presión en el espacio diminuto que hay a mi lado. No quiere que la deje fuera, en la nieve. Se aprieta contra mis piernas y yo me siento, tan agradecida de estar lejos de esa casa llena de drama silencioso que no tengo palabras para expresarlo.

Hago las cuentas otra vez para estar totalmente segura, pero me vuelven a cuadrar. Salvo en caso de un nacimiento prematuro, si Jake es el hijo de Matthew fue concebido el mismo mes que Owen.

Pese al lío que tengo en la cabeza, estar sentada en la oscuridad con solo una linterna es una sensación bastante agradable y apacible. La enciendo y hago círculos en las paredes muy despacio mientras pienso. Estoy tan calentita con este anorak y Honey apoyada en mis piernas... Hay algo en este abrigo y en el aire frío y en la oscuridad y en la tranquilidad y en las novedades y en todas las revelaciones de la última media hora que hacen que quiera quedarme aquí sentada para siempre. Me entra sueño mirando las espirales de luz que hago en la pared, me obligo a dejar de pensar en la confusión que reina en su interior y me pregunto cómo Lynda y Jake se las apañan en invierno cuando hay un montón de nieve. ¿Se podrá llegar al baño o estará enterrado? Me estremezco. ¿Y quién quitará la nieve de la carretera? Cuando nieva en Londres, lo cierran todo. Puede que Lynda volviera a Escocia para que Jake naciera lo más lejos posible de Matthew y Suzanne. Dadas las circunstancias, la verdad es que la entiendo perfectamente.

Me pregunto por qué volvieron, encima a un lugar tan primitivo como este.

Al cabo de un rato se me empiezan a quedar los pies fríos, así que me levanto y abro la puerta, y luego pego un salto y me da un vuelco el corazón porque a unos tres metros hay una silueta oscura aproximándose a un árbol. Estoy a punto de gritar y echarme a correr cuando me doy cuenta de que los osos no llevan botas ni jerséis y, para ser un

oso, este se parece mucho a Jake.

He venido para asegurarme de que no te has perdido en el bosque y has muerto congelada, dice.

Y ¿qué hay de morir de miedo?

Lo siento, dice. ¿Qué coño estabas haciendo ahí dentro todo este tiempo, si no te importa que te lo pregunte? Se frota las manos y se las sopla sin dejar de observarme.

A ver, esto me da muchísima vergüenza, pero al menos está lo suficientemente oscuro para que no me vea.

Solo estaba pensando, le digo, y hasta en la oscuridad puedo ver cómo niega con la cabeza.

Vamos, dice, y me agarra del anorak. A nadie le importa que yo me muera congelado mientras tú te quedas pensando a la intemperie, pero no lo dice en plan enfadado, sino que es bastante amable.

Él, Honey y yo volvemos arrastrando los pies por la nieve en fila india. Un humo blanco sale de la pequeña chimenea de hojalata. Lynda ha hecho lumbre en casa. Es un sitio tan acogedor que seguramente compense muchos inconvenientes. Huele a humo de leña. Me pregunto cómo pueden vivir aquí los dos. No es que haya mucha privacidad que digamos.

La encontré, dice Jake, dejándose caer en el sofá otra vez y volviendo a ponerse los cascos. Me sorprende ver que Honey camina sin hacer ruido hacia él. Se tumba en el suelo a su lado y él alarga la mano para acariciarla.

Es mayor, ¿no?, pregunta Lynda, mirándolos. Supongo que a ella también la abandonó, ¿eh? Honey empieza a gruñir y yo la miro a ella y a Jake.

Vuelvo a preguntarme lo mismo: ¿por qué la abandonó?

Me temo que tenemos que irnos, dice Gil, viendo el temporal que hace fuera.

Le preocupa encontrar el camino de vuelta sin ninguna visibilidad y todas las señales cubiertas de nieve. Pero lo que debería preocuparle es el montón de revelaciones inesperadas con las que nos ha sorprendido Lynda.

¿Vendréis otro día? Por lo menos dejadme que os haga la comida mañana. Lynda me ha puesto una mano en el brazo, pero sospecho que preferiría tocar el de Gil.

Aunque sé que no tenemos todo el tiempo del mundo y que las carreteras estarán totalmente cubiertas de nieve y que debemos encontrar a Matthew y regresar a Londres, antes de que mi padre diga nada sé que mañana regresaremos para comer. Aunque a decir verdad, ¿adónde vamos a ir si no?

¿Qué pasa con las carreteras?, pregunto, vagamente resentida.

Vamos a ver qué tal está por la mañana, dice Gil.

Nos despedimos de Lynda, que me da un abrazo y nos dice que conduzcamos con cuidado.

Intentaré contactar con Matt esta noche, dice, aunque dudo que me coja el teléfono si no os lo ha cogido a vosotros.

Jake no se levanta y cuando su madre le echa la bronca por ser borde nos dice adiós con la mano desde el sofá y luego vuelve a cerrar los ojos.

A pesar de todas las extrañas seudorrevelaciones, no soy capaz de sentir antipatía hacia Jake y Lynda. Parecen personas desplazadas esperando a que ocurra algo y al mismo tiempo criaturas del bosque que han vivido aquí toda la vida. Supongo que Lynda anhela estar con gente que la conoce desde hace mucho, o simplemente necesita a alguien que no viva pegado a un iPod. Tal vez Gil solo se esté comportando amablemente, como haría alguien que una vez le tuvo mucho cariño a otra persona.

Al verlos juntos, tengo la extraña sensación de que Matthew se ha dejado por el camino a Lynda, Jake y Honey. Una vez más me pregunto qué clase de persona debe ser para abandonar a la gente que le quiere.

Saco el teléfono para responder a su mensaje.

Matthew.

Me quedo mirando la palabra un buen rato, preguntándome qué más puedo decir. Es imposible meter en un mensaje todo lo que quiero saber. ¿Dónde estás? ¿Por qué te fuiste? ¿Tienen algo que ver Jake y Lynda en todo esto? ¿Por qué no te llevaste a Honey? Y quizá lo más importante: ¿qué ha pasado con tu vida?

En lugar de eso, escribo: **¿Jake es tu hijo?**

Dejo el mensaje como está y pulso enviar, pero no puedo evitar darme cuenta de que poco a poco las personas en su órbita están empezando a aumentar. Suzanne, Gabriel, Owen, Jake, Lynda, Honey. Todas girando alrededor de una especie de historia que solo Matthew puede ver completamente.

En cuanto a Gil y a mí, estamos buscando a Matthew pero no paramos de descubrir otras cosas.

Mi propio padre tiene una explicación que darme.

Pero a ver, piénsalo, protesta. No tenía ni la menor idea de que nos fuéramos a encontrar con Lynda. Cuando salimos de viaje no parecía especialmente relevante. Hacía años que no la veía ni sabía nada de ella, ni siquiera había pensado en ella. Y por alguna razón, Matthew nunca encontró el momento de contarme lo de Jake, *si* es que de verdad es su hijo y Matt no le está mandando dinero a Lynda por cualquier otro motivo, que pueden ser millones.

¿Millones? Dime uno.

Ya sabes a lo que me refiero.

¿Y no se lo podías haber preguntado?

Parece incómodo.

Supongo. Pero ¿no nos lo habría contado si quisiera que lo supiéramos?

Puede que piense que ya lo sabes. Como eres el mejor amigo de Matthew y todo eso...

Desde luego, si es verdad eso, es muy fuerte, dice, frunciendo el ceño. Me pregunto si Suzanne lo sabrá. ¿Crees que se lo habrá dicho?

¿Que si *yo* lo creo? ¡Tengo doce años!

Gil sonríe.

Es verdad, tienes razón. Siempre se me olvida.

No digo nada, pero así, a bote pronto, me da la sensación de que no se lo dijo.

Esta historia se complica cada vez más, dice mi padre, que de repente parece muy cansado. También está lo de la desaparición de Matt después del accidente.

¿Por qué lo haría?

Él niega con la cabeza.

No tengo ni idea.

Nieva mucho y está muy concentrado en no chocarse con otros coches. Me pasan tantas cosas por la cabeza que no sé por dónde empezar. Parece que el paisaje se ha partido en dos y ha dejado al descubierto un río de lava que fluye por debajo.

Gil para en el motel Mountain View, que está experimentando esa especie de transformación extraña que se da cuando en un lugar completamente ajeno te empiezas a sentir como en casa. Primero dices: «Me gustaría irme a *casa* ya» o «Vámonos a *casa*», y de pronto te das cuenta de que no te refieres a tu casa de Londres de toda la vida, sino al Mountain View.

El motel es bonito por dentro y tiene unas camas enormes muy cómodas. Gil conecta su ordenador al adaptador de corriente y se agacha para encontrar el enchufe. El original del libro que está traduciendo le ocupa casi toda la cama, y el libro que encontró en la

tienda de segunda mano está encima de una almohada, como el zapato de cristal de Cenicienta.

Me gustaba la idea de que en este momento no hubiera nadie más que yo en la vida de Gil, pero Lynda y Jake y los fantasmas de Matthew y Owen han llegado en tropel a la fiesta y han tirado por tierra la ilusión. Es muy raro ver cómo tu padre se fija en otra mujer, aunque lo haga de forma totalmente inocente. También es bastante extraño descubrir que el mejor amigo de tu padre puede haber estado engañando a su mujer aproximadamente al mismo tiempo que la dejó embarazada.

Gil dice, un poco malhumorado, que no está trabajando nada, lo que no me sorprende mucho dadas las circunstancias.

No te preocupes, le digo, solo son unos días. Intenta disfrutar de la compañía.

Me besa en la frente y contesta: ¡Cómo no!

Lynda parece maja, digo con cautela.

Sí, responde. Lo es. Pero su vida es un desastre, como de costumbre.

Pienso en lo que acaba de decir.

¿A qué te refieres?

A ver, dice. Cuando no era una cosa era otra. Dos hombres. Una mujer y un hombre. Siempre alguna combinación que no funcionaba muy bien. Hace años me resultaba fascinante, pero ahora solo me cansa.

¿Crees que Matthew sabía que estaba embarazada?

Estás dando por sentado algo muy grave, Mila. Solo es una teoría.

Pero ¿qué pasa si tengo razón?

Gil se encoge de hombros.

¿Quién sabe? Pero es verdad que les manda dinero. Si tienes razón, entonces parecería que lo descubrió tiempo después.

Le miro.

A ver, digo, ¿existe una enorme conspiración entre los adultos en donde la gente lleva unas vidas complicadísimas y fingen que es algo normal?

No hay nada...

Le corto.

No lo digas, por favor.

Suspira.

Pero ¿es que no lo entiendes? Uno puede cometer un error que conduce a otros errores más grandes hasta que ya no encuentra el camino de vuelta. Y entonces arrastra a otra gente y los problemas aumentan. La vida puede complicarse muy rápidamente. Y Matt siempre ha sido una persona bastante individualista.

¿Qué significa eso?

Siempre fue más feliz solo. En una pared de una roca, lejos del mundo. No es un ejemplo de vida doméstica como yo, dice. Venga, vete a la cama. Me echa una de esas miradas serias tuyas, me da un beso y vuelve al trabajo.

Mando un último mensaje debajo de las sábanas.

Por favor dime por qué te fuiste.

No recibo ninguna respuesta. Me quedo dormida y la nieve intenta enterrarnos en la noche.

A la mañana siguiente, la camarera simpática del sitio donde desayunamos no está.

Claro, dice Gil, es sábado.

La nueva camarera es una chica amable con el pelo rubio recogido en una coleta. Tiene pinta de estar un poco fuera de lugar e intuyo que siguió hasta aquí a algún novio y se quedó tirada. Una mera suposición.

Evito las magdalenas, las tortitas y los gofres, las tortillas de espinacas, los batidos de frutas y los bollos rellenos de salmón ahumado y me decanto por las tostadas y el zumo de naranja. La variedad infinita está empezando a cansarme.

En cuanto acabamos de desayunar emprendemos el lento viaje en coche hacia casa de Lynda. Las carreteras están despejadas. Han echado arena y sal como si realmente esperaran que ocurriera algo así, y hay montones enormes de nieve lo bastante grandes para vaciarlos y vivir dentro de ellos al borde de la carretera. Supongo que es verdad que esperan que pasen cosas así.

Sigue nevando, pero ahora la nieve que cae es suave, ligera y seca. Brilla el sol y el cielo tiene un color increíblemente azul. El mundo deslumbra tanto que apenas puedo soportar mirarlo.

Hasta han quitado la nieve del camino estrecho de Lynda y paramos en el sitio donde solemos aparcar. Su coche está completamente cubierto de nieve y yo dibujo con un dedo una cara sonriente en el parabrisas. Cuando oye nuestro coche dice que entremos para resguardarnos del frío.

Dentro hace un montón de calor por la estufa de leña y se está tan calentito que apetece socializar, pero no puedo evitar preguntarme si me sentiré sola y distante cuando no estemos aquí.

Jake está fuera quitando la nieve de las entradas de las casas, nos dice. Volverá a la hora de comer.

Pero unos minutos después de que llegemos irrumpe cubierto de nieve, sonriendo de oreja a oreja como Tom después de zamparse a Jerry.

¡Soy rico!, exclama, sacando un fajo de billetes y quitándose a toda prisa su gorra de los Mets. Espero que nieve hasta agosto. Se quita rápidamente la chaqueta y los guantes y los cuelga, chorreando, encima de una silla que hay junto al fuego. Su madre le sirve un chocolate caliente.

Es duro, y hace un frío que pela ahí fuera. Tengo que reponer fuerzas. Se hunde en una silla y Honey se vuelve a levantar y, sin hacer ruido, va a tumbarse a su lado. Él la acaricia distraídamente. Bueno, dice, ¿cómo va el misterio de Matthew el desaparecido? La verdad es que no es un misterio especialmente fascinante para nosotros. Lleva desaparecido de nuestras vidas más o menos... a ver... toda la vida.

Lynda y Gil están hablando discretamente de otras cosas, así que lo miro, respiro

hondo y le pregunto en voz baja: ¿Matthew es tu padre?

Tú no te andas con rodeos, ¿eh?, dice con media sonrisa. Matthew no ejerce mucho de padre, pero técnicamente hablando, sí, soy su hijo. ¿No lo sabías?

Niego con la cabeza. Lo dice como si tal cosa, así que es imposible saber si le importa que su padre sea Matthew o que haya desaparecido. O las dos cosas. Sería un buen jugador de póquer, este Jake.

Al cabo de un rato se levanta para ver si sus cosas se han secado y se vuelve a poner la gorra.

Voy a volver a salir, dice. ¿Quieres venir? Puedes ganar una pequeña fortuna para llevarte a Inglaterra. Auténtico dinero americano, dice, y se frota los dedos.

Muy tentador, digo.

Si vas, ponte mi abrigo y mis botas, dice Lynda, pero no espera a que le responda, sino que directamente me los trae. El abrigo, las botas y un gorro. Me pregunto si los adultos quieren estar solos.

Cuando me quiero dar cuenta llevo un par de botas con forro de piel un poco grandes, un abrigo largo hasta los pies y un gorro y unos guantes de forro polar, y Jake y yo estamos caminando a duras penas por la nieve.

Me siento como si fuera un hobbit, digo. ¿Me parezco a uno?

Sí, te pareces un huevo, me responde.

Tengo que ir un poco deprisa para seguirle el ritmo.

¿No te ralla vivir tan lejos de todo?, digo, y le miro. Quiero decir, ¿qué haces por aquí si pasa algo? No me malinterpretes, esto es muy bonito y tal, pero ¿qué pasa con los asesinos del hacha y los zombis?

Como he vivido en una ciudad toda mi vida, me da la impresión de que el campo es una película de terror de esas que se ven venir, donde algún loco está siempre acechando entre los arbustos listo para abalanzarse sobre ti.

Jake me mira de reojo.

Llevo semanas sin ver un zombi, dice. Ni un asesino del hacha. En realidad, hay un montón de gente por aquí, solo que se esconden al final de carreteras pequeñas para que no los veas. Si talaras un árbol encima de ti y te rompieras las dos piernas, siempre encontrarías a alguien que te metería en la parte de atrás de una camioneta y te llevaría al hospital. Y claro, después le diría a todo el pueblo lo imbécil y lo burra que eres.

No parece que haya una respuesta obvia a eso.

Por cierto, me gusta tu acento, dice mientras caminamos penosamente, y yo me río.

¿Por qué te ríes?, dice, y se pone las palas sobre el otro hombro.

Nada, es que todo el mundo lo dice. A mí no me parece un acento. Tú eres el que tiene acento.

¿Yo?, dice Jake con un bufido. Crecí en Escocia pero creía que ya parecía americano.

Lo pareces. Casi.

¿Casi?, finge estar indignado. He ganado premios por mi acento americano.

¿En serio?, me detengo y le miro. ¿Premios?

Bueno, no. No premios de verdad.

Yo te daría uno, digo. Me gusta cómo hablas.

Gracias, dice. Muy amable.

Seguimos caminando un rato con la lengua fuera.

Entonces ¿qué hay que hacer? ¿Llamar a la puerta de perfectos desconocidos y pedir trabajo?

Eso es, dice. Solo que usamos métodos científicos minuciosos para descubrir qué probabilidades hay de que nos contraten.

¿Como que la entrada esté cubierta de nieve?

Sí.

Y eso hacemos. El único problema es llegar al final de todos los caminos pequeños antes de averiguar si nos necesitan. Tenemos que volver atrás un montón de veces, pero por fin tocamos el timbre de una casa con nieve en la entrada y Jake me pide que hable yo porque tengo un acento muy chulo. La mujer que viene a abrirnos nos ofrece menos de la tarifa habitual, pero Jake dice que es un poco mayor así que haremos la buena acción del día. Nos da el dinero y luego sacamos a su perrito a pasear y ella nos lo agradece muchísimo. Pero el trabajo es muy duro y los brazos me están matando. Y eso que solo lo he hecho una vez.

Quien no haya quitado la nieve a estas alturas, dice Jake, es que es mayor o está fuera o en un espacio sin maridos³. Lo que resulta ser cierto, porque todos los que abren la puerta son o mayores de setenta años o mujeres a las que no te imaginas mucho con botas de nieve ni haciendo trabajos manuales. Estamos fuera tres horas y conseguimos limpiar dos entradas más.

Apenas hablamos mientras trabajamos porque solo lanzar la nieve me consume toda la energía.

La verdad es que no pesa mucho, dice Jake. Mejor, porque no te pagan más por la nieve mojada y ya nos habríamos muerto de cansancio. Por lo menos tú.

Me estoy adaptando bastante al ritmo de cavar, pero los hombros me duelen un montón. Sacar, lanzar. Sacar, lanzar. Cuando me canso de lanzar intento darle patadas a la parte de atrás de la pala para apartar la nieve, pero Jake dice que no tiene sentido, que haciendo eso solo consigo que se convierta en una masa compacta y más difícil de mover cuando llega la hora de quitarla. Me manda a la entrada, pero ha empezado a nevar otra vez, así que cuando quito toda la nieve, el camino se vuelve a cubrir de blanco.

Todo el mundo tiene arena y sal, o sea que echamos sal primero y arena después, cobramos nuestro dinero y vamos a la siguiente.

Trabajas bien, dice Jake. Lo sabía.

¿Qué, parezco una levantadora de pesas o algo así? Saco músculo, pero el efecto se atenúa porque tengo el brazo debajo de ocho centímetros de abrigo acolchado.

Él sonríe.

No. No pareces tan fuerte. Pero no eres el tipo de persona que se queja.

De eso nada, digo. Quejarme es una de las cosas que mejor hago. Ahora mismo estoy muerta de hambre y tengo frío y estoy hasta las narices de ver nieve.

Ya, dice, yo también. Vámonos a casa.

Jake reparte el dinero mientras andamos y me da la mitad. Parece una fortuna.

¡Ostras!, digo. ¿Crees que podré comprarme una casa por aquí con esto?

Asiente con la cabeza.

Por lo menos una.

Caminamos en silencio durante un minuto.

Bueno, ¿qué piensas de la desaparición de Matthew?, le pregunto. Y en cuanto lo digo, desearía no haberlo hecho. Ya tengo fama de hacer preguntas directas.

Pero él responde. Le he visto un montón de veces desde que estamos aquí, dice, pero no le conozco muy bien que digamos. Antes de venir le veíamos una vez al año o cada dos años. Me cae muy bien, pero siempre se comporta de una manera bastante formal conmigo. ¿Quieres que te diga cuál es mi teoría? No tengo ninguna. Quizá tenga doce hijos como yo escondidos y no puede soportar la culpa. Se detiene y me mira. Y la tuya ¿cuál es?

No es una pregunta fácil de responder.

No sé lo suficiente como para tener una teoría, le digo. En realidad no sé nada sobre él, me quedo callada un momento. Y tú has hecho que la historia sea aún más confusa. ¿Crees que su mujer sabe algo de ti y de tu madre?

Lo dudo, dice Jake. Es raro ser el oscuro secreto de alguien. Es una de las cosas que no me gustan de todo este asunto. Se encoge de hombros. Pero ya estoy acostumbrado.

¿En serio? No le digo nada, pero me imagino que debe de ser muy raro. Horrible, incluso. Y cada cosa nueva que sé sobre Matthew me hace odiarlo más. ¿Por qué estamos buscando a este hombre? ¿Por qué es amigo de mi padre?

Es muy injusto, digo.

Me mira. Cuando me vaya de casa podré elegir. Ya he decidido que en cuanto pueda me vuelvo a Escocia. Me gustaba. Excepto en invierno, que es de noche la mayor parte del tiempo.

¿Cuánto tiempo viviste allí?

Toda mi vida hasta que cumplí doce años, dice. Mi madre estuvo un tiempo trabajando en Nueva York. Por eso siguió en contacto con Matthew. Cuando se enteró de que estaba embarazada, decidió mudarse más cerca de su hermana, a Aberdeen. Pero ella y su hermana nunca se llevaron muy allá. Tiene gracia, ¿verdad? Total, que se sacó el título de profesora y decidió volver. Creo que le gusta más esto.

¿Y a ti?

Allí vivíamos en un barrio muy grande de casas de protección oficial. Estaba bien. Había una pista de *skate* decente. Y miles de niños. Me gustaba. La vida social por aquí no es muy apasionante que digamos.

De repente pareces escocés.

¡Anda ya!

En serio.

Aparta la mirada pero noto que está contento.

Hasta ahora no ha pasado nada trascendental entre nosotros, pero simplemente hablar de cualquier cosa puede ser importante cuando dos personas están en la misma onda. He

notado que la magia de llevarse bien con alguien no es realmente magia. Si la analizas, puedes ver cómo sucede. Dices algo un poco fuera de lo normal y ves si la otra persona reacciona. Si lo capta, le da una vuelta de tuerca. Luego vuelve a ser tu turno. Y después el suyo. Y así sucesivamente, hasta que empezáis a bromear. Y una vez que empezáis a bromear, ya sois amigos.

Abrimos la puerta de la cabaña y al otro lado de la habitación, hablando con mi padre, hay una mujer delgada de unos cuarenta años con el pelo corto y rojo y las facciones agradables, vestida con un traje que tiene pinta de ser muy caro. Llama un poco la atención que vaya tan elegante cuando está en una tormenta de nieve en medio de ninguna parte.

Es mi amiga Joy, dice Lynda. No da ninguna otra explicación y llena el espacio donde habría ido la explicación yendo y viniendo con nuestra ropa mojada y más bebidas calientes.

Su novia, dice Jake en voz baja.

Ah.

Lynda nos da chocolate caliente mientras ella y Joy siguen contándole a Gil cosas sobre su colegio y que los profesores tienen que pasar mucho tiempo haciendo papeleo, y ahí es donde desconecto.

Con tanta gente apiñada en un lugar tan pequeño, el sofá de Jake se ha convertido en una especie de refugio. Él debe de pensar lo mismo porque levanta las rodillas para hacerme hueco y, al cabo de un minuto, me pasa uno de sus auriculares.

Buena canción, digo.

Él asiente con la cabeza. Todavía no es famosa, pero algún día podrás decirle a todo el mundo que la oíste por primera vez aquí, el día no sé qué de no sé qué mes, de dos mil y algo, aquí mismo en mi sofá. Será como la primera vez que tus padres oyeron a los Beatles.

Me cuesta imaginar que Gil se acuerde de dónde oyó por primera vez a los Beatles, o incluso de quiénes son los Beatles. Su radar para la cultura popular es, digamos, imperfecto.

¿Quién canta?, pregunto, y parece ofendido. ¡Ay, Dios!, digo cuando me doy cuenta. ¡Es increíble! Tienes una voz absolutamente increíble (lo que resulta ser cierto).

Escribo canciones con mi amigo Chris.

Ay, pienso. ¿Chris es un chico o una chica?

Como vamos a compartir los auriculares tengo que pegarme mucho a él, así que me hace sitio en su lado del sofá y pronto estamos apretujados como si fuera la cosa más normal del mundo.

Jake es simpático pero un poco reservado. Creo que a Honey le cae bien por las mismas razones que a mí.

Lynda nos está señalando con la cabeza, como diciendo: ¿no es bonito que se lleven bien?, pero Gil cree que señala la naturaleza muerta de la estantería que hay encima de nosotros, que casualmente es de Joy, así que la conversación se desvía. Me aganto la risa.

¿Qué vais a hacer ahora?, le pregunta Lynda a Gil, y yo sintonizo inmediatamente, consciente de que me he perdido buena parte de la conversación mientras estábamos fuera. Solo tengo un auricular, lo que viene bien para escuchar a escondidas.

Gil se encoge de hombros.

Todavía no tenemos un plan B. Supongo que volveremos a casa de Suzanne. No podemos hacer mucho más salvo que tengamos noticias tuyas. Gil está cortando rodajas de pepino para la ensalada mientras Lynda pone la mesa. Joy abre una cerveza y se la ofrece.

¿Sabes?, dice Gil, me he estado preguntando por qué Matthew desapareció después del accidente.

Probablemente por primera vez en su larga y azarosa vida, mi padre ha hecho la pregunta adecuada. Pero al hacerlo ha provocado un cierto cambio atmosférico, lo que me hace pensar que hoy no han sacado el tema de Matthew en ningún momento. Ahora estoy observando a Joy, que no ha dicho ni una palabra pero está claramente a punto de hacerlo.

Lynda, inquieta, le lanza una mirada, y luego vuelve a mirar a Gil.

La razón por la que desapareció, dice Joy con una calma exagerada, es que es un cabrón que no tiene ni idea de lo que es la responsabilidad ni el compromiso.

Lynda mira para otro lado, pero Joy se está calentando.

Es un misántropo, ese es su problema. Y le importa una mierda todo el mundo menos él.

Sabes que eso no es verdad, dice Lynda, y le lanza una mirada llena de preocupación a su hijo; pero Jake parece capaz de ignorar todo lo que esté más allá de los límites de su espacio vital.

Mi padre mira a Joy y después a Lynda.

Conozco a Matthew desde hace mucho tiempo, empieza a decir, pero Joy lo interrumpe.

Echa un vistazo a su historial, dice, medio escupiendo las palabras. Un hijo muerto, otro abandonado. Dejó a su novia, le puso los cuernos a su mujer, y ahora la deja a ella y al bebé...

Ya basta, dice Lynda en voz baja, y es evidente que esta no es la primera vez que Joy expresa su opinión.

No, no basta, dice Joy con la voz entrecortada. Pero claro, yo nunca *he* conocido a este hombre, nunca me han hipnotizado para que piense que es una especie de héroe que *casualmente* destroza la vida a todos con los que se encuentra, así que ¿qué sé yo?

Mi padre me lanza una mirada pero finjo estar inmersa en la música de Jake.

Le gusta ese discurso, susurra Jake cerca de mi oreja.

Asiento con la cabeza. En esa zona de la casa parecen estar bastante incómodos, con Joy enfadada y Lynda deseando que todo el mundo se porte bien. Pero aquí se está muy a gusto. Lo que me mola de Jake es que es muy observador pero no parece que nada lo perturbe. Es como si hubiera asimilado el mundo adulto y hubiera llegado a la conclusión de que es algo divertido y otro tanto intrascendente.

Me da un golpecito en la rodilla y yo le miro de reojo.

Total, dice en voz baja, volviendo a la pregunta inicial sobre por qué Matthew desapareció después del accidente. Hace un vaso imaginario con la mano, se lo vacía en la boca, luego cierra los ojos y vuelve a concentrarse en la música.

¿Matthew estaba *bebiendo*?

La mente se me dispara. ¿Estaba *bebiendo*? ¿Bebía *mucho*? ¿La relación de Lynda y Matthew se rompió porque Matthew bebía? ¿O la de Matthew y Suzanne? Pero espera, si hubiera estado bebiendo el día del accidente, entonces es normal que huyera justo después. Tenía que esfumarse hasta que todos los síntomas desaparecieran o iría a la cárcel por matar a su hijo. Si hubiera estado bebiendo ese día, la culpa le corroería por dentro durante el resto de su vida. ¿Qué más necesita una persona para descarriarse? ¿O para huir de casa? ¿O incluso para matarse? ¿O Jake se refiere a que empezó a beber después del accidente? ¿Se emborrachó? Miro a Jake, intentando hacer preguntas por telepatía, pero tiene los ojos cerrados y la expresión serena.

Joy está poniéndose el abrigo como buenamente puede.

No te vayas, dice Lynda, pero no suena muy convincente.

Encantada de conocerte, le dice a Gil mientras abre la puerta. Espero que encuentres lo que estás buscando.

Sale y la puerta se cierra de golpe tras ella.

Lynda mira a mi padre.

Lo siento, dice. Matt no es su persona favorita. Cree que así me protege, supongo. Aunque desearía que no lo hiciera.

Gil hace un gesto con la mano indicando que no pasa nada.

Sí, claro, no pasa nada.

Pero el arrebato de Joy le ha afectado. Tal vez nunca vio a Matthew de manera objetiva. Tal vez el Matthew que él recuerda ya no existe.

Lynda suspira.

Quizá deberías decírselo a la policía.

Me quedo perpleja hasta que me doy cuenta de que en mi cabeza enseguida he imaginado una historia totalmente diferente. Lynda está hablando de encontrar a una persona desaparecida y yo he sacado la conclusión de que es un asesino de niños alcohólico.

A la policía no le interesa, dice Gil. A los adultos no se los considera desaparecidos a ojos de la ley a menos que dejen una carta de suicidio o un rastro de sangre. Si no, se supone que simplemente querían estar en otro sitio. Lo que, en este caso, seguramente sea verdad.

Ha abandonado a otro niño, dice Lynda en voz baja, como si acabara de caer en la cuenta de lo que ha pasado en realidad.

Ya son dos, dice Gil.

Tres, dice ella en voz baja.

No es un historial muy bueno, que digamos.

Pues no, dice Lynda. Es una mierda, de hecho. Por primera vez no parece dulce ni

tolerante, y me pregunto qué le ha pasado al mejor amigo de todos, el hombre más amable del mundo.

Al mirar a Lynda, puedo ver que las relaciones pasadas dejan un destello a su paso, una estela de luz irregular que no desaparece cuando la gente se separa.

Me quito el auricular para oír mejor y Jake se inclina hacia mí.

Deja de escuchar, susurra. Es. De. Mala. Educación.

Le doy un puñetazo y él me lo devuelve, y al rato estamos forcejeando en el sofá y yo me río tanto que casi no puedo ni respirar.

Tú ganas, digo sin aliento, y me vuelvo a poner el auricular.

La comida está lista, chicos, dice Lynda.

Jake y yo nos levantamos un poco avergonzados y nos acercamos juntos arrastrando los pies a la mesa, sin desconectarnos del iPod.

Apágalo, dice Lynda, señalándolo, y yo le devuelvo el auricular. Lynda ha preparado una buena comida: un estofado de judías blancas con carne y ensalada.

Lo último que esperaba era encontrar a una persona como Jake aquí, en medio de ninguna parte, pero, aparte de él, esta historia está empezando a cabrearme. Toda esta gente balanceándose en el extremo de una cuerda porque un hombre no deja de causar problemas y huir. O al menos es lo que parece desde donde estoy.

Mientras Lynda recoge, me abrigo con el enorme anorak de Jake que me llega hasta los pies y salgo fuera para tener un poco de intimidad y escribir otro mensaje.

¿Qué pasó el día en que murió Owen?

Me quedo mirando el teléfono y presiono enviar. Nunca se me ocurriría hacer esta pregunta en persona. Pero como no hay nadie más que quiera llegar al fondo de este misterio, me estoy empezando a desesperar un poco.

El sonidito del mensaje que sale volando me tranquiliza. Cuando vuelvo a entrar, Jake me mira. Mi padre se está sacudiendo el abrigo preparándose para marcharnos. De repente me pongo triste.

Jake me pide mi número inglés y el de Estados Unidos y mi correo electrónico y dice que tendrá que seguir en contacto conmigo porque en mi pueblito inglés, triste y paleta, no me enteraré de cuáles son los últimos grupos de música.

Tienes que venir a visitarnos, dice Gil. Londres no está tan mal, la verdad.

Sí, ven, digo yo, y Lynda dice: Puede que este verano.

Todos nos damos abrazos y besos, hasta Jake, y todo el mundo está contento de haberse conocido y triste de tener que separarse tan pronto.

Lynda y Jake nos acompañan hasta el coche y en el último minuto Jake me agarra del brazo y me encasqueta su gorra de los Mets en la cabeza. Intento quitármela pero él no me deja, así que me meto en el coche y le digo adiós con la mano desde la ventanilla de atrás hasta que damos la vuelta a la esquina y desaparecen.

Lo hemos pospuesto todo lo posible, pero está claro que mi padre le tiene que decir a Suzanne que Matthew no estaba donde pensábamos que estaría.

Gil mira fijamente mi teléfono, se mentaliza y, por fin, saca su portátil y le escribe un correo.

Me mira. Se siente un poco culpable.

¿Crees que soy un cobarde?

Solo un poquito, respondo, y pienso que yo tampoco querría decírselo a Suzanne en persona. Supongo que Gil no menciona a Lynda ni a Jake en su correo; Suzanne no es la clase de mujer que pensaría que no pasa nada por tener a la antigua novia de Matthew, y al hijo del que nunca le había hablado, viviendo en su picadero.

No dejo de preguntarme cómo Matthew va a ocultar a Jake toda la vida. Algún día Suzanne lo descubrirá, digo yo. Si siguen juntos, ¿cómo demonios se lo va a explicar? Hay tantas bombas en la vida de Matthew que aún no han explotado que cada día existe la posibilidad de descubrir algo nuevo. Me parece un auténtico infierno. Tal vez esté acostumbrado. Tal vez por eso se fue de casa.

Por primera vez soy consciente de que Jake es el hermanastro de Gabriel. ¿Se conocerán? Cuando sean mayores ¿serán como su padre? ¿A quién me pareceré yo cuando sea mayor?

Me pregunto en qué momento un niño se convierte en un adulto. ¿Pasa de repente o es más bien poco a poco, como por etapas? ¿Hay una edad, una semana, un momento, en el que se revelan todos los secretos del universo y la madurez desciende del cielo en una nube, cambiando el cerebro para siempre? ¿Se escabullirá un día la niña que hay en mí para no volver jamás?

No me puedo imaginar viviendo una vida real, o que alguna vez seré adulta. Me parece una transformación tan increíble... Puede que algún día sea la pareja de alguien o la madre de alguien o el patólogo forense de alguien. Puede que algún día beba demasiado o tenga un hijo del que no le hable a nadie. Puede que algún día huya de todo y tenga mis razones.

Ese yo es imposible de imaginar por mi yo actual.

No me puedo imaginar de mayor. No me puedo imaginar diferente de la persona que soy ahora. No me puedo imaginar vieja ni casada ni muerta.

Agachada en el suelo, con Honey, aprieto la mejilla contra su cara. Desprende un olor cálido y silvestre como todos los perros. Está pensando en el presente, no en el futuro ni en el pasado. Anhela algo que no puede definir, un cierto equilibrio. Si Matthew entrara por la puerta ahora mismo, se sentiría completamente dichosa; su terrible añoranza

desaparecería. Es imposible decirle que a lo mejor lo vemos pronto, o la semana que viene, o nunca. Solo tiene dos formas de entender su situación: *añorando* y *sin añorar*. Encendido y apagado.

Así de simple.

Me pregunto si deberíamos decirle a Suzanne que solo estamos haciendo tiempo para parecer que echamos una mano. Pero eso sería como decir que *en realidad estamos agarrándonos a un clavo ardiendo intentando encontrar alguna relación, por mínima que sea, con el marido que te abandonó a ti y a Gabriel sin dejar ningún rastro, porque supongo que realmente no quiere que lo encuentren. Que tú lo encuentres, vamos*. Esto parece estar tan próximo a la verdad, salvo que se trate de un asesinato/suicidio/secuestro inesperado, que ni siquiera puedo pensar sobre ello en la misma habitación donde Gil está mandándole un correo a Suzanne, por si acaso me oye.

Oigo el silbido del *email* al atravesar volando el estado de Nueva York y, por un instante, los dos nos quedamos totalmente quietos.

Bueno, y ahora ¿qué?

Muy buena pregunta, dice Gil. Supongo que volver a casa de Suzanne si no se nos ocurre nada más.

No me imagino qué otra cosa se nos podría ocurrir, pero no lo digo.

Estamos fracasando. No solo eso, sino que hemos venido nada más y nada menos que desde Inglaterra para fracasar. Cuando me vuelvo hacia Gil, él acaba de cerrar su portátil y está mirándolo fijamente, y parece igual de perdido que yo.

Bueno, Perguntador, dice. No somos muy buenos detectives.

Pero la primera regla de un detective, le digo, es no hacer daño, y nosotros no estamos haciendo ningún daño, ¿no?

Eso son los médicos, Mila, no los detectives. La primera regla de la investigación es Encuentra a Tu Hombre. Y tampoco estamos haciendo eso.

Se hace un silencio prolongado y sentimos la desazón y el abatimiento. En lo más profundo de mi cabeza algo me inquieta cada vez más, pero sigo sin poder comprenderlo.

¿Te gusta mucho Lynda?

Gil frunce el ceño.

¿Por qué diablos me preguntas eso?

Le miro.

No sé, lo normal... Hace mucho tiempo que éramos muy buenos amigos, dice. ¿En qué estás pensando? Me mira atentamente.

No respondo.

¿No creerás que estoy enamorado de ella?, dice, y luego se quita las gafas, se frota los ojos con una mano y se las vuelve a poner. Pues no. Claro que no, suspira. Perguntador, dice en voz baja. El pasado está plagado de gente a la que hemos querido, o podríamos haber querido. Con el tiempo lo descubrirás.

Me quedo un rato callada. Y luego digo: Vámonos.

Sí, vale, responde él, un poco cansado.

Me llevo mis esquemas. A lo mejor podemos leer algo entre líneas.

O dejamos que las ideas se conecten solas.

De cualquier manera. Al azar, digo, y le miro.

Hay que tener fe.

Y la tengo, digo, y le cojo de la mano, pensando en toda la gente que él podría haber querido.

Recogemos las cosas. Yo termino antes que Gil y aprieto la nariz contra la ventana. Está empezando a anochecer, y la nieve sigue cayendo.

¿De dónde sale toda esta nieve?

Demasiadas preguntas, dice Gil. Tiene algo que ver con los cristales de hielo que se unen entre sí en grupos de seis. Si lo piensas, es bastante raro.

Y no hay dos iguales.

Es cierto. Casi hace que creas en Dios.

¿Hace que tú creas en Dios?

Niega con la cabeza.

No, he dicho casi. ¿Y tú?

No. Pero que no haya dos iguales es muy raro. Me pregunto cómo pueden estar seguros.

Y quiénes son. Gil sonríe. Los científicos de los copos de nieve. Montones de ellos, cogiendo y examinando billones de copos de nieve cada año, en el caso improbable de que...

Y ¿qué pasa si ven uno que creen reconocer pero el que es idéntico ya se ha derretido?

Harán fotos, ¿no? Fíate un poco de ellos, Mila. Son científicos. Serán extraordinariamente precisos.

¿Pensar en copos de nieve te provoca dolor de cabeza?

Sí, dice.

A mí me hace sentir pequeña.

Ah, dice Gil. Todo depende. Si estás justo en primer plano, eres enorme. Para mí, tú eres más grande que el Big Ben o la galaxia de Andrómeda. Mucho más grande.

¿Más que la galaxia Andrómeda? ¿En serio?

Mucho más. Venga, vamos a pagar y a comprar algo de ropa para la nieve. Esto no tiene pinta de que vaya a parar pronto.

Gil paga en recepción y no nos cobran nada extra por no dejar la habitación a mediodía.

Dudo que haya mucha afluencia de gente esta noche, dice la recepcionista. No hay mucha gente que conduzca con este tiempo.

Volvemos al pueblo. Gil me deja enfrente del pequeño súper del barrio y sigue subiendo la calle para ver si encuentra impermeables y botas para los dos, y manoplas y gorros a juego. Mi tarea es hacerme con las provisiones: plátanos, manzanas, pan, mermelada, jamón en lonchas y queso. Cuando pago todo eso, más una botella grande de agua, me queda suficiente dinero para comprar una oferta especial de pastelitos Wagon Wheels a un precio increíble y solo por un tiempo limitado. Hay un montón

altísimo donde la caja y al mirarlo me imagino que el tiempo limitado podría durar toda la vida.

Llevo la compra a rastras hasta la calle y enseguida veo el coche. Gil me espera mirando un mapa.

Debería llamar a Lynda para despedirme, dice, y le doy mi teléfono.

Charlan un rato sobre Matthew y Gil promete que le dirá cómo acaba todo.

Adiós, Lynda, dice al final. No esperemos otros veinte años. Y cuelga. Luego mira lo que he comprado. Perfecto, dice, ahora vamos a ponernos en marcha. Al parecer se acerca una tormenta por el este. Con suerte nos perderemos la peor parte.

Me devuelve el teléfono y unos segundos después suena un pitido.

Ay, Dios. ¿Qué pasa si es Matthew?

Pero no es Matthew. Dice: **Hasta pronto, amiga. Nos vemos en Londres.**

Y lo firma **Jake**.

Tapo la pantalla con la mano y me lo meto con cuidado en el bolsillo.

Al salir del pueblo, paramos por última vez y voy corriendo al sitio donde venden artículos de camping porque anuncian mantas baratas de oferta. El estampado es como el de las mantas de lana de los indios navajos de toda la vida, pero estas están hechas de botellas de plástico recicladas. Está trabajando el mismo tipo y me reconoce.

Menuda tormenta, ¿eh?, dice.

En Londres no tenemos tormentas como esta.

¿Londres? ¿Así que eres de allí?

Sip. De Londres, Inglaterra.

¿Y qué estás haciendo aquí?, pregunta mientras espera a que salga el recibo de la caja.

Estamos buscando a alguien que se ha perdido.

Deduzco, por su expresión, que es una respuesta extraña e inesperada a una pregunta de cortesía y normal.

¿Perdido en la nieve? Abre mucho los ojos.

No. Se perdió antes de que empezara a nevar. Puede que ni siquiera esté perdido, no lo sé. Supongo que él sabe exactamente dónde está.

Soy consciente de que me está mirando.

Suspiro.

Es muy complicado, la verdad.

Sí, dice él, y me da la bolsa con las dos mantas y el cambio. Espero que lo encuentres.

Gracias.

Si quieres encontrarlo, vamos.

Cuando llego a la puerta, me giro y le miro.

Sí, claro que quiero encontrarlo. Quiero saber por qué se fue.

Y salgo.

Bien hecho, dice Gil, mientras mira el interior de las bolsas. Espero que no las necesitemos, pero es mejor estar preparados.

A decir verdad, no me importa pensar que las vayamos a necesitar. Me imagino a Honey, a Gil y a mí acurrucados en el coche como los osos cuando hibernan, comiendo

Wagon Wheels cubiertos de chocolate y esperando a que la nieve se derrita.

Salimos. Se está haciendo de noche. Los niños del pueblo se lanzan bolas de nieve mientras sus madres les gritan que paren. El mundo se ha vuelto de un blanco intenso y fantástico y no quiero dejar de mirarlo nunca. Pienso en Jake en secreto con una emoción que compensa lo mal que me siento al pensar en Matthew.

Se me cierran los ojos y la nieve que se arremolina al caer me sumerge en un sueño de la cabaña, el fuego y la música.

Conducimos durante un rato con los limpiaparabrisas llevando ruidosamente la nieve de un lado a otro, el boletín de tráfico sonando muy bajo en la radio y Gil encorvado sobre el volante con la cara casi pegada al parabrisas, que ya se ha convertido en su postura habitual. Los faros nos muestran más nieve delante de nosotros.

Cada vez que abro un ojo lo único que veo son copos. Los coches se mueven despacio, y pese a que me preocupa que las condiciones de la carretera puedan hacer que este sea mi último viaje, me gusta la sensación de estar aquí, en este lugar extraño y calentito que susurra mientras la naturaleza lanza millones de cristales diferentes sobre nosotros.

Le echo una ojeada a Gil. Odia conducir en Londres, así que no me quiero ni imaginar lo que le parecerá conducir en medio de una tormenta de nieve al norte del estado de Nueva York sin saber adónde ir.

Le mando otro mensaje a Matthew. **Si morimos en la nieve es culpa tuya.**

Y luego le mando uno a Jake. **Nos vemos en Londres. Bss Mila.**

Es un poco arriesgado añadir besos cuando él no ha puesto ninguno en el suyo, pero puede que este sea el último mensaje que mando en mi vida, así que qué más da. Cuando pulso enviar me da la sensación de que ha nacido algo entre nosotros.

Gil encuentra la autopista, que tiene bastante tráfico. Ahora que la nieve se arremolina con más fuerza, todo el mundo se mueve despacio. De vez en cuando una ráfaga de viento golpea el lateral del vehículo como un bofetón y trata de sacarnos de nuestro carril. Delante y a nuestro lado veo coches patinando. Supongo que debería estar nerviosa pero, aunque parezca extraño, estoy deprimida. No puedo hacer nada salvo no distraer a Gil. Salto al asiento de atrás, me pongo el cinturón y me acurruco con la cabeza apoyada en el lomo de Honey. Es más flaca de lo que parece pero está caliente y respira hondo y muy despacio. Los copos de nieve dan vueltas sin parar y Gil cambia a una emisora de música clásica que está cargada de interferencias. Pienso en Jake y el sonido de un chelo me adormece.

Cuando me despierto sigue nevando, pero nos movemos bastante rápido, dentro de lo que cabe. Vuelve a sonar el boletín de tráfico –la voz de una mujer joven–, y pasamos delante de un gran quitanieves con luces intermitentes que va bramando en dirección contraria como una enorme bestia amarilla.

Me inclino hacia delante por el hueco que hay entre los asientos delanteros.

¿Hasta dónde tenemos que ir?

Saldremos de la autopista donde podamos y nos quedaremos a dormir, Perguntador.

No estamos lejos. Si no hiciera mal tiempo sería coser y cantar.

Me pregunto cómo sería si no hiciera mal tiempo. El cielo blanco y la temperatura invisible. Cómodo, ligero. No tengo ninguna gana de volver a casa de Suzanne.

Todas las luces traseras de color rojo que hay delante de nosotros se encienden a la vez y Gil pisa el freno. Nos deslizamos un poco y reducimos la marcha.

¿Qué pasa?, murmura mientras avanzamos a paso de tortuga, hasta que unos dos kilómetros después el tráfico se para completamente. Ay, mierda, dice, debe de ser un accidente.

Y como era de esperar, después de diez minutos completamente parados en la nieve, con los limpiaparabrisas en marcha, el boletín de tráfico dando la tabarra con el viento y la nieve como si no lo viéramos nosotros mismos y la calefacción saliendo de todas las rejillas, un coche de policía pasa volando por el arcén seguido de otro y de una ambulancia.

Ahí está, dice Gil. Me alegro de que no seamos nosotros.

Nos quedamos ahí una eternidad y, al final, Gil para el motor.

Son casi las ocho, dice, hora de cenar.

Así que hago unos sándwiches de jamón y queso con manzanas y nos tomamos los Wagon Wheels de postre. Y a Honey le hago otro sándwich en lugar de darle comida de perro.

Raciones de emergencia, le digo a Gil.

Honey coge su sándwich educadamente y lo engulle en tres bocados sin agarrarlo. De repente noto que está intranquila y me aventuro a salir a la nieve para dar un paseo.

Ten cuidado, dice Gil, pese a que nada se mueve. El único peligro es perder de vista el coche; todos parecen iguales con la nieve. Pero hay una furgoneta azul muy grande detrás de nosotros, así que no nos perderemos. Honey tiene el estómago revuelto, supongo que es la comida que le he estado dando. Probablemente sea un poco mayor para cambiar a una dieta completamente nueva, aunque le guste más.

No estamos fuera mucho tiempo pero, cuando entramos, ha bajado la temperatura del coche. Nos acomodamos en la parte de atrás con mi manta. Gil dice que también se está quedando frío, así que bajo la cremallera de la bolsa protectora de plástico y le doy la otra. Ahora puedo ver mi respiración, pero estoy bastante calentita. Encontramos las noticias locales, en las que el arresto de un funcionario por cometer fechorías adquiere la misma importancia que la tormenta. En Londres, esta sería la noticia más importante del siglo.

Le mando un mensaje a Jake.

Estamos atascados en la autopista en medio de la nieve. Espero que sobrevivamos. bs Mila.

La nieve se acumula en las ventanas y es imposible ver lo que hay fuera. Pasa una hora, una hora y media.

Por fin Jake me responde. **Nosotros la llamamos autovía. No mueras congelada**

antes de que pueda ir a visitarte.

Al leerlo sonrío.

Esperamos. Yo me adormilo. Gil escucha la radio.

Después de un tiempo que se hace eterno, un policía, con una enorme chaqueta naranja, surge de la oscuridad y golpea en el cristal de cada coche para asegurarse de que estamos bien y de que no somos mayores ni estamos muertos de frío ni a punto de dar a luz.

Lo siento, amigos, dice, os dejaremos moveros en cuanto podamos, en serio. Mientras tanto, quedaos calentitos y que no se os descargue la batería. Bien hecho, nos dice cuando ve nuestras mantas. Y cuando Gil responde con una pregunta sobre el accidente, el poli se limita a decir: Al parecer era una panda de ingleses que venían preparados.

Suenan interferencias en su radio y contesta.

Bien. Roger. Y corta la conexión.

Mi padre le mira con mucha curiosidad y el poli dice: Nos movemos. Hay dos carriles libres. Enciende el motor, deja que se caliente. Nos vemos, amigos, disfrutad de vuestra estancia en el gran estado de Nueva York.

Le oigo golpear el cristal de la furgoneta que hay detrás de nosotros.

Me gustaría haberle podido preguntar qué había pasado, pero no me he atrevido y, de todas formas, seguramente no me lo habría dicho. Espero que no se haya matado una familia entera.

Veo las luces de freno de los coches de delante y las nubes de vapor que salen de los motores fríos. Siento una pequeña emoción cuando empezamos a avanzar de nuevo. Una luz azul intermitente aparece dentro del coche. Miro por el cristal de atrás y veo otro coche de policía.

Gil pone el limpiaparabrisas.

Menudo lío, ¿eh? De aventura en aventura en el Nuevo Mundo.

No tengo nada que decir al respecto.

Empezamos a movernos despacio, deslizándonos lentamente al principio pero acelerando poco a poco, y a medida que nos acercamos al accidente vemos un gran transporte de ayuda en carretera de color gris y un coche más pequeño completamente aplastado junto a él. Hay un corrillo de oficiales y algunos polis dirigiendo el tráfico y gritando a todo el mundo: «¡Circulen, circulen!». Las ambulancias ya se han ido.

Gil parpadea.

¿Qué?

Nada. Estaba pensando en Owen. Una autopista, una noche de invierno, Gil niega con la cabeza. Carreteras heladas, quizá.

Cierro los ojos y me imagino cómo debió de ser aquella noche. Para el niño que murió en la carretera. Para el padre que sobrevivió.

La gente se para a mirar, por eso vamos tan despacio, dice Gil. Señala con la cabeza a los coches que tenemos delante y que están pasando por el accidente. *Ahora* lo entiendo.

¿Entender qué?

La gente estira el cuello para ver lo que ha pasado, por si hay alguna espantosa escena

de carnicería. No se lo quieren perder.

Me avergüenzo de no querer perdérmelo yo tampoco.

¿Hace cuántos años murió Owen?

Gil se queda pensando.

Tres, dice, y cae en la cuenta de algo. Tenía la misma edad que tú tienes ahora.

Por alguna razón esta información me revuelve el estómago. Recuerdo aquella llamada de teléfono de madrugada, con la noticia de que el hijo de Matthew había muerto. No significó mucho para mí en ese momento. Era gente que apenas conocía.

Conocer a Jake hace que Owen parezca más real. Además, que se muera alguien de mi misma edad me hace pensar en la muerte más que si fuera alguien más pequeño o más mayor. El fantasma de Owen siempre será de la misma edad que Jake. ¿Cómo iba a poder Matthew dejar de pensar alguna vez en eso?

Le doy un toque en el hombro a Gil.

¿Por qué Matthew y tú os dejasteis de ver?

Me mira por el espejo, aunque eso suponga apartar la vista de la carretera. No es que nos dejáramos de ver, dice. Cuando él y Suzanne se mudaron al norte de Nueva York ya no era tan fácil. No era tan simple como pasarme por su casa cuando estaba en la ciudad. Y yo también empecé a trabajar; no viajaba tanto a Nueva York. Frunce el ceño. No sé, cielo. El tiempo pasa, las relaciones cambian.

¿Y Lynda?

No sabía nada de esa época de su vida. En cualquier caso, no es el tipo de cosa que Matt me habría contado.

¿Porque a ti también te gustaba?

Mira hacia arriba y resopla. Hace muchísimo tiempo, dice. Más bien porque no es la clase de follón del que uno quiere hablar.

¿Ni siquiera a tu mejor amigo?

Especialmente a tu mejor amigo.

¿Por qué no?

A la gente no le gusta hablar de las cosas que no tienen sentido. Las cosas malas. Los errores.

¿Crees que se sentía culpable?

No lo sé. Seguramente.

¿Has hecho cosas de las que no puedes hablar?

Supongo que sí, dice Gil. Pero no últimamente. Y que yo sepa, no tengo más hijos. Al menos puedes dejar de preocuparte por eso.

No estoy preocupada, digo. Pero quizá lo esté. ¿Cómo voy a saber de lo que son capaces los adultos?

A mi padre no le gusta mucho Suzanne, lo que es comprensible, porque, en mi opinión, no es muy simpática. Pero cuanto más sé de Matthew, más complicado me parece. Tal vez Suzanne estaba bien antes de empezar a salir con él.

Hemos dejado atrás a la policía, al camión y a la gente volviéndose para mirar, y nos movemos a buen ritmo otra vez. Da la sensación de que es muy tarde, aunque solo son

las nueve y media.

Busca un sitio donde parar, dice Gil.

Tengo que ir al baño, así que paramos en la siguiente área de servicio. Después de todo el tiempo que hemos pasado en el coche, las luces parecen más brillantes de lo habitual. Gil saca a pasear a Honey.

Tienes razón en lo de su estómago, dice. Suzanne tendrá que alejarla de la comida de carretera.

Ahora es cuando caigo en la cuenta de que tras nuestro regreso tendremos que dejar a Honey sola con Suzanne. Si Matthew no aparece, vamos. ¡Qué deprimente! La sensación inquietante que me ronda en la cabeza ha vuelto, pero mi cerebro está demasiado cansado como para pensar.

Son más de las diez cuando encontramos un motel. Han quitado la nieve del aparcamiento pero el hombre de recepción se disculpa por no haber recogido con la pala la de los senderos. En la poca distancia que hay entre el coche y la habitación nos empapamos de nieve. Uso la toalla más grande del baño para secar a Honey mientras mi padre vuelve al coche arrastrando los pies para coger el resto de cosas y, después de beber mucha agua, Honey se acurruca en su cama como hace siempre que espera mientras Gil se recuesta en su cama y se sirve un buen trago de whisky.

En la habitación hace calor y, a pesar de que el estampado de la colcha es una espantosa mezcla de morado, rojo y azul, las camas son grandes y cómodas. Después de todas esas horas en el coche, parece un lujo ponerse el pijama y tumbarse. Mañana volveremos a casa de Suzanne y, luego, a la nuestra.

Intento contactar otra vez con Catlin. **¿Qué pasa? ¿Cómo estás? ¿Qué noticias hay?** Pero no recibo ninguna respuesta. Gil abre su portátil y oigo el sonido de un correo. Estoy casi dormida; demasiado cansada para preocuparme de a quién le está mandando un *email* a estas horas.

Lo último que oigo es su voz hablando muy bajito por mi teléfono.

Está dormida, dice, aunque no será verdad hasta dentro de treinta segundos o así. Hasta pronto, es lo último que oigo.

¿A *quién* le dice hasta pronto? ¿A Marieka? ¿A Suzanne? ¿A estas horas?

La pregunta resuena en mis sueños.

Por la noche sueño con Matthew y Gil. Tienen la edad de ahora, pero se comportan como niños: se sientan en lo alto de un árbol y tiran piedras a un estanque de agua. En mi sueño, Matthew pierde el equilibrio y se resbala de la rama y Gil ni siquiera estira el brazo para agarrarle. Observa cómo su amigo se cae al estanque y cómo las burbujas suben del lugar donde ha caído. Yo me quedo mirando fijamente, cada vez más asustada, pero la cabeza no sale del estanque y, cuando agarro a Gil del brazo y grito que tenemos que salvarlo, Gil solo frunce el ceño y dice: No hay de qué preocuparse, no le va a pasar nada.

Pero ¡no sabe nadar!, grito, y Gil responde tranquilamente: No importa. Puede respirar debajo del agua.

Me levanto aterrorizada con el corazón latiéndome con fuerza, aliviada de estar consciente. Gil acaba de entrar con café, una bolsa de bollos y un brick de zumo de naranja.

No vamos a desayunar Wagon Wheels, dice sonriendo. Ven a echar un vistazo fuera, hace un día espléndido.

He tenido una pesadilla horrible, le digo, intentando quitármela de la cabeza.

Pobre, contesta, y se sienta a mi lado en la cama, esperando a que se la cuente. Pero cuando le empiezo a dar vueltas al sueño, la imagen que lleva unos días intentando cobrar forma en mi cabeza empieza a estar clara y, de repente, me pregunto por qué ha tardado tanto.

El caso es que Gil no parece muy preocupado por su amigo. Ni una vez en todo el viaje le he visto verdaderamente inquieto o deprimido. Ni una sola. Pensativo, sí. Desconcertado, también. Pero ¿preocupado de verdad? No. Y le conozco. Sé que se preocupa por Marieka cuando no llama después de un concierto o cuando su avión despegue en medio de una tormenta. Se preocupa por mí cuando llego tarde a casa del colegio, incluso si le digo por la mañana que me iba a quedar hasta tarde o que iba a ir a casa de alguien. No duerme cuando está preocupado y esta semana ha dormido bien. Incluso ha trabajado un poco.

¿Es que no le importa que su amigo se esté ahogando? O quizá Matthew *pueda* respirar debajo del agua. Puede que no esté en peligro al fin y al cabo.

Me quedo muy quieta en el borde de la cama, y por suerte Gil está hojeando sus papeles, esperando a que me calme, sin notar nada.

De pronto soy yo la que no puede respirar. Gil sabe dónde está Matthew. Lo sabe. Soy como Clever Hans. Pese a la capacidad que tengo de percibir las cosas he sido incapaz de sumar dos más dos. He estado tan ocupada interpretando cada una de las situaciones

a nuestro alrededor y dibujando esquemas que no he prestado atención a mi propio padre. Ha hecho falta un mensaje en un sueño, tan claro como el agua, para que sepa que aquí está pasando algo que no está bien.

Miro a Gil y él me devuelve la mirada y le cambia la cara. Aparta la vista.

Nos conocemos muy bien.

Bueno, digo.

¿Bueno qué?

Déjame que te cuente mi sueño.

Mi padre no está ni por asomo tan al tanto de lo que pasa como yo. Pero hasta él se da cuenta de que algo ha cambiado.

De acuerdo, dice.

En mi sueño, comienzo a relatar, tú y Matthew estáis sentados en la rama de un árbol, encima de un estanque.

Gil se queda totalmente quieto.

Sois adultos y niños a la vez. Sabes cómo es en los sueños, ¿no?

Él asiente con la cabeza.

Y de repente Matthew se cae de la rama, o se tira, no sé. Yo estoy ahí y te grito. Estoy muy nerviosa y empiezo a gritar: ¡Haz algo! ¡Haz algo! ¡Matthew se está ahogando! Y ¿sabes qué?

¿Qué?, dice Gil, y baja la vista.

Que no haces nada. Me dices que puede respirar debajo del agua.

Se hace el silencio. Ninguno de nosotros dice ni una palabra.

Bueno, digo. ¿Cómo interpretas ese sueño?

Gil sigue sin decir nada.

En realidad, no estás preocupado, ¿verdad?

Estoy bastante preocupado, de hecho, dice.

Pero no te preocupa que esté muerto o no. Ni que se haya suicidado o haya desaparecido ni nada de eso. Le lanzo una mirada de odio.

Suspira.

No.

Sabes dónde está.

Mi afirmación se queda flotando en el aire.

Sí, responde Gil. Lo sé.

¿Has hablado con él?, digo furiosa.

Casi siempre por *email*, dice.

No me lo puedo creer. La furia se apodera de mí y, por primera vez en mi vida, estoy gritando de verdad a mi padre. ¡No me lo puedo *creer*! ¿Qué clase de *viaje falso* ha sido este? ¡No es más que un montón de mentiras!

Se frota la frente con una mano y alarga la otra hacia mí, pero yo se la aparto de un empujón y me voy al otro extremo de la cama para que no me pueda tocar.

Estoy demasiado enfadada para hablar. Respiro hondo dos veces. Cuatro.

¿Desde hace cuánto lo sabías?

Mila, dice. He estado en contacto con Matthew desde que me llamó a Londres. Me dijo que se había ido de casa, pero no dijo por qué. Ni adónde se había ido. Le dije que vendría de todas formas, como habíamos planeado, y que hablaría con él cuando estuviera preparado. Dijo que era importante, que necesitaba estar un tiempo solo para pensar. No me parece bien que se fuera de casa, pero no me pidió mi opinión. ¿Qué otra cosa podía hacer?, deja de hablar un momento y me mira. Es mi mejor amigo.r

Y yo soy tu *hija*.

Ya lo sé. Y siento mucho haberte metido en todo esto; en serio que lo siento, cariño. No sabía dónde nos estábamos metiendo. Pero, Mila, ¿no lo entiendes? No te podía decir que estaba en contacto con él porque entonces tendrías que haberle mentido a Suzanne, y eso habría sido peor. Y en cualquier caso, los problemas matrimoniales son...

Espero, temblando.

Bueno. Suceden. No es el fin del mundo. Sobre todo después de todo por lo que han pasado, se calla un momento. Siempre me arrepiento de no haber venido cuando murió Owen. Le decepcioné. Obviamente me ofrecí, pero era un momento tan complicado... Y después, cuando supe que Suzanne estaba embarazada, pensé que quizá las cosas estarían mejor, que estaban rehaciendo su vida...

De pronto caigo en la cuenta de una cosa.

¿Y *Marieka*?

El suspira.

Mamá lo sabe.

Pienso en los mensajes que me envió sobre ser buenos detectives cuando sabía que toda esta historia era mentira. Tengo ganas de romper algo.

¡Joder! Así que es una conspiración *en toda regla*. Incluir a todo el mundo salvo a mí. ¿En serio que sabes dónde está?

No lo sabía hasta anoche, dice Gil en voz baja. Me mandó un correo y yo le llamé. Quiere verme. Por fin.

Me quedo mirándole, alucinada.

¿Cómo puedes esperar que *vuelva* a confiar en ti?

Con mucho cuidado, me coge las manos y me atrae hacia él. Me mira, serio pero dulce al mismo tiempo. Respira hondo y dice: Siento haber tenido que mentirte. No lo habría hecho si no hubiera sido importante. Pero esto no tiene nada que ver contigo, cariño.

¿Por qué no? Le aparto la mano. ¿Por qué no puede tener *un poco* que ver conmigo y el resto con Matthew? ¿Por qué *todo* tiene que ver con él?

Gil no responde y, por alguna razón, hace que me cabree aún más.

¿Cuál era tu plan? ¿Contármelo en algún momento? ¿O simplemente llamar a su puerta un día y decir: ¡Anda, qué coincidencia! Mira quién está aquí?

Se ha puesto muy triste.

No te mentí del todo. No sabía dónde estaba. De hecho pensé que podría estar en la cabaña; valía la pena intentarlo, al menos. Y claro que te lo iba a decir.

Pero si estabas en contacto con él... ¿sabía que íbamos a ir a la cabaña?

Gil asiente con la cabeza.

¿Así que tú sabías que no estaba ahí?

No lo sabía seguro, dice Gil, mirando hacia otro lado.

¿Pero él *sabía* lo que nos encontraríamos allí?

Gil suspira.

Supongo que quería que yo lo supiera todo.

Podría haberte enviado una maldita postal. Lo quiere tener todo *controlado*. Joy tiene razón. Es un *monstruo*.

Mila... Gil vuelve a alargar la mano para tocarme pero yo me aparto de él. Estoy demasiado enfadada para reconocer que no había ninguna forma de que yo supiera la verdad sin ser cómplice de la mentira. Me marcho de la habitación dando un portazo y me voy a dar una vuelta por la nieve durante diez minutos. Hago una bola y me como un trozo. Sabe a humedad concentrada, como si fuera agua masticable. Tiro el resto contra la ventana de nuestra habitación lo más fuerte que puedo y estalla contra el cristal.

¡Farsante!, grito, lanzando otra y luego otra y luego otra. ¡Farsante, más que farsante! Pero él no aparece.

Aquí fuera hace frío y lo único que puedo hacer es llorar. Las lágrimas queman al salir de los ojos, pero, cuando llegan a la barbilla, se han convertido en aguanieve.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Yo, toda furiosa, tirando bolas de nieve a la ventana de un motel? ¿Yo despreciando a mi padre?

Hace un frío que pela. Aporreó la puerta y cuando Gil la abre, me quedo rígida. Me abraza pero yo no le devuelvo el abrazo. Se me saltan las lágrimas.

¿Qué ha pasado?, pregunto, mirándole por fin. ¿Por qué se escapó de casa? ¿Él y Suzanne van a divorciarse?

No lo sé, Perguntador. En serio que no lo sé. Me da un beso en la cabeza y me acaricia el pelo.

Yo retrocedo.

No hago más que preguntármelo, dice Gil, y todavía no lo sé. Debe de ser una mezcla de cosas. Que llegáramos nosotros. Que se sienta culpable por lo de Owen y por lo de Jake. Volver a ser padre... No sé cómo sobreviviría si te pasara algo, Mila. A lo mejor él tampoco sabe cómo hacerlo. Supongo que nos lo dirá cuando le veamos.

Pero ¿qué pasa si es otra cosa? Estoy pensando en el gesto que hizo Jake, el del vaso.

¿Otra? Gil frunce el ceño. ¿No crees que ya le han pasado suficientes cosas? A ver, tampoco tiene que ser un drama enorme. A veces la gente llega a una especie de situación límite y...

¿Y huyen? ¿Eso es lo que hacen, *huir*?

No sé, Mila. Yo...

Pero podría pasar, ¿no? ¿Podría ser otra cosa?

Supongo. Podría ser. Me mira detenidamente. ¿En qué estás pensando?

Jake dice que bebe.

¿Cuándo ha dicho eso? Gil parece muy sorprendido. ¿Qué más dijo?

Nada. Ni siquiera dijo eso exactamente. Solo hizo esto. Repito el gesto de la mano inclinando un vaso.

Dios mío, exclama Gil. No me lo puedo creer. ¿Estaba borracho aquella noche? ¿Eso es a lo que se refiere Jake?

Tengo ganas de decir: ¿Cómo quieres que lo sepa? Algo pasó, eso seguro. Algo hizo que Matthew fuera incapaz de mirar a los ojos a Gil. Algo le hizo dejar a su mujer y a su bebé. A mí me costó despedirme de Gabriel, y solo lo conocía desde hacía diez segundos.

Las palabras que ha dicho Gil hace un minuto impactan ahora en mi cerebro.

¿Has dicho «cuando lo veamos»? ¿Cuándo lo vamos a ver?

Hoy por la mañana, dice Gil.

Ah.

Cuando Catlin y yo teníamos once años por fin nos escapamos de casa.

Era idea de Cat, pero yo estaba de acuerdo y, como de costumbre, ella parecía conocer todos los detalles técnicos. Cómo sabía lo que había que hacer, ni idea. Era parte de su conocimiento del mundo, como saber todo sobre el sexo antes que nadie.

El plan era fingir que íbamos al colegio con nuestras mochilas para no llamar la atención, tirar toda la ropa de deporte que había dentro y llenarlas de cosas para escapar.

Según Cat, el mayor peligro de huir era morirnos de hambre, así que cargamos toda la comida que encontramos –galletas, pan, mermelada, coca-colas, una caja entera de After Eights– y salimos para la terminal de Eurostar.

Tráete el pasaporte, dijo Cat, y eso hice.

Cuando llegamos a St. Pancras amontonamos nuestras cosas contra la pared de una tienda que vendía relojes y joyas. Había tantos estudiantes sentados esperando el tren que nadie se fijó en nosotras pese a nuestra edad. El plan era decir que nuestros padres acababan de irse a comprar la comida si alguien dudaba de nosotras, pero nadie lo hizo.

Cat me dijo que vigilara nuestras cosas y se fue a hacer una foto del panel de salidas. Al volver, anotó minuciosamente en un cuaderno los horarios de los trenes que había capturado con su teléfono.

Nuestro plan para hoy, anunció, es llegar a Bruselas, infiltrarnos en el Parlamento Europeo, contactar con nuestro agente de allí y darle los códigos informáticos.

Un plan ambicioso. Yo me preguntaba quién era nuestro agente en Bruselas, pero había aprendido a no hacer preguntas.

¿No podíamos mandarles un *email*?, dije. ¿O enviarles un mensaje?

Cat me miró como si estuviera loca.

Seguridad, siseó. Todo lo que hacemos está vigilado a más no poder.

Suspiré. No pensaba que Cat fuera capaz de meter a dos niñas de once años sin acompañante en un tren rumbo a Bruselas, pero uno nunca podía saber con ella. A mí no me preocupaba hacer pellas un día, pero viajar al extranjero sin supervisión me ponía un poco nerviosa.

Ella miraba fijamente su teléfono y yo la miraba fijamente a ella, y al final levantó la vista y explicó que estaba esperando que nuestro contacto se diera a conocer. Pensé que tendríamos que esperar un buen rato.

Pasamos el tiempo practicando criptografía, que consistía en enviarnos mutuamente códigos un tanto obscenos. Cuando se empezaba a hacer tedioso, Cat me mandaba a ver si veía agentes enemigos o salía a robar chocolatinas.

A última hora de la mañana, yo ya estaba harta.

¿Podemos irnos a casa ya?, le pregunté.

Dentro de poco, me dijo. Y nos pusimos otra vez a practicar códigos y a traducir minuciosamente mensajes en una burbuja de silencio rodeadas por el caos hirviente de la enorme estación.

A la hora de comer recorrimos los cafés que había en el largo pasillo de la estación y tuvimos la suerte de que una pareja joven y extranjera, muy pálida, pidiera un montón de comida y se dejara casi toda. Nos comimos los restos de sus sándwiches pijos y Cat se metió en el bolsillo la propina que habían dejado, escabulléndose para asegurarse de que no había espías mientras yo tenía que hacer frente a la mirada de odio del camarero.

Cuando llegó el momento de viajar de polizón a Bruselas, fracasamos prácticamente a las primeras de cambio.

Malditos sean, refunfuñó Catlin, tocándose los bolsillos furiosa, y cuando le pregunté que quién, me dijo que le habían robado el pasaporte.

De todas formas no nos habría venido nada bien porque no teníamos billetes ni mucho menos dinero suficiente para comprarlos, y además da la casualidad de que sabía que Cat no tenía pasaporte, así que no se tenían que molestar en robárselo.

Conozco a alguien que me falsificará uno sin problema, dijo. Pero será caro. Y salió escopetada otra vez, desapareciendo en su fantasía.

Me senté a observar a la multitud. Luego fui a echarle un vistazo a una librería que había enfrente y, cuando volví a nuestro sitio, le mandé un mensaje a Cat diciendo: **estoy cansada**. Al rato, ella volvió paseando tranquilamente y se dejó caer a mi lado. Unos diez minutos después (que era lo que se tardaba en escribir un código de unas dos palabras debido a la innecesaria complejidad de nuestro código), mi teléfono volvió a sonar y ella apartó la vista, como si estuviera distraída.

«Te quiero», ponía. Lo traduje dos veces para asegurarme de que lo había leído bien y me quedé ahí sentada sin saber lo que significaba ni cómo responder ni qué hacer.

Nos quedamos así, como en una isla silenciosa habitada por dos personas en medio de un río de gente.

Vámonos, dijo Catlin por fin. Y, sin mirarme, cerró la mochila, se levantó y fue caminando penosamente hacia la estación de metro, tirando de mí como si fuera un trineo del Ártico.

Cuando llegamos a su casa, Cat salió disparada sendero arriba y no me molesté en decirle adiós con la mano. Llegué a la mía casi a la misma hora a la que debería haber vuelto del colegio y me fui a mi habitación. Me senté encima de la cama y me puse a pensar.

Nunca nos descubrieron. Cat falsificó justificantes por enfermedad para las dos, sabiendo que a mí se me olvidaría falsificar el mío, y nuestra profesora los aceptó sin rechistar. Fue decepcionante que no sospecharan nada; Catlin estaba preparada para soportar la tortura.

Nunca tuve el valor de hablar con ella del día en que casi fuimos a Bruselas ni de preguntarle por aquel mensaje. Con el tiempo, empecé a pensar que me lo había imaginado.

Hoy he aprendido que mi padre puede mentirme y que voy a dejar de lado mi instinto y fiarme de él porque quiero creer que no lo haría. No he descubierto que es un asesino ni que tiene un hijo secreto como Matthew. Pero aun así... Depende tanto de una persona suponer que la otra está diciendo la verdad... Si alguien puede mentirte sobre una cosa, puede mentir sobre cualquier otra.

Está claro que, de algún modo, yo también le mentí, pero no era lo mismo. Al fin y al cabo el mensaje de Matthew era para mí. Simplemente estaba evitando que Gil se pusiera triste. ¿Eso solo? A lo mejor creía que podía manejar algo que Gil no era capaz de manejar.

Otra mentira.

Esto me hace pensar en la naturaleza de la verdad. No miento, por regla general, porque nunca he creído que se ganara mucho mintiendo. Mis padres no me intimidan ni me imponen unas expectativas que hacen que me invente las cosas.

Condeno la tranquilidad de este acuerdo para preservar mi inocencia. Aunque tampoco es que nunca haya experimentado la falta de honestidad. Empieza cuando eres pequeña, con las niñas del colegio, cuando te dicen que solo les dejan invitar a ocho amigas a la fiesta de pijamas y que tú serías la novena. O cuando hablan de lo que han hecho con algún chico cuando estás bastante segura de que no han hecho nada. Algunas mentiras apenas merecen el esfuerzo que cuesta contarlas.

En teoría, me gustaría llevar una vida transparente. Me gustaría que mi vida fuera tan clara como un cristal, sin nada vergonzoso ni sombras oscuras. Eso es lo que me gustaría. Pero si soy completamente honesta, tengo que admitir secretos demasiado dolorosos incluso para contármelos a mí misma. Hay cosas en las que pienso en la profunda oscuridad de la noche, terrores secretos. ¿Por qué son secretos? Podría contarles fácilmente cómo me siento a cualquiera de mis padres, pero ¿qué me dirían? ¿No te preocupes, cariño, haremos todo lo posible para no morirnos nunca? ¿Nunca jamás te abandonaremos, ni tendremos cáncer ni pasaremos por delante de un autobús ni moriremos de viejos? ¿No te dejaremos sola para que recorras este mundo tan complicado sin nosotros?

Me dejarán. Es lo primero que aprendes que hace que dejes de ser un niño. Algún día yo también moriré, pero eso no me asusta ni la mitad que lo de que me dejen sola. Esa es mi oscuridad. Nada ni nadie puede consolarme.

¿Matthew va a venir aquí?, pregunto.

Gil niega con la cabeza.

No, iremos a buscarle. Se está quedando a dormir cerca.

Odiaría tener unos padres que estuvieran siempre vigilándome, leyendo mi diario, controlando lo que pienso. Detestaría estar expuesta. Así que, tal vez, cuando digo que desearía ser un cristal, estoy mintiendo. Deseo que no me conozcan del todo de la misma forma que anhelo que alguien me conozca.

Matthew está durmiendo a veinte kilómetros de aquí. Su desaparición, al fin y al cabo, no ha sido para tanto. Después de todo lo que hemos conducido de arriba a abajo del estado, su gran huida en busca de la libertad estaba a menos de noventa minutos de su casa.

Me he puesto a calcular otra vez todas las coordenadas que conozco hasta ahora, pero sigo perdida. Saco el móvil y le mando un mensaje a Jake.

Hoy vamos a ver a Matthew.

Quiero contarle más pero no sé cómo. Recibo un mensaje un segundo después.

Qué???

Le respondo. **Es una larga historia.**

Hay un silencio. Me pregunto si se ha ido y entonces el teléfono vuelve a sonar.

Vale. Y un segundo después: **Mantenme informado.**

Lo haré. Deséanos suerte.

Buena suerte ;)

El paisaje que atravesamos es tan blanco que deslumbra, con cada esquina y rincón suavizados por grandes ventisqueros. Han aparecido carámbanos como por arte de magia; gigantescas estalactitas goteantes colgadas de los aleros de los tejados y canalones. Nunca he cogido un carámbano y siento un deseo incontrolable de hacerlo. Son preciosos, parecen las joyas de un hada, y si partiera uno lo podría agitar como un cetro.

Me siento atrás con Honey. Gil nos mira de vez en cuando pero no dice nada. Tiene un mapa entre las rodillas. Podría ayudar, pero no lo hago.

Hemos dejado el pueblo y estamos atravesando un paisaje montañoso que es blanco hasta donde alcanza la vista. Las vallas y los muros de piedra se han convertido en pendientes suaves, y las granjas llevan sombreros altos de ala ancha. Todo parece limpio y nuevo. Me gusta este mundo tan perfecto pese a saber que bajo la superficie yacen toda clase de alambradas y cosas muertas. La carretera está despejada, a diferencia de lo que pasaría en Inglaterra, donde simplemente esperarían a que se transformara en hielo y se acabara derritiendo mientras la gente dejaría de ir a trabajar, quejándose de que los servicios de mantenimiento no dan abasto.

Me gusta cómo se amontona la nieve en lo alto de los postes telefónicos y se acumula

en los cables formando líneas blancas finas y alargadas. Hay huecos donde se han posado los pájaros, como si estuvieran deletreando mensajes en código morse. Punto punto punto. Raya raya raya. Punto punto punto⁴.

Salimos de la carretera en un sitio que parece un centro comercial de tres al cuarto y vemos el letrero de MOTEL. Avanzamos despacio y me alegro de tener el coche grande de Suzanne, que da la sensación de ser muy seguro, incluso cuando patina.

Gil nos deja a Honey y a mí en el coche mientras él entra. El camino tiene un montón de nieve que en la última hora nadie se ha molestado en quitar. Los canalones que bordean la fachada brillan y se comban por el hielo. Al rato vuelve resbalándose y acerca el coche a la parte del motel donde está Matthew.

A ver qué pasa, dice.

Al salir del coche atravieso el hielo con el pie y lo meto dentro de un charco profundo de agua congelada. La bota se me llena de agua; es una sensación horrible. Honey esquiva el charco con mucho cuidado. Tiene la cabeza erguida y veo que está demasiado alerta.

Culpo a mi padre de tener la pierna congelada y lo sigo camino arriba, arrastrando los pies y cojeando. Él me ignora, y menos mal. Me estoy portando fatal y no me apetece que me engatusen.

La chica de recepción nos deja pasar. Rodeamos el pasillo y llamamos a la puerta de Matthew. Oigo pasos. De pronto Gil me mira y me tiende la mano. No soy tan mala como para negarme a cogerla. Está muy nervioso, se le nota en la cara.

No reconozco al hombre que abre la puerta pero Honey sí. Se lanza en el aire como un misil y le salta encima.

Querida Honey, le oigo decir riendo, y se le quiebra la voz por la emoción. Mi perra querida. Honey está que no cabe en sí de alegría, totalmente eufórica, y me lo contagia. Si yo tuviera rabo también lo movería.

Por fin.

Matthew entierra la cabeza en el tupido pelaje blanco del cuello del animal. Le agarra la cara con las manos y los rasgos cansados de la perra se iluminan. Al fin se levanta y abraza a mi padre. Sus caras desaparecen y da la impresión de que los dos hombres se funden en uno solo. Tienen una altura y estatura tan similar que podrían ser gemelos. Me los imagino de niños, o en la ladera de una montaña, lo más cercano a un hermano que ambos tuvieran.

Honey está de pie mirando a su amo, consciente de cada expresión, con cada centímetro de su cuerpo cargado de amor. Ha perdido la expresión melancólica de los últimos días. Matthew no puede resistirse y se arrodilla de nuevo, y ella le lame la cara y el cuello hasta que él le agarra la cabeza con ambas manos y la aparta suavemente. No contenta con alejarse, se gira hacia un lado y restriega todo el cuerpo por el pecho de Mat, primero un lado y luego el otro. Si pudiera comérselo, lo haría.

Matthew tiene los rasgos marcados, los ojos excesivamente penetrantes y el pelo abundante y canoso. Hasta a mí me parece guapo pese a su edad. No intenta abrazarme ni besarme, solo me mira, con la cabeza algo inclinada, observándome.

Es difícil superar la sensación de antipatía que ha ido creciendo en mi cabeza, pero es que Matthew no es lo que me esperaba. Su expresión es compleja; parece atlético, pero tiene los hombros rígidos, como si le dolieran. Ojalá no le hubiera mandado esos mensajes.

Mientras habla con Gil le examino la cara. Tiene ojeras. Huele a limpio y se ha afeitado hace poco; lleva una camisa de franela de un verde apagado. Yo esperaba encontrar desesperación, pero en lugar de eso veo a una persona callada y reservada. Es imposible ignorar el hecho de que está tristísimo.

Nos sentamos, yo en la cama y mi padre y Matthew en sillas. Matthew le pregunta si quiere beber algo, pero no espera una respuesta y sirve vino en dos vasos. No hace falta que mire el reloj. Todavía no son las diez de la mañana. Noto que mi padre está incómodo. Cuando sintonizo con él, todas las señales se alinean. ¿Es porque lo conozco demasiado bien o porque ya no tiene nada que esconder?

No recibo ninguna señal clara de Matthew. Lo poco que me llega es ambiguo e imprevisible. No es lo mismo algo cifrado que carecer de información; implica interferencias. Las señales de Matthew están bloqueadas, como si tuviera una pared de cristal metida a unos centímetros de la piel. Está acostumbrado a esconderse.

Es bastante evidente que les gustaría hablar sin estar yo delante, pero no tengo ganas de colaborar. Me quedo totalmente quieta, esperando a que decidan algo. Matthew se bebe de golpe el vino y se sirve otro. Charlan de nuestro viaje. Gil le habla de Lynda y de Jake. Matthew escucha en silencio, haciendo preguntas que puede que oculten una profunda implicación emocional o puede que no. El ambiente de la habitación se enrarece cada vez más. Honey escudriña el rostro de Matthew. Y yo también, y de pronto me avergüenzo de sentir que puedo estar contribuyendo a su infelicidad.

Justo cuando estoy intentando averiguar cómo pedir permiso para marcharme, Matthew pregunta si me importaría irme al vestíbulo un rato mientras ellos hablan. Lo pide educadamente, como lo haría con alguien que estuviera social e intelectualmente a su nivel. Es de agradecer. No es como la gente suele hablar a los niños. Gil sale conmigo al vestíbulo, que está diseñado para que parezca un estudio, con un escritorio, un sofá rojo de piel muy feo, una lámpara, un pequeño estante lleno de libros de bolsillo, dos sillas y un televisor. La habitación está inundada de una luz extraña por toda la nieve que hay fuera. No hay nadie en la recepción, que está conectada con un pequeño despacho. A lo mejor quien esté de guardia se esconde ahí detrás cuando no lo necesitan.

Gil me da un beso en la cabeza y pide perdón por...

Bueno, dice, por todo.

Luego se va. Miro a mi alrededor para ver si veo a Honey y me doy cuenta de que se ha quedado con Matthew.

Una música horrible sale de unos altavoces de pacotilla que hay en recepción. Me levanto de la silla y me voy a explorar. Todas las zonas comunes están vacías.

Echo de menos a Honey, y pese a que ha sido siempre la perra de Matthew, me molesta su ausencia. Gil y yo la trajimos aquí, debería estar agradecida. Matthew es el que la dejó con Suzanne. También dejó a Gabriel. Y a Jake. Pero los perros no guardan

rencor. Al menos este.

No hay nada más que hacer salvo volver al estudio de mentira.

Vuelvo a escribir a Jake. **Le hemos encontrado.**

¿Qué te parece?

No es lo que esperaba.

Se hace un silencio muy largo y casi puedo oír a Jake pensar al otro lado del teléfono. Espero un buen rato, pero no llega ninguna respuesta. A lo mejor no sabe qué decir.

Levanto la vista y veo a mi padre, hablando en voz baja con la recepcionista, que le da una llave.

He cogido una habitación, dice, solo para esta noche. Para poder hablar un poco más con Matt.

Matt no está por ningún lado. Vamos al coche a buscar nuestras maletas. Estoy esperando a oír lo que me dice Gil.

Perguntador.

Estoy ocupada cogiendo mis cosas y no me giro hacia él hasta pasado un minuto.

¿Sí?

Perdóname, dice. Estoy intentando hacer lo mejor para todos.

Me quedo mirándole, analizando su perfil.

No tenías por qué mentirme.

Ya lo sé, dice.

No soy idiota.

Pues claro que no. Pero todo el mundo en esta vida tiene secretos, dice. Es muy malo guardárselos. Casi peor que ocultarlos.

No digo nada.

Mila, necesito tu ayuda.

Como si hiciera falta que me lo aclarara. Nos miramos a los ojos otra vez y me siento miserable y falsa. Me estoy negando a ayudarle porque es el único poder que tengo, excepto el de ser amable.

Le cojo de la mano que no está sujetando la maleta y el drama entre nosotros se desvanece.

¿Quién sabe? Puede que algún día necesite que él mienta por mí.

Toda apariencia de felicidad ha desaparecido de nuestro viaje como el agua que se escapa por el desagüe. Nos hemos instalado en nuestra habitación y estoy cansada y me siento pequeña. Demasiado pequeña para hacer lo que Marieka me ha pedido que haga. Demasiado pequeña para cuidar de mi padre.

Además, echo de menos a Honey. ¿Por qué es tan leal a Matthew y tan poco leal a mí?

Gil ha vuelto de otra conversación con su amigo. Huele a vino.

¿Qué has descubierto?

No se me da bien interrogar a la gente, dice.

Podrías preguntarle qué pasa y ya está.

Lo he intentado. Da la sensación de que no se reconoce. Dice que no quería que le viera en este estado.

¿Qué estado?

Ay, no lo sé. Se encoge de hombros. Todo en general. Se ha metido en un lío tremendo del que no puede salir. Lo mires por donde lo mires.

Pienso sobre eso. Y luego pienso en Catlin.

A lo mejor no soporta haber acabado peor que tú.

Ve cómo giran los engranajes en su cerebro. Esta no es la clase de cosa en la que él pensaría. Yo tampoco lo habría pensado si no fuera por Catlin.

A lo mejor le recuerdas a cuando era joven y optimista. Antes de que todo se fuera a la mierda.

No tenía que meterse en semejante follón, dice Gil. Si hubiera sido solo lo de...

Pero se calla. Se da cuenta de que no puede decir *solo lo de Owen*. Pero sé a lo que se refiere. Uno podría perder a un hijo y sobrevivir. Pero ¿perder a un hijo y posiblemente ser el causante de que muriera? Y ¿tener otro al que has mantenido en secreto? ¿Y luego abandonar al tercero? Aunque no sé mucho de la vida, puedo decir que es demasiado. Uno empezaría a torcerse, como una tabla del suelo cortada al revés. Y seguiría torciéndose hasta que fuera imposible volver a enderezarse.

Y ahora, por si fuera poco, que tu amigo te venga a visitar. El amigo al que le salvaste la vida. El más débil.

Gil sale a comprar algo de cenar y Marieka coge el teléfono a la primera.

Hola, corazón. ¿Qué tal estás?

Hemos encontrado a Matthew, digo. Papá ha estado hablando con él desde el principio.

Mis palabras se quedan flotando en el aire.

Ya lo sabía, dice.
Ya.
Ay, cariño, dice muy bajito. De pronto se deja de oír y hay interferencias.
Estoy bien, digo en voz alta. Pero, en realidad, no me encuentro nada bien.
Cielo, dice. Mila, por favor, no llores. Habla tan bajo que apenas puedo oírla. Por favor, cariño. Matthew parecía tan...
¿Desesperado?
Se queda un poco sorprendida y dice: No, insistente. ¿Quieres volver a casa?
Claro que quiero volver a casa. Más que nada que haya querido en mi vida. Pero también quiero quedarme con Gil y ver cómo acaba esto. Quizá, ahora que hemos encontrado a Matthew, hayamos cumplido con nuestro deber y podamos irnos juntos a casa. Quizá ahora que lo hemos encontrado vuelva con Gabriel y Suzanne y vivan felices para siempre. Quizá aún pueda solucionarse todo.
La voz de Marieka interrumpe mis pensamientos.
Dime lo que has visto, dice. Dime lo que has notado en Matthew.
Se parece a papá.
Sí, dice Marieka. Sí, lo recuerdo.
Se lo toma todo como si le fuera la vida en ello.
¿Qué más?
Pero no sé cómo explicar lo que veo: las señales ambiguas, la cara inteligente, los hombros agarrotados, la calma inquietante, la oscura sensación que mana de él. El vino. Bebe mucho.
Vaya, dice ella. Ojalá que no te hubiéramos dejado ir. Debería haber dicho que no. Pronto volveremos a casa, digo. Ya casi ha terminado.
Gil entra cargado de bolsas de comida china, así que le mando un beso a Marieka y le paso el teléfono. Hablan en voz baja unos minutos. Oigo decir a mi padre: Sí. No, no hemos hablado de eso. Y después: Ya, ya. Pronto. Ya he tenido suficiente. Se le nota cansado y se frota la cabeza como intentando que desaparezcan los pensamientos.
Cuando cuelga el teléfono hablamos de Marieka.
Parece preocupada, dice, y yo asiento.
Bienvenida al club.
Pues sí, dice él. Vámonos a casa, Perguntador, es hora de irse. Mañana sin falta.
Pero, al final, resulta que no nos vamos.

Matthew no viene a desayunar hasta que solo quedamos nosotros. No toma nada más que café y lo entiendo. La comida aquí es horrible, hasta las tostadas. Mermelada de mentira, zumo de mentira, pan de mentira. Al menos Honey parece aliviada porque hemos encontrado lo que buscábamos. Nunca se aleja más de unos centímetros de Matthew. Cuando él se levanta, ella se levanta. Cuando él se pasea de un lado a otro de la habitación, ella camina sin hacer ruido detrás de él.

Los perros habitan un mundo lleno de información diferente. Matthew está en el primer plano de la vida de Honey, arrojando a la sombra todo lo demás, como el Big Ben o la galaxia Andrómeda. Teme la separación, puede olerla girar en torno a su amo. Si él se va, no tendrá nada. Estar sin él hace que su vida sea imposible.

¿Cómo pudo abandonarla?

La recepcionista entra y le pide a Matthew que mueva su coche para dejar pasar al quitanieves. Miro por la ventana cómo le abre la puerta a Honey y ella se monta a su lado.

Luego vuelve a donde estamos y trae más café para él y para mi padre. No me gusta esa mirada fija tan extraña que tiene. Añade leche falsa al café falso y lo remueve, pero no se lo bebe. En lugar de eso, llena un vasito del contenido de una petaca que lleva en el bolsillo. Gil lo observa con una expresión neutra.

Lo curioso de Matthew es que nunca parece que esté borracho. Está igual que ayer. No arrastra las palabras ni se cae ni nada.

Cojo mi libro y me voy a otra mesa para que puedan hablar, lo suficientemente cerca como para oír casi todo lo que digan.

Escucha, dice Gil, inclinándose hacia su amigo. No es demasiado tarde. Puedes volver a empezar.

Matthew levanta la vista hacia él y niega con la cabeza.

Tienes que querer. ¿No quieres?

Un ruido muy fuerte me sobresalta. Matthew ha estampado la mano encima de la mesa.

Pues claro que quiero, dice. Es. Demasiado. Tarde.

Se hace un largo silencio y luego oigo algo horrible. Matthew está llorando.

¿No hay otra mujer?, dice Gil en voz baja.

Matthew se ríe.

No, dice. No hay otra mujer.

Escucha, dice mi padre, siempre hay una salida.

Esta vez su amigo le mira con interés, risueño.

Ya lo sé, dice.

Los dos hombres están inmóviles; ambos se han dado cuenta de que han entendido mal al otro.

Las cenizas de una vieja amistad revolotean y se quedan en un montoncito debajo de la mesa.

Por favor, dice Gil, y puedo oír un sinfín de emociones detrás de esas dos palabras. Su «por favor» significa «por favor deja que todo esto termine», «por favor solucionemos esto para que me pueda ir a casa».

Matthew le sonríe.

Todo saldrá bien, dice.

Quiero ayudarte.

Ya no me puedes ayudar, dice Matthew muy sereno.

Echo una ojeada y veo que se están mirando fijamente a ambos lados de la mesa, concentrados como dos jugadores de ajedrez.

Eso no es verdad, dice Gil.

¿No? Matthew esboza una sonrisa, como si detrás del dolor, leve y persistente, toda esta historia tuviera un lado divertido. Agradezco tu fe, dice.

De pronto estoy asustada. La fe de mi padre en Matthew es uno de los instrumentos de su destrucción. Le recuerda lo que era. Todo lo que ha perdido.

Matt, vuelve con nosotros. Ven a casa, por favor. Gabriel te echa de menos.

Matthew asiente con la cabeza. Tiene pinta de estar agotado.

Me quedaré todo lo que necesites.

No, dice Matthew. Vuelve a Londres. Ya no puedes hacer nada más.

¿Estás seguro?, pero percibo en su voz que se siente aliviado. Y, sin duda, su amigo también lo percibe.

Matthew asiente con la cabeza. Me pregunto si ya está borracho, si siempre está borracho aunque no se note mucho.

¿Qué ocurrió? Pregúntale lo que ocurrió aquel día, papá, pregúntaselo bien, ¡por Dios! Me acerco lentamente, empujada por una oscura curiosidad hacia los detalles que me faltan.

Gil sigue hablando, vacilante, diciendo todo lo que no debe: Estoy seguro de que puedes arreglar las cosas con Suzanne, hazlo por Gabriel...

Pero Matthew ha dejado de escuchar. El propio aire que le rodea ha dejado de moverse. Miro a Gil. ¡Oye!, quiero gritar. Algo pasó aquel día. Algo está pasando *ahora*.

Estoy haciendo un esfuerzo para intentar leer una historia escrita en un idioma que no hablo bien. ¿Por qué Gil no puede traducir?

A lo mejor Matt eligió a un amigo que no pudiera ver dentro de su alma.

Las piezas del rompecabezas que bailan en mi cerebro están fuera de mi alcance. Me vuelvo a Matthew y me concentro al máximo.

Gil habla de volver a la normalidad. Matthew le mira fijamente con sus ojos insondables. Está quieto, pero le tiembla la mano con la que sujeta el vaso.

Con aire de resignación, mi padre se levanta de la mesa y va a pagar la habitación,

dejándonos a los dos solos.

Me concentro aún más. Gil me ha dicho que para traducir bien tienes que ser un camaleón, ponerte en la piel de otra persona, meterte en su cabeza. He visto esa transformación en él; da la sensación de que sus rasgos, y a veces su personalidad, cambian con cada voz que adopta, con cada libro.

Y entonces las piezas empiezan a colocarse. Vuelvo al día del accidente, el día en que murió Owen.

Está anocheciendo.

Me duele la cabeza, tengo la piel seca. ¿Matthew ha estado bebiendo? No tengo ni idea. Owen va sentado en el asiento de atrás.

Y luego pienso en Matthew abriendo la puerta del coche para que pase Honey y, ¡claro! Honey iba delante. Matthew se la llevaba a todas partes, dijo Suzanne. Le encantaba el coche. O sea que Owen se sentaba detrás porque la perra de su padre iba delante. Si hubiera sido al revés, el niño habría sobrevivido y la perra habría muerto.

Con Honey delante, Matthew tenía que darse la vuelta para mirar a Owen, para hablar con él. A esa hora, en invierno, con hielo en la carretera y todo el mundo conduciendo demasiado deprisa, bastaba con echar un vistazo. O dos. Y que un camión se les acercara por detrás.

Todo encaja. *Por eso* Suzanne odia a Honey. Por sobrevivir en lugar de Owen. Y esa es otra razón para odiar a Matthew. Por poner a Owen en el asiento de atrás. Ella sabía que el perro iba delante.

Se me ocurre otra cosa.

¿Y si Suzanne lo supiera todo? ¿Y si no solo supiera lo que pasó aquella noche, sino *todo lo demás*? Lo de Lynda y Jake. Lo del alcoholismo de Matthew. A lo mejor lo echó de casa cuando murió Owen. Había perdido a su hijo y no estaba preparada para perder a su marido acusado de homicidio involuntario el mismo día. ¿Qué pasa si evitó que le detuvieran el día que la llamaron del hospital para que identificara a su hijo muerto?

La inestabilidad de la historia me da vértigo. Matthew me está mirando fijamente.

Recapitula, dice mi cerebro. Recapitula.

Consideraba a Suzanne una persona frívola y enfadada con el mundo, la clase de mujer que espanta a la gente. Pero ¿qué pasa si es el héroe de la historia, la que ha guardado todos los secretos de Matthew? Por eso nunca parece estar diciendo la verdad, porque está ocultando las mentiras de *él*. Por eso tiene pinta de estar enfadada todo el tiempo.

Pero Suzanne ha decidido que ya no puede mentir más por él, o ha dejado de quererle o le ha dejado de dar pena. Su impulso de protegerle ha caducado. Se ha enamorado de otra persona.

Mis ojos y los de Matthew se cruzan durante un instante que se hace eterno. Me hundo en una niebla negra y vertiginosa, un infierno de susurros. Forcejeo en la agobiante oscuridad. ¡Sácame de aquí, sácame!

Y de repente todo se aclara y la gravedad del asunto me hace temblar.

Matthew no quiere desaparecer un tiempo, quiere desaparecer para siempre. Se quiere

morir. Estoy tan convencida que siento que me ahogo. Abandonó a Honey porque no tenía pensado volver.

Me mira muy serio con sus ojos penetrantes. Parece sorprendido y puede que hasta le divierta un poco lo que ha pasado entre nosotros.

Estoy flotando por el techo, mirando la escena desde arriba. No puedo hablar.

Gil regresa con la llave de la habitación y una copia de nuestra factura. Su sonrisa se desvanece cuando nos ve y se nos queda mirando desconcertado, primero a uno y después al otro. Pero Matt es un mago de los estados de ánimo y le hace preguntas para aliviar la tensión del momento: ¿Cuándo volvéis a Londres? ¿Cómo está Marieka? ¿Vais a ver a Suzanne?

Me doy la vuelta para marcharme, arrastro la silla hacia atrás más fuerte de lo que pretendo y se cae al suelo de golpe.

Honey se pone en pie de un salto, con todo el cuerpo en tensión, y empieza a bufar. Me pregunto hasta dónde llegará para protegerle. ¿Me arrancará el cuello?

Venga, me dice mi padre, vamos a hacer las maletas. Tengo que hacer unas llamadas, le dice a Matthew, que asiente con la cabeza. Nos iremos en una hora. Puedes seguirnos cuando estés listo.

Le mando un mensaje a Jake. **Esto es horrible.**

Y al segundo me responde: **Pronto se habrá acabado.**

Lo que, de un modo, u otro es cierto.

Gil llama a Suzanne y habla con ella durante un buen rato. Me alegro de que no me incluyan. Quiero volver a ser una niña.

En la televisión americana hay cientos de canales y hago *zapping* sin prestar mucha atención a nada de lo que aparece en pantalla. La mayoría son anuncios. Llego a los grandes números, donde una mujer desnuda de cintura para arriba se frota los pechos y empieza a preguntar si quiero conocerla mejor antes de cambiar de canal. Me detengo en un documental donde un hombre que habla en voz baja elogia a un ciervo precioso que hay en un claro, diciendo: ¿No es una criatura magnífica? Y luego levanta su rifle y le dispara en medio del corazón. El animal se tambalea y cae de rodillas. Me dan ganas de vomitar.

Hace una semana, Estados Unidos parecía el lugar más agradable del mundo, pero estoy empezando a ver maldad por todas partes. Lo peor es que no creo que sea Estados Unidos. Creo que soy yo.

Después llama a Marieka. No oigo mucho de lo que dice.

No pasa nada, dice. Estaremos allí antes de que te des cuenta.

Está demasiado preocupado para mentir a nadie. Está preocupado por Matthew, y no es para menos (el tiempo que he pasado yo en su cabeza he sentido que me ahogaba). Puede que hasta esté preocupado por mí.

Paso por debajo de su brazo para que tenga que abrazarme muy fuerte. Ojalá pudiera apretarme lo suficiente para sacarme las imágenes de la cabeza. No son reales pero son más potentes que ninguna de las que haya visto antes. No necesito cerrar los ojos para verlas.

Papá, digo. ¿Crees que a Matthew le irá bien? ¿Y si hace algo desesperado? Le miro fijamente. Piensa, le suplico en silencio. Mira a tu amigo. Averígualo.

Me aprieta más fuerte.

No te preocupes, Mila. Saldrá de esta. Siempre lo hace.

Quiero decirle a mi padre que quizá esta vez no lo haga. Pero tengo doce años, ¿soy yo la que debería saberlo?

Dile que te prometa que vendrá a casa con nosotros, le suplico. *Por favor*. Gil me mira sorprendido. Dile que te lo *prometa*.

Vale. Se lo diré.

Justo en ese momento me suena el teléfono y Gil va a cogerlo, tocando torpemente los botones hasta que por fin pulsa el adecuado. Dice hola y luego, para mi sorpresa, me lo pasa.

¡¡CAT!!

Mi padre se ha mudado a Leeds, dice, sin ningún preámbulo, ni siquiera un simple hola.

¡No!, exclamo. ¿A Leeds?

Con su novia.

¿Su *qué*? ¿Estás de coña?

Ja ja ja, dice muy seria. Sí, te estoy gastando una broma, ¿no te digo?

¡Qué horror! ¿La has conocido?

A pesar de la distancia que hay entre nosotras, sé la cara que está poniendo.

Sí, dice. La he conocido.

Supongo que no será maja, ¿no?

Es una mala víbora y una perra del infierno que va por ahí provocando.

Jo, Cat. Lo siento mucho.

No me importa no verle nunca más. Mi madre también le odia. Dice que está jodida si tiene que pagar para que yo vaya a visitarle. ¿Sigues ahí?

Sí, estoy aquí. Pronto vuelvo a casa. Haremos muñecos vudú.

Perfecto, dice. ¿Cómo es mi huevo?

¡Ay, Dios, su huevo!

Es bastante grande, digo. ¿Y el mío?

He estado demasiado ocupada viendo cómo me *destrozaban la vida* como para pensar en chocolate, dice con más aires de superioridad que nunca.

Ninguna de las dos dice nada.

¿Te lo estás pasando bien en Estados Unidos?, dice malhumorada.

¿Bien?, digo. Y por alguna razón lo que digo me parece graciosísimo. ¿Bien?, repito, y me empiezo a reír. La verdad es que no, Cat. Bien, lo que se dice *bien*... pues no, la verdad. Me lo estoy pasando lo que podríamos llamar *lo contrario* de bien. *Fatal*.

Perfecto, dice Cat, y ya está, la hemos liado. Me empiezo a reír a carcajadas y no puedo parar.

¿Qué quieres decir con *perfecto*?, casi no me salen las palabras. ¿Qué clase de amiga eres?

La mejor, dice, tratando de parecer seria pero riéndose por la nariz. Sería *inaguantable* que te lo estuvieras pasando genial mientras yo sufro los tormentos del infierno, cuando dice *tormentos del infierno* estalla en carcajadas, lo que me hace reír aún más.

Se me saltan las lágrimas y estoy a punto de responder que los tormentos de su infierno no son nada comparados con los tormentos del mío, pero se oye un clic y dejo de oírla.

Gil vuelve a entrar en la habitación y me mira perplejo, pero yo solo gimo y me seco los ojos con la manga.

Me duele la mandíbula de tanto reír y durante un rato no puedo moverme.

Tengo ganas de decir: «Yo también te quiero, Cat», aunque no se oye nada al otro lado del teléfono y mi respuesta llega con un año de retraso.

Volvemos en silencio a casa de Suzanne. A ninguno nos apetece nada esta reunión.

No sé qué le habrá dicho Gil, pero Matthew llega una hora después que nosotros y Suzanne sale a recibirle. Se abrazan y ella le apoya la cabeza en el hombro. Por un instante, se percibe con claridad que la emoción se desborda entre ellos. Pero ella se aleja demasiado pronto, con los labios fruncidos. Él le escudriña el rostro pero Suzanne mira hacia otro lado.

Al verme, Gabriel agita las manos arriba y abajo como un pingüino. Se empieza a reír y dice mi-mi-mi, que podría ser su versión de Mila. Lo cojo en brazos, le beso ruidosamente en el cuello gordo para hacerle reír aún más y lo meneo de arriba abajo. ¡Gabriel B-B-B-Billington! ¡Pero qué mono y que tontito eres, Bobito, tontito, Billington!

Pero cuando aparece Matthew, la felicidad de Gabriel se hace evidente. Si pudiera saldría volando hacia él.

Matthew lo coge en brazos y empiezan a dar vueltas y a parlotear un idioma secreto. Honey les observa en silencio. Cuando por fin paran, Gabriel alarga el brazo un poco mareado y me coge del pelo. Se agarra bien para que el mundo deje de girar y luego se mueve, con la cara muy seria de repente, cierra los ojos y apoya la cabeza en el pecho de su padre. Es un mecanismo sencillo, como un avión de juguete con una goma elástica que se retuerce para que pueda volar. Cuando la goma se desenrolla, él se cae al suelo. Le quito la mano del pelo, abriendo cada dedito suavemente, agradecida de alguna manera por el gesto. Está casi dormido.

Suzanne sale de la cocina y le quita el niño a Matthew, diciendo que es hora de dormir y que nos ha hecho unos sándwiches por si tenemos hambre. Desaparece con Gabriel y oímos cómo se llena la bañera.

Miro los sándwiches que ha hecho –queso con tomate en pan integral– y de pronto me entra un hambre canina. Nos sentamos en unos taburetes altos, en lo que ella llama la barra del desayuno, y merendamos. Gil abre una cerveza y se la ofrece a su amigo, pero este no la coge.

Ninguno de nosotros habla. Al cabo de un minuto o dos, Matthew se levanta y se marcha de la cocina. Oímos sus pasos en la escalera y luego una puerta que se cierra.

¿Qué esperábamos encontrar cuando salimos de viaje? ¿Algo agradable? ¿Nos imaginamos que Matthew se escapaba para unirse al circo? ¿Que era como buscar a un gato que se hubiera perdido, uno al que te encontrarías subido a un árbol y que estaría agradecido de que lo rescataran? Los gatos asustados se abalanzan sobre ti y te hacen pedazos cuando intentas salvarlos. Le lanzo una mirada a Gil. ¿No pensó bien en todo esto?

Se ha abierto un abismo entre nosotros y estoy enfadada. Soy una niña, quiero gritarle. *Protégeme.*

Me duele la cabeza. Pese a tener una capacidad superior a la media para ver las cosas con claridad, me han timado. La gente que esperaba que cuidara de mí –los que saben mucho de la vida y tienen experiencia– se ha equivocado.

Vuelvo a mi cuarto (el de Owen), me meto debajo de las sábanas completamente vestida y me pongo las mantas oscuras de lana por encima de las rodillas y la cabeza, como si estuviera en una tienda de campaña. Me aburre estar todo el rato con gente desquiciada y, después de todas esas horas y días en coches y habitaciones de motel, tengo unas ganas tremendas de estar sola, de huir de la tensión de la casa y del fracaso de nuestro viaje. (¿Ha sido un fracaso? ¿O un éxito lamentable?)

La nieve casi ha desaparecido pero un viento furioso azota los árboles contra mi ventana. Debajo de la almohada está el libro de Suzanne (¿o es de Matthew?) sobre caravasares; lo saco con cuidado e ilumino la extraña cabeza del camello que hay en la portada con la linterna del móvil. Unas borlas largas rojas y doradas adornan la brida, que está engarzada con discos de plata repujada. Al fondo, hay un edificio bajo con una entrada que tiene forma de lágrima. Paso las páginas y veo fotos preciosas de tiendas, alfombras tejidas y hombres de ojos ardientes y me imagino otros viajes, con camellos en vez de coches y dátiles en vez de sándwiches; mensajeros que atraviesan desiertos vacíos muy despacio y llevan noticias de vida y muerte.

Caravasares.

Cierro los ojos y me imagino el interior fresco del sitio donde paramos a descansar, el sol cegador. Después del continuo balanceo de los camellos, da la sensación de que el suelo se mueve. Los animales beben metiendo la nariz en abrevaderos de piedra. Setenta y cinco litros. Ciento cincuenta. Ciento noventa.

Si estuviera en la Ruta de la Seda podría atravesar Persia, China y Arabia. Durante un tiempo sería feliz moviéndome por espacios vacíos, sin conocer a nadie, viviendo una vida diferente.

Cierro los ojos y pienso en Jake.

Matthew y Suzanne hablan educadamente sin ninguna emoción en su rostro.

Ella se ha mudado de casa, pero ha vuelto con Gabriel para que pueda ver a Matthew, que solo revive cuando están juntos. El padre y el hijo me conmueven; no tienes que ser un genio para darte cuenta de que se adoran. Honey se tumba junto a ellos formando una especie de Santísima Trinidad. No aparta los ojos de Matthew, y él a cambio le pone con cuidado la mano en la cabeza o en el lomo casi todo el tiempo. Suzanne nos dice que se está quedando con un amigo. Lo más probable es que sea algo más que un amigo, pero estoy cansada de saber cosas.

Oigo cómo Marieka coge aire al otro lado teléfono.

¿Con qué clase de amigo se está quedando? ¿Quién es?

Pero eso no lo puedo responder. ¿Edad, estatura, color de ojos? No soy el KGB.

Apenas he hablado con Matthew desde que volvimos.

En nuestro último día hace sol y Matthew y Gil trabajan fuera para mantenerse ocupados. Cavan el huerto cada uno en una zona, absortos en distintos pensamientos. O en los mismos pero pensados por separado. Honey se tumba cerca, con la cabeza apoyada en sus patas, en alerta continua. No soy capaz de meterme en su cabeza.

Nuestro vuelo es mañana. Domingo de Resurrección.

Me siento con Gabriel y le dibujo unos huevos con lápices de colores vivos. Él los golpea exultante y grita: ¡Ek! Me confío demasiado e intento dibujar patos y conejitos, pero no me salen bien. Pese a estar bastante mal dibujados los reconoce, y me pregunto cómo traduce pésimos dibujos de patos y conejitos en los animales que ve en el zoo o el parque. Tres dimensiones que se convierten en dos, plumas y pelaje transformados en lápices rosas y amarillos. Un milagro normal y corriente.

¡Pato!, dice muy orgulloso, y lo señala. Y luego: ¡Ek!

¿Ha visto alguna vez un huevo pintado? ¿O solo los que su niñera le hace a veces, revueltos, para desayunar? Ella cocina con los marrones, que no se parecen en nada a los que yo he dibujado. ¿Cómo puede descodificar el mundo tan bien?

Es la última noche que estamos todos juntos, Gabriel con su pijama con pies y Suzanne haciendo la cena como si esta siguiera siendo su casa. Pero nadie se deja engañar. Es como un caballo con los ojos puestos en el siguiente salto.

Matthew les sirve vino a ella y a su amigo, pero él no se pone. La conversación es algo forzada y él y Suzanne nunca se dirigen la palabra directamente. Cuando me ofrezco a poner la mesa, da la sensación de que me lo agradece y, en lugar de pasarme los cubiertos y ya, me los pone con cuidado en las manos extendidas y me agarra los dedos con los suyos. Levanto la vista y la miro a los ojos.

Lo siento, dice en voz baja para que solo lo oiga yo. Siento que te hayamos fastidiado las vacaciones... y todo lo demás. Se encoge de hombros y me aprieta las manos con fuerza un segundo antes de soltarlas. Todo esto es un follón, dice. Un jodido follón horrible de tres pares de narices.

Tiene los ojos inundados de lágrimas.

No pasa nada, le digo. No es culpa tuya.

¿No?, dice, apartándose el pelo de la cara y esbozando una sonrisa. Ya no lo sé. Quizá sea mi culpa. Y se aleja.

Pongo la mesa y ella llama a todo el mundo a cenar. Hablamos de cosas sin importancia que nadie recordará nunca y, justo después de cenar, Suzanne va a buscar a Gabriel y nos da un beso de buenas noches a Gil y a mí.

Cuando se da la vuelta para marcharse, Matthew la detiene y le coge a Gabriel de los brazos. El niño está más dormido que despierto, pero rodea el cuello de su padre con fuerza y él le da un beso en la mejilla, apretando la cara contra la de su hijo, y luego le suelta los brazos con cuidado y se lo da a Suzanne, que está impaciente.

Gil la sigue hasta el coche y me deja a mí sola con Matthew. Yo quiero escapar a toda costa; me aterra pensar en otro enfrentamiento. Pero antes de que pueda seguir a Gil, Matthew me detiene.

No te preocupes, Mila, dice. Todo irá bien.

Niego con la cabeza.

No, no irá bien.

Él inclina un poco la cabeza con curiosidad.

¿Qué clase de persona eres? Estoy tan furiosa que me sofoco. ¿Has pensando en cómo se sentiría Gabriel? ¿O Honey? No eres solo tú. No es solo tu vida.

Ya lo sé, dice.

Pues si lo sabes, ¿cómo puedes pensar en *hacerlo*? No soy capaz de decir la palabra: *matarte*.

Es complicado, dice. Algún día lo entenderás.

¡Lo entiendo *ahora*!, le grito. Entiendo que tu vida es un lío. Pero no entiendo cómo piensas que eso va a hacerle sentir mejor a nadie salvo a ti.

No eres una niña normal, dice Matthew.

¿Qué pasa con lo que le dijiste a Gil?, digo, ignorándole. ¿Lo de no tumbarse en la nieve? Gil siempre lo recordó. Tú eres el que se ha olvidado.

No me he olvidado, dice Matt.

¡Entonces *no lo hagas*!

Estamos uno frente al otro, en guardia. Me cuesta respirar. Durante un minuto Matthew está ahí; al siguiente, se encierra en sí mismo, como si yo ya no estuviera en la habitación.

Sigo a mi padre hasta el coche.

Suzanne coloca a Gabriel en su sillita y le pone el cinturón de seguridad, que oscila sobre su cabeza como el techo de un caza. Da la vuelta hasta el lado del conductor del pequeño coche azul (¿de quién?) y luego habla con Gil sobre el aeropuerto y las horas de

nuestros vuelos. Me agacho en la oscuridad para besar el moflete gordo de Gabriel y las lágrimas pasan de mi cara a la suya. Está profundamente dormido y tiene los puños cerrados y el entrecejo arrugado como si estuviera luchando contra un enemigo invisible. Abre los ojos un instante y parpadea y sonrío, pero no está del todo despierto y un segundo después se vuelve a quedar dormido como un tronco. Le beso el puño mojado y espero que sus sueños no estén siempre llenos de sombras. Luego cierro la puerta del coche lo más silenciosamente que puedo.

Honey y Matthew están de pie en la puerta de la casa y nos miran, rodeados de un halo de luz, suspendidos entre este mundo y el próximo.

A la mañana siguiente, Matthew y Gil sacan nuestras maletas a la entrada para esperar a Suzanne. Los dos hombres se abrazan. No hay discursos ni últimas palabras.

Matthew se aparta un poco y me mira atentamente.

Cuida de Honey, le digo, y él asiente con la cabeza. Y de Gabriel.

Vuelve a asentir.

Y de ti, digo.

Cuídate tú también, Mila, dice.

Desaparece dentro de la casa antes de que llegue Suzanne, solo.

Gabriel está en la guardería, nos dice ella.

Metemos las maletas en su coche y salimos. Nadie habla. En Salidas Internacionales del aeropuerto de Nueva York es imposible parar más de un minuto o dos, así que nos despedimos rápidamente. Un abrazo y Suzanne ha desaparecido.

Mientras comprobamos que tenemos los pasaportes y entramos en la terminal, Gil me da una bolsa grande con asas para que la lleve yo.

Echo un vistazo dentro y ahí está: el huevo de Pascua de los vaqueros, grande y aparatoso y con la caja un poco deteriorada. Miro hacia arriba, atónita.

Me costó bastante convencerle, dice Gil. Y tanto que me costó. ¡Arre, Plata! Fue difícil, no creas.

Le miro boquiabierta.

¿Qué demonios le dijiste?

Gil niega con la cabeza.

La verdad es que no debería contártelo. Le dije que trabajaba para Frommer's. Actualizando guías de viaje para el mercado europeo.

¡Anda ya!

Gil asiente.

En serio. Fue increíble. Prácticamente me obligó a que me lo llevara. No aceptó ni un céntimo.

En este momento quiero a mi padre con locura.

Eres un genio, digo, sonriendo de oreja a oreja. Estoy tan orgullosa. A Cat le va a encantar.

Pero en el fondo es a mí a la que le encanta. Y me encanta mi padre por haber vuelto a la tienda y haberle contado al hombre una historia tan ingeniosa y absurda. Una mentira, de hecho.

¿Cómo diablos lo voy a meter en el avión?, le pregunto. En este huevo podría caber una familia de cuatro personas. Nos van a detener por contrabando.

Eso es asunto tuyo, dice Gil. Yo ya he hecho mi parte. Coge el resto de maletas y se marcha.

Me niego a facturar el huevo con mi equipaje, así que le ponen una etiqueta y una pegatina enorme de color rojo con la palabra FRÁGIL y voy cargando con él hasta el avión, donde consigo meterlo en el compartimento superior. Ocupa casi todo el espacio.

Le debería haber comprado un asiento, dice Gil.

Guardamos nuestras maletas y nos abrochamos los cinturones. El comandante dice que vamos a despegar con media hora de retraso. Gil abre su libro y es como si hubiera desaparecido. No le molesto, porque sé que se quedará callado hasta que haya reflexionado sobre todo lo que ha pasado. Puede que sean unos minutos o unas horas o unos días.

Estoy hojeando la revista del avión cuando suena mi teléfono. Espero que sea Jake pero, cuando abro el mensaje, leo:

Adiós Mila.

Me alegro de que Gil no esté prestando atención.

Adiós Matthew, respondo, deseando poder añadir algo más, algo anticuado como *que te vaya bien o buena suerte, ande usted con Dios*. Y luego, sin pensarlo, pego el número de Jake en el mensaje y pulso enviar.

Por la ventanilla veo cómo los aviones giran, aceleran en la pista, se elevan en el aire y desaparecen. Poco a poco, mientras esperamos para despegar, empiezo a dejar atrás las penas del viaje. Al observar cómo despegan los aviones me vuelvo a sentir una niña, como Gabriel cuando grita: *¡Otra vez, otra vez!* Estamos como en la fila veintiocho; la magia incesante me tranquiliza.

Al cabo de un buen rato, nuestro avión gira hacia la pista y los motores rugen. Cuando estoy a punto de apagar el teléfono, suena por última vez.

Hasta pronto. Besos y abrazos, Jake.

Lo apago rápidamente y me acurruco en el asiento. De momento, es lo único que me importa.

Gran parte de la traducción, me dijo una vez Gil, tiene lugar en un espacio imaginario donde el escritor y el traductor se unen. No hace falta simpatizar con el escritor ni estar de acuerdo con lo que ha escrito. Pero es necesario caminar a su lado e ir siempre al mismo ritmo. Cuesta más, dice, cuando la otra persona cojea un poco, se detiene y reanuda el paso todo el tiempo o se mueve de forma irregular. Lo más difícil de todo es cuando la historia viene de un lugar al que el propio traductor no puede ir.

Llevamos dos horas en el aire cuando se vuelve hacia mí. Con mucho cuidado, me agarra las manos con las suyas.

Por menuda te he hecho pasar, dice, negando con la cabeza. Lo siento mucho. Nunca debería haberte traído aquí. Pensé... No sé lo que pensé. Pensé que era un problema pasajero, que todo iría bien.

Puede que todo vaya bien.

Él asiente.

Depende de Matthew.

Le miro.

¿Crees que estaba borracho la noche que murió Owen?

Gil se encoge de hombros.

¿Qué más da? El chico está muerto y todo lo que ha venido después no se puede cambiar.

Nos quedamos callados durante un rato.

Bueno, digo por fin. Al menos tiene a Honey.

Sí... Gil arrastra la sílaba y me mira. Pero Honey es un perro.

Lo dice como si yo no me hubiera dado cuenta, pero sé lo que está pensando: un perro no es lo más importante.

Y yo pienso, vale. Un perro no será lo más importante. Pero un perro como Honey quiere a alguien plena y firmemente, con una fe inquebrantable. Eso tiene que ser más importante que la mayoría de las cosas.

Y a Gabriel, digo. También tiene a Gabriel.

Gil no dice nada pero sé la respuesta. La respuesta es que Gabriel no puede salvar a Matthew más de lo que puede hacerlo Gil, o Honey. O Jake. Pero estamos todos entrelazados, como las hebras de un trozo de tela, y nos apoyamos mutuamente, por suerte o por desgracia. Gabriel es solo un bebé, pero con el tiempo verá el mundo y a su padre como son: imperfectos, peligrosos, salpicados de traiciones y también de amor.

Ya no puedo pensar más en estas cosas. Me dejo caer sobre Gil y aspiro ese olor que me resulta tan familiar. Él me pasa un brazo sobre los hombros y me dice que me duerma y que no me preocupe por nada.

La vida sigue, dice, y me da un beso en la cabeza. Aunque pensemos que se detiene. El mundo ha visto cosas peores que nosotros, Perguntador. No se escandaliza con tanta facilidad.

Me apoyo en él, consciente de lo unidos que estamos pase lo que pase. Por lo pronto, he dejado de pensar en un tiempo en el que ya no nos tendremos el uno al otro. Marieka tenía razón cuando me dijo que cuidara de Gil. Él y yo velaremos por el otro mientras estemos vivos, y Marieka velará por los dos, cada uno de nosotros en función de nuestra capacidad. No seré feliz siempre pero, tal vez, si tengo suerte, no sufriré la angustia de añadir dolor al mundo.

Y luego cierro los ojos y me quedo dormida con el intenso ruido blanco de los motores, soñando con un futuro del que no sé nada.

Notas

¹ Las *hash browns* son una especie de croquetas de patata hechas a partir de sobras de puré de patatas fritas. (N. de la T.)

² «Arre, Plata», en inglés «Hi, ho, Silver», era lo que decía el Llanero Solitario cuando cabalgaba hacia el sol poniente montado en su caballo blanco. (N. de la T.)

³ La autora hace un juego de palabras entre «smoke-free area» y «husband-free area». (N. de la T.)

⁴ El mensaje . . . - - - . . . en código morse significa S.O.S., la señal universal de emergencia. (N. de la T.)

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Dedicatoria	5
IMAGINA QUE YA NO ESTOY	6
1	7
2	9
3	11
4	14
5	16
6	18
7	21
8	25
9	28
10	32
11	34
12	38
13	41
14	48
15	53
16	59
17	64
18	69
19	72
20	83
21	94
22	103
23	108
24	111
25	113
26	117
27	119
28	123

29	126
30	128
31	131
Notas	134